



UNA AVENTURA DE
PERRY MASON

**el
caso
del
seductor
insidioso**

ERLE STANLEY GARDNER



se

Si es usted joven, atractiva y femenina, protéjase y resistase a los galanteos y requerimientos amorosos de Loring Lamont. Loring Lamont es hijo de un padre rico, poderoso y famoso. Demasiado bonito para ser verdad: ¿Un lobo disfrazado de cordero o un playboy? La joven e ingenua taquígrafa Arlene Ferris se ha opuesto a sus intenciones y no ha dejado que él se salga con las suyas... Aunque a la hora de la verdad, ella nunca pudo imaginar o pensar que se vería envuelta en un asesinato.



Erle Stanley Gardner

El caso del seductor insidioso

Perry Mason - 61

ePub r1.0

Titivillus 28.12.2014

Título original: *The Case of the Waylaid Wolf*

Erle Stanley Gardner, 1960

Traducción: Alfredo Crespo

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



Capítulo 1

Llovía ya cuando Arlene Ferris dejó su coche en el lugar de aparcamiento reservado a los empleados de Lamont y Compañía, y seguía lloviendo en el momento de terminar la jornada de trabajo. De modo que no le supo mal hacer media hora suplementaria para que unas cartas urgentes pudieran salir aquel mismo día.

Cuando la joven secretaria fue a llevar la carpeta del correo a George Albert, el jefe de la oficina, éste miró el reloj y dijo con reconocida sorpresa:

—Muchas gracias, miss Ferris.

—No hay de qué. He comprendido que estas cartas debían salir esta misma noche.

—Conozco a muchas compañeras tuyas que, a pesar de ello, las habrían dejado para mañana.

—Considero que cuando se tiene un buen empleo debe uno dedicarse con entusiasmo a su trabajo —contestó Arlene, que, después de desear las buenas noches a su jefe, se retiró.

Ya en la calle, la joven corrió bajo la llovizna hasta su coche, abrió la portezuela y se instaló, satisfecha, tras el volante. Dio el contacto accionó el arranque automático, pero el motor no respondió. Sin embargo, Arlene no se inquietó demasiado, pues con tiempo húmedo y frío era cosa que ocurría frecuentemente.

Mas al cabo de un momento, tras numerosos intentos infructuosos, la joven debió rendirse a la evidencia y contempló con angustia el lugar de aparcamiento, ahora casi desierto.

Una voz risueña preguntó de repente:

—¿Qué sucede? ¿No puede ponerlo en marcha?

Arlene bajó el cristal izquierdo y miró al joven que acababa de interrogarla. Era alto, se cubría con un impermeable y se inclinaba sonriente hacia ella.

—El motor no funciona... —balbució la muchacha.

—Deje descansar un momento la batería o no conseguirá nada. Entretanto voy a echar una ojeada al motor.

El joven alzó el capó, manipuló un poco y en seguida se incorporó y dijo:

—Cuando levante la mano pise el botón de arranque. Cuando la baje, deténgase. ¿Está dispuesta?

Arlene asintió con la cabeza y obedeció las indicaciones que le daban; pero después de varios intentos el joven acabó por bajar el capó, meneando la cabeza:

—No se produce chispa y es inútil que siga gastando la batería; no llega la corriente a las bujías. Debe ser a causa de la humedad, pues en todo el día no ha cesado de llover. Mañana, con el sol, todo volverá a la normalidad.

Y al ver el desconcierto de Arlene apresuróse a añadir, acentuando su sonrisa:

—Tengo ahí mi coche y puedo dejarla en su casa, si no queda demasiado lejos, o por lo menos en una parada de taxis.

Arlene vaciló un instante. Pero el joven mostraba un rostro franco y, de todas maneras, si tenía el coche en aquel aparcamiento, era que formaba parte de la casa, lo que ya de por sí constituía cierta garantía.

—¿Está seguro de que no representará una molestia para usted?

—¡Nada de eso! Sobre todo cierre bien los cristales. Mi coche está ahí detrás.

Cuando vio el automóvil Arlene supo que se las había con Loring Lamont, el hijo del dueño, el viejo Harvis P. Lamont. El joven acababa de regresar de un largo viaje de estudios por América del Sur.

Loring Lamont abrió cortésmente la portezuela, se acomodaron y arrancó al cabo de un momento silenciosa y suavemente.

—¿Derecha o izquierda? —preguntó cuando pasaban ante la garita del portero.

—A la izquierda.

—Perfecto; también es ése mi camino. ¿Qué dirección?

La joven se la indicó, y de repente él frunció el ceño, con aire preocupado:

—¡Oh! Ahora me acuerdo... Por cierto, ¿cómo se llama usted?

Yo, Lamont, Loring Lamont...

—Arlene Ferris.

—Miss Ferris, lo siento mucho, pero de pronto he recordado que mi padre me había encargado que llevara ciertos documentos... Al verla en apuros lo había olvidado por completo.

—No tiene importancia... Déjeme en cualquier sitio desde donde pueda coger un autobús o un taxi.

—Escuche: entregar esos papeles será cosa de un momento. Le bastará con esperar un poco en el coche, bien seca y calentita. Además, tiene la radio para distraerse... Inmediatamente después la conduciré a su casa.

—Por mi parte no tengo ninguna prisa. Y si está seguro de que no es demasiada molestia...

—De ningún modo. Igualmente debo regresar a la ciudad después de entregar los documentos.

—¿Regresar a la ciudad? ¿Acaso vamos lejos?

—¡Con este coche, no! —le aseguró él alegremente—. Y si le parece, podríamos cenar en algún punto del camino.

—Ya veremos —contestó ella, e inmediatamente trató de suavizar lo que podía pasar por un desprecio añadiendo, sonriente —: Cuando le conozca mejor.

—¡De acuerdo! —convino él, devolviéndole la sonrisa.

Se alejaron hasta unos diez kilómetros de la ciudad, y después Lamont se metió por una carretera secundaria que serpenteaba por entre las colinas.

—¿Falta mucho? —preguntó Arlene, sintiendo que renacían sus sospechas.

—No; ya llegamos. Mi padre posee por aquí una casita de campo y es en ella donde ha citado a este asociado.

—Ah, sí —replicó Arlene, que conocía la existencia de la propiedad.

El camino que seguía el automóvil lo bordeaba a ambos lados una cerca de alambre de espinos jalonado de letreros que anunciaban: «Propiedad particular», «Prohibido el paso». Por fin llegaron ante una verja, que Loring bajó a abrir, y después, a un camino de grava que bordeaba una piscina y llegaba hasta una casa precedida por un enorme porche terraza.

—¡Caramba! —exclamó Loring Lamont—. Parece que no ha

llegado aún.

—En efecto; todo está oscuro. Por otra parte la verja estaba cerrada con llave, ¿no? —inquirió la muchacha.

—Sí, siempre lo está; pero él tiene llave. Aguárdeme aquí; voy a echar un vistazo. Tal vez haya dejado algún recado. Pero, de todos modos, la cita era en firme. Él debe pasar la noche aquí, porque mi padre vendrá a reunírsele a última hora para sostener una conferencia en cuanto haya tenido tiempo de estudiar estos documentos.

—Tal vez se haya adormilado antes de anochecer, lo que explicaría la ausencia de luz —sugirió Arlene.

—Voy a ver.

El joven, que dejó el motor en marcha, se apeó prestamente del coche y desapareció en el interior de la casa, donde su progresión iba siendo señalada por las luces que encendía. Transcurrieron varios minutos antes de que apareciera.

—Lo siento muchísimo —manifestó a la muchacha—. He hablado por teléfono con mi padre. Su asociado se ha entretenido en la ciudad y ahora está en camino hacia aquí. Quise dejarle los documentos en el despacho, pero mi padre insiste en que se los entregue en propia mano. Entre un momento... Mientras esperamos nos beberemos una copa. Todo lo más será cuestión de unos minutos.

Arlene experimentó de nuevo una ligera vacilación; mas como Loring Lamont le abría la portezuela con sonrisa alentadora, ella le siguió hasta el interior de la casa, que estaba amueblada rústicamente pero de manera muy confortable.

El joven abrió un gran armario, que resultó ser un bar, y preguntó por encima del hombro:

—¿Qué quiere tomar?

—Un Cinzano, si es que hay.

—¡Desde luego! ¿Seco?

—Sí, por favor.

—Entonces lo mismo para mí —anunció él alegremente.

Acababa de colocar junto a la joven dos vasos, en cuyo interior flotaban sendos pedazos de hielo, cuando el teléfono se puso a sonar.

—¡Vaya! ¿Quién será ahora? ¡Dígame! —demandó, tras haber

descolgado el auricular.

Permaneció un momento en silencio y después dijo:

—Escucha: he esperado tanto tiempo que... ¿Dónde está él ahora? ¿Dónde puedo alcanzarle? Pero te digo que no puedo esperar más tiempo... Tengo una cita muy importante y hay alguien conmigo que debe... Vamos, papá, tú...

Repitió «¡Oiga!» varias veces y después colgó el aparato y regresó junto a Arlene con una arruga de preocupación en la frente.

—Era mi padre —dijo de un humor detestable, al tiempo que bebía un sorbo de su Cinzano—. Concede mucha importancia a este encuentro e insiste en que espere la llegada del individuo. Lamento muchísimo haberla traído hasta aquí, pero no podía sospechar... En fin: voy a ver si hay algo de comer en la nevera.

Antes de que la joven hubiese tenido posibilidad de formular una protesta él vació su vaso de un trago y desapareció en la cocina, donde Arlene le oyó revolverlo todo; después regresó y preguntó:

—¿Sabe hacer bizcochos?

Parecía tan espontáneo, tan tranquilo, que, impulsada también por el aperitivo, Arlene le contestó cordialmente:

—Sí, y es opinión general que los hago bastante buenos.

—¡Me lo figuraba! Por mi parte voy a preparar unos huevos con jamón. No es lo mismo que cenar en un restaurante, exceptuados los bizcochos, desde luego, pero esto nos evitará sufrir calambres en el estómago mientras esperamos a ese sujeto.

Poniendo al mal tiempo buena cara quitóse Arlene su ligero abrigo y preguntó:

—¿Dónde me puedo lavar las manos?

—En el pasillo, la primera puerta a la izquierda.

—Bueno... Entretanto trate de encontrarme un delantal.

Arlene preparó los bizcochos —a los acordes de un tocadiscos que su compañero había puesto en marcha—, que resultaron suculentos. Loring Lamont la felicitó mientras partía huevos en la sartén y preparaba el jamón. Acababa de enchufar la cafetera eléctrica cuando el teléfono sonó de nuevo.

Por un momento Loring Lamont pareció sorprendido; luego, después de disculparse, fue a descolgar el aparato:

—¿Diga? ¡Oh, sí! Buenas noches. Muy bien. Okay, No discutamos de esto ahora; estoy... Un momento... No se retire.

Okay.

Asomando la cabeza por la puerta de la pequeña pieza donde estaba el teléfono dijo Loring Lamont a Arlene:

—¿Quiere apartar los huevos del fuego? Y empiece a comer. No tengo para mucho rato... Lamento esta interrupción.

Después, volviendo a su interlocutor invisible:

—*Okay.* Voy a hablar por el otro aparato. No se retire... *Okay.*

Dejó descolgado el aparato y desapareció en otra habitación, en tanto que Arlene, contemplando el apetitoso plato compuesto por los huevos con jamón y los bizcochos, se decía que el teléfono siempre suena en el momento en que uno se prepara a saborear algo que debe ser comido caliente.

Loring Lamont compareció al cabo de poco y fue a colgar el aparato en su horquilla.

—¿Un nuevo contratiempo? —preguntó ella.

El siguió aproximándose, sin contestar y, bruscamente, la cogió entre los brazos y aplastó sus labios sobre los de ella.

Sorprendida por el brusco cambio de su compañero, cuyo rostro reflejaba ahora una especie de pasión bestial, Arlene luchó por soltarse y recobró la libertad suficiente para abofetear al joven. Pero éste se echó a reír.

—¡Vamos, no se haga la mojigata y déjese de escenas! Puesto que estamos aquí atrapados, más vale aprovecharse. No creo ser repugnante, y para su gobierno le diré que las jóvenes que se han mostrado amables conmigo siempre han prosperado en nuestra empresa. Por ejemplo, la secretaria particular de papá sólo había venido temporalmente y yo conseguí que...

—Hubiese debido comprender desde el principio que había inventado usted toda esta historia porque no goza de demasiada buena reputación entre el personal femenino, que advierte que se aprovecha de su calidad de hijo del dueño para...

—Arlene, reconozco que estoy loco por usted desde que la vi cuando regresé de América del Sur. Y, para no ocultarle nada, ha de saber que he sustraído una pieza del distribuidor para que su auto no funcionara y yo pudiese dárme las de buen samaritano. Efectivamente: he inventado toda esta historia. Al llegar aquí telefoneé a alguien pidiéndole que me llamara siete minutos más tarde para tener algo con que justificar mis palabras. Además he

tenido la precaución de quitar las llaves del coche, Arlene, de modo que más vale que se incline ante lo inevitable y que pasemos juntos un momento agradable.

—No hay nada inevitable y yo no me inclino. Lléveme en seguida a la ciudad o presentaré una denuncia contra usted por muy hijo del amo que sea.

Él se puso a reír:

—Si se arriesgase a hacerlo, ¿cree que alguien creería en su inocencia después de acompañarme hasta aquí y de haber bebido y comido juntos?

Y sacando de un bolsillo las llaves del coche las agitó alegremente:

—¡Si quiere regresar a su casa, venga a buscarlas!

Furiosa e indignada, Arlene se precipitó hacia él, que con dos o tres quiebras, la condujo hasta las cercanías del gran diván, sobre el que la derribó bruscamente. Instintivamente contrajo ella las piernas, y sus rodillas golpearon contra el pecho de él. Ante el choque, el joven retrocedió vacilante. Arlene se puso inmediatamente en pie y se apoderó de una silla.

—¡Adoro las fierecillas! —dijo él en tono goloso.

—¡Déjeme o le juro que presentaré una denuncia!

—No, pequeña. Ya han querido hacerme tal jugarreta otras veces, y los abogados de mi padre me han indicado la táctica que hay que emplear. Tengo dinero y encargaré a unos detectives particulares que hurguen en su pasado. Todo quedará expuesto ante el tribunal, con fechas, nombres, detalles, y es inútil que usted trate de...

Ciega de ira, Arlene lanzó la silla contra él, que, sorprendido ante aquella reacción inesperada, la recibió en pleno vientre. En tanto que el dolor le hacía doblarse en dos, Arlene corrió hacia la puerta de salida y cogió de pasada su abrigo.

Sabiendo que Loring tenía las llaves del coche, la joven púsose a correr en dirección a la verja, sin entretenerse siquiera en ponerse el abrigo, que oprimía contra su pecho. Fue sólo cuando se notó sin aliento que disminuyó su carrera y miró por encima del hombro. Vio que se encendían los faros del automóvil. Entonces, abandonando el camino, se deslizó entre los alambres espinosos y, después de un momento de vacilación, retrocedió un poco en

dirección a la casa y se ocultó tras el tronco de un roble.

El vehículo llegaba por el camino, pero avanzaba con lentitud y Arlene comprendió la maniobra del joven: no viéndola a la claridad de los faros, y dándose cuenta de que no había tenido tiempo de alcanzar la verja, Loring Lamont trataba de descubrir sus huellas en la tierra húmeda que bordeaba la grava del camino. Efectivamente: el auto se detuvo en el lugar preciso por el que la joven se había deslizado entre el alambre de espinos.

Lamont se apeó inmediatamente del coche, sosteniendo una linterna eléctrica cuyo haz luminoso dirigió hacia la cerca.

Comprendiendo que Lamont había llegado a un estado en que nada le haría ya retroceder, Arlene tuvo un momento de pánico y estuvo a punto de empezar a gritar con desesperación. Pero se contuvo a tiempo, y su cerebro, volviendo a funcionar, lo indicó un camino de salvación.

Lamont había cometido el error de dejar el coche con el contacto dado, los faros encendidos y el motor en marcha.

En el momento en que su perseguidor se deslizaba entre los alambres de espinos, Arlene hizo lo mismo en el sentido inverso y púsose a correr velozmente hacia el automóvil.

Adivinando su plan, Lamont gritó:

—¡Si toca ese coche, la meteré en la cárcel!

Pero ya Arlene se deslizaba tras el volante y ponía en marcha el vehículo. Lamont estaba de nuevo en el camino de grava y ella vio por el retrovisor la claridad de la linterna en el momento en que su pie encontraba el acelerador. El coche dio un salto hacia adelante.

Sorprendida por este brusco arranque, Arlene estuvo a punto de meterse en la cuneta, pero en seguida recuperó el dominio del auto y, al cabo de doscientos metros, cuando salió a la carretera nacional, la joven conducía como un veterano el poderoso automóvil.

Cuando, de regreso a su casa, Arlene se hubo cambiado de ropa, tuvo una idea maquiavélica: buscó en el listín telefónico la dirección de Loring Lamont, llevó el auto hasta las proximidades de su domicilio y lo dejó precisamente ante una boca de incendios^[1]. Después de ello, desde la primera tienda que encontró al paso, llamó a un taxi por teléfono y se hizo llevar hasta su casa.

Capítulo 2

Al día siguiente, como había profetizado Loring Lamont, lució un hermoso sol. Arlene pidió a un chófer de la casa que examinara su coche y pudo comprobar que, efectivamente, faltaba la cabeza del delco; pero le facilitó una pieza de recambio y el automóvil anduvo de nuevo.

Durante la mañana, Arlene trabajó maquinalmente, pues esperaba que la llamaran de dirección. Pero estaba resuelta a no dejarse intimidar. Si trataban de despedirla porque no había querido ceder a los caprichos de Loring Lamont, oírían hablar de ello.

Después recordó la amenaza del joven y no dudó de que la labor de unos detectives privados podía presentar como sórdidos todos los *flirts* que había tenido, por muy inocentes que fuesen. Incluso los abogados de Lamont pretenderían, sin duda, que ella había tratado de hacer a su cliente víctima de un chantaje. Por otra parte, si nadie reaccionaba nunca, aquel joven repugnante seguiría abusando de cualquier empleada de la casa que tuviese la desdicha de agradarle.

Hacia mediodía, Arlene tomó una decisión y buscó en el listín de teléfonos el número de Perry Mason, un abogado del que había oído hablar mucho. Llamó y le contestó la secretaria del abogado, Della Street.

—Me llamo Arlene Ferris —indicó— y estoy empleada en los establecimientos Lamont y Compañía. Termino mi trabajo a las cinco de la tarde, pero, en caso de necesidad, podría disponer de unas horas durante el día. Necesito ver a Mr. Mason para un asunto muy personal e importante.

Se concertó una cita para las dos y media y, después de dar aquel paso decisivo, Arlene se sintió liberada de un gran peso. Mason sabría aconsejarla bien y Loring Lamont vería que no era

nada fácil intimidarla.

Hacia la una y media de la tarde, por la casa corrió el rumor de que Harvis P. Lamont había abandonado precipitadamente el despacho con el rostro desencajado, seguido por el segundo vicepresidente. En cuanto a Loring Lamont, no había hecho acto de presencia.

A las dos, Arlene fue a hablar con su jefe:

—Anoche hice horas suplementarias y ahora necesitaría salir durante una hora aproximadamente.

—Sólo concedemos privilegios de este género a título muy excepcional, para visitas médicas o...

—Se trata de una circunstancia muy excepcional.

—Bueno; sea —concedió George Albert de mala gana—. Pero esté de regreso dentro de una hora justa.

Arlene cogió un taxi a fin de no perder tiempo buscando un lugar donde aparcar. Quería estar de regreso a la hora convenida porque tenía la costumbre de ser puntual, aunque pensara que aquello no tenía ya gran importancia, pues sin duda no permanecería mucho tiempo al servicio de Lamont y Compañía.

Capítulo 3

—¿Qué desea usted exactamente de mí, miss Ferris? —preguntó Perry Mason, una vez que Arlene hubo terminado de relatar su historia, de la que Della Street, la secretaria del abogado, había taquografiado los hechos sobresalientes.

—Querría..., querría demostrarle que no todas las mujeres están a su disposición y que se puede trabajar en una empresa sin tener la obligación de acceder a los deseos del hijo del amo.

—En resumen: desearía darle una lección, ¿verdad?

—Pues... sí. Y me gustaría que me explicara cómo debo proceder.

—Puede intentar una acción por daños y perjuicios, o acudir a la policía y presentar una denuncia contra él. Pero no puede hacer ambas cosas.

—¿Por qué?

—Por un motivo evidente: si está dispuesta a aceptar dinero como indemnización, no puede hacer gala de una virtud indignada. Un abogado hábil probaría rápidamente que se propone usted sacar un provecho económico de la experiencia.

—Sí, entiendo; pero lo que yo quisiera es defender los derechos de mi sexo, actuar de manera que Loring Lamont no pueda seguir abusando así de su posición.

Mason asintió con la cabeza:

—Nos es posible; pero la parte contraria hará cuanto pueda por ensuciarla, por hacer creer que usted se había insinuado a Loring y que se venga de esta manera porque él no ha querido corresponderle. Es ciertamente lo que él dirá.

—¿Cree usted eso? —preguntó Arlene, indignada.

—¡Desde luego! ¿No esperará que reconozcan los hechos? Bueno; ¿desea de todos modos que lo intentemos?

—Sí, Mr. Mason. Si quiere usted ayudarme, estoy dispuesta a llegar hasta el fin. A hacer todo lo que sea preciso.

—¡De mil amores! —asintió el abogado, que añadió, volviéndose hacia su secretaria—: Telefonea a Paul Drake y pídele que venga en seguida. Necesitamos recoger pruebas contra el joven Lamont antes de que él sospeche cuáles son sus intenciones. —Y explicó seguidamente a su cliente—: Paul Drake, director de una agencia privada de detectives, se encargará de ello. ¿Dejó el auto de Lamont ante una boca de incendios?

—¡Sí, justamente delante! Espero que le habrán dejado por lo menos una docena de papeletas por estacionamiento prohibido.

—Probablemente eso nos será útil —dijo, sonriendo Mason—. Siento curiosidad por saber qué historia contará para justificarse.

—Seguro que no dirá la verdad.

—No, desde luego. Supongo que atribuirá la demanda a alguna chica que ha querido vengarse de él, pero muy bien podría sentirse tentado de presentar una versión algo distinta de los hechos cuando el asunto pase ante el tribunal. ¿Le dijo que otra empleada había conseguido prosperar gracias a él?

—Sí, la secretaria particular de su padre: Ethel Bristol.

—¿La conoce?

—La he visto varias veces.

—¿Puede describírmela?

—Es una joven de veintiséis o veintisiete años, y muy atractiva, excepto que...

—Excepto ¿qué?

—Resulta difícil de explicar. Está en sus ojos. Tiene una mirada..., una mirada de derrota... cuando por su belleza...

Llamaron a la puerta del pasillo con un ritmo especial y Mason dijo inmediatamente:

—Es Paul Drake. Hazle entrar, Della.

Mason presentó el detective a su cliente y le preguntó:

—¿Conoces los establecimientos Lamont y Compañía, Paul? ¿Material rodante, etcétera?

—¿Por qué me lo preguntas, Perry? —inquirió Drake, mirando a Arlene Ferris con más atención.

—Porque el auto de Loring Lamont, el hijo del amo, fue dejado anoche ante una boca de incendios. Quisiera saber qué

explicaciones ha dado para justificarse.

—Me parece difícil, Perry —interrumpió el detective—, porque Loring Lamont fue asesinado anoche.

Arlene Ferris lanzó una ligera exclamación en tanto que el rostro de Mason se endurecía de repente:

—Cuéntanos eso, Paul.

—¡Oh! Sólo sé lo que hace un rato han dicho por radio: Loring Lamont, hijo del conocido industrial, fue asesinado anoche. Su cadáver ha sido descubierto en una casa de campo perteneciente a la firma Lamont. Fue apuñalado por la espalda con un cuchillo de cocina. La policía busca a una joven en cuya compañía parece que se le vio la noche última.

—Bueno, Paul; en tal caso puedes marcharte, porque necesito hablar con mi cliente, y si tú estuvieses presente, después no podría ampararme en el secreto profesional. En cambio Della puede asistir sin que ello sea perjudicial para mi cliente. La ley es así.

El detective se levantó y, antes de salir del despacho, dijo a Arlene, con sonrisa tranquilizadora:

—No se inquiete. ¡No podría haber caído en manos mejores que las de Mr. Mason!

Cuando el detective se hubo marchado, el abogado preguntó inmediatamente:

—¿Le mató usted?

—No, Mr. Mason, no fui yo.

—¿A qué hora le dejó usted?

—No sabría decírselo exactamente... Alrededor de las siete.

—La ropa que llevaba usted debió quedar manchada de barro y más o menos maltrecha, ¿no?

Ella asintió con gesto expresivo.

—Condujo usted su automóvil... ¿Recuerda si tocó el retrovisor para poder utilizarlo?

—Sí: tuve que modificar su inclinación.

—¿Y no llevaba guantes?

—No.

—Me ha dicho que su ropa estaba manchada de barro y desgarrada. ¿Podría ocurrir que tuviese también manchas de sangre?

—Sí. Mire...

Después de una breve vacilación, Arlene se levantó la falda y mostró al abogado un largo arañazo en el muslo derecho.

—Me ocurrió —dijo— la segunda vez que pasé entre el alambre de espinos. Tan de prisa iba... Cuando me quité la falda vi que por dentro tenía varias manchas de sangre. Y en las bragas tenía barro. ¡Oh! Estaba en un estado deplorable, puede creerme.

—¿Lavó su ropa interior?

—No. Lo dejé todo en el cesto de la ropa sucia.

—Bueno; en tal caso debo pedirle la llave de su apartamento y rogarle que me autorice a ir a su casa para hacer lo que considere útil.

Arlene abrió el bolso y cogió la llave, que entregó al abogado al tiempo que preguntaba:

—¿Va a hacer desaparecer la ropa que llevaba?

—¡Cielos, no! Eso sería falsificar indicios y prefiero dejar ese trabajo a la policía.

—¿La policía? No le entiendo...

—Tampoco me interesa que me entienda. Y ahora necesito que desaparezca usted de la circulación; mas no quiero que pueda pensarse que se ha fugado. A tal fin hará usted lo que voy a decirle, y si llega el momento en que se ve obligada a explicar por qué ha actuado así, diga que ha seguido mis instrucciones, pero no hable hasta que yo la haya autorizado a hacerlo. Para empezar va usted a hacerse despedir inmediatamente.

—Tal vez no sea fácil. Por lo general se concede...

—Fácil o no, es necesario que se haga despedir en el acto —interrumpió Mason.

—Bien. ¿Y luego?

—¿Tiene alguna amiga en la ciudad?

—En la misma ciudad, no... En Santa Mónica.

—¿Cómo se llama?

—Madge Elwood.

—¿Qué edad tiene?

—Creo que veintisiete años.

—¿Rubia o morena?

—Morena. Tiene prácticamente mi estatura, pero es mucho más hermosa, aunque a menudo la gente nos tome por hermanas.

—¿A qué se dedica?

—Es secretaria.

—¿La conoce desde que está usted aquí?

—¡Oh! La conozco desde mucho antes. Hace años que somos amigas. Por lo demás fue gracias a ella que obtuve mi empleo en la casa Lamont. Debe de tener amistades, porque recuerdo que se limitó a llamar por teléfono antes de decirme que no tenía más que presentarme en la casa Lamont, donde me darían un empleo de acuerdo con mis aptitudes.

Mason aprobó con la cabeza:

—Perfecto. Va usted a hacerse despedir y después telefoneé a Madge Elwood y díglele que acaba de perder el empleo y que necesita verla imprescindiblemente. Arrégleselas para que tenga que ir usted a Santa Mónica y pasar la noche en casa de su amiga.

—¿Y qué le diré?

—Le dirá que está convencida de que su despido es obra de Loring Lamont, porque él se le insinuó y usted frenó sus avances. No entre en detalles: diga que está demasiado trastornada para poder decir algo más.

—Pero Madge está ya al corriente de mi agarrada con Loring Lamont. Compréndalo: como fue por mediación de ella que conseguí el empleo, anoche mismo le telefoneé tan pronto hube regresado para preguntarle por qué no me había advertido...

—¿Y qué le contestó ella?

—Me preguntó si conocía muchas casas en las que el dueño no tratara de aprovecharse de las secretarias atractivas. Y no iba desencaminada: en cierto modo es uno de los riesgos del oficio. No es la primera vez que ocurre algo semejante y siempre he podido librarme sin mayor daño. Anoche también lo habría conseguido, estoy segura, pero aquella última llamada telefónica transformó a Loring Lamont. Después ya no se preocupó en mostrar la menor prudencia y se portó brutalmente. Así, pues, conté a Madge todo lo ocurrido, y cuando le dije que finalmente había dejado el auto ante una boca de incendios creí que iba a ahogarse de tanto reír.

Mason permaneció pensativo un momento.

—Bueno —dijo por fin—, deje usted a mi secretaria el teléfono y la dirección de su amiga. Y cuando Madge se entere de la noticia del asesinato pídale que no divulgue todo lo que usted le contó.

—¿No debo hablarle del asesinato?

—¡No! ¡Ni a ella ni a nadie! ¿Es esa Madge Elwood alguien en quien puede usted confiar de veras?

—¡Oh, sí! Es una amiga maravillosa.

—Entonces telefonéele en cuanto esté despedida.

—Sí, de acuerdo. Pero necesitaría mi llave para...

—¡No! ¡Sobre todo no regrese a su casa! Después de su despido márchese directamente a Santa Mónica. Bueno: apresúrese, que el tiempo apremia. Della, anota la dirección y el teléfono de miss Elwood.

Capítulo 4

Sobre las cinco y media de la tarde Paul Drake comunicaba a Perry Mason y Della Street las últimas noticias del caso Lamont:

—El portero de la fábrica afirma que vio salir a Loring Lamont anoche, hacia las seis menos cuarto, en compañía de una joven de la que pudo dar la siguiente descripción: morena, bonita, de unos veinticinco años. La policía supone que Lamont llevó su conquista a la casa de campo que la firma posee en las cercanías. Allí tomaron juntos el aperitivo y después Lamont preparó para cenar unos huevos con jamón. Durante la comida discutieron y la joven apuñaló al otro. Todo esto no se ha hecho público aún, y la policía busca activamente a la joven de referencia. Como ella estaba en el recinto de la empresa a las seis menos cuarto se supone que se trata de una empleada de la casa que se retrasó para terminar un trabajo urgente.

Como Mason permanecía silencioso y pensativo Drake prosiguió:

—Con tales indicios no creo que los investigadores necesiten mucho tiempo para identificar a la joven en cuestión. Por tanto creo que tu cliente haría muy bien en acudir a la policía sin pérdida de tiempo y contarle que Lamont quería «meterla en el bote» y que actuó en legítima defensa.

—¿Y, en legítima defensa, le apuñaló por la espalda? —replicó Mason.

—Pudo ocurrir...

—Sí, todo puede ocurrir. Bueno: sigue averiguando cosas, Paul, y dime dónde está exactamente esa casa de campo.

Drake le informó con precisión, pero añadió:

—Según tengo entendido, la policía está aún allí. Nuestro común amigo el teniente Tragg se ocupa en el asunto a petición de Harvis P. Lamont, que parece tener un brazo pero que muy largo. De modo

que no te dejes sorprender merodeando por allí, porque a Tragg se le subiría inmediatamente la mosca a la nariz.

El detective se marchó y Della Street miró a su jefe con aprensión. Mason, que comprendió el significado de aquella mirada, asintió con la cabeza y dijo:

—Sí, Della, no creo que tarde ni dos horas en identificar a nuestra cliente... Llama a ese número de Santa Mónica, pero no pronuncies el nombre de Arlene Ferris. Limitate a preguntar por Madge Elwood y pásame la comunicación.

Establecida ésta, Mason cogió el aparato:

—Miss Elwood... No repita mi nombre. Soy Perry Mason, el abogado de Arlene Ferris. ¿Ha hablado usted con ella?

—Sí.

—¿Está ahí?

—Sí.

—Entonces siga respondiéndome de manera que ella no sospeche que soy yo quien telefonea, porque quiero pedirle que haga algo por el bien de su amiga, pero tal vez ésta no lo aprobaría. ¿Está dispuesta a ayudarme?

—Por entero.

—¿Tiene automóvil?

—Sí.

—Entonces diga a Arlene que tiene una cita que la obliga a salir, pídale que no se mueva del apartamento hasta que usted regrese.

—¿Y luego?

—Luego deje su coche en las cercanías de la casa de Arlene y prosiga a pie. Cuando llegue justamente ante su casa encienda un cigarrillo y mire hacia el cielo, como si estuviese inquieta por el tiempo que hace. En aquel momento, si todo va bien yo la abordaré. De lo contrario, prosiga su camino. Dé la vuelta a la manzana y coja su coche para regresar a Santa Mónica. ¿Me ha entendido bien?

—Creo que sí.

—Perfecto. ¿Cuánto tiempo tardará en llegar allá?

—¡Oh!... Supongo que veinticinco minutos.

—Muy bien; allí estaré. Pero si no salgo a su encuentro, regrese a su casa sin preocuparse de nada más.

Mason colgó el aparato y se volvió hacia Della Street:

—Por favor, dame mi cámara miniatura y el flash.

Probablemente necesitaré tomar unas fotos.

—¿Cuánto tardarás en regresar?

—No sé.

—No importa; esperaré.

La joven encendió su cigarrillo y, mientras apagaba la cerilla, púsose a consultar el cielo, con el ceño fruncido. Mason se le acercó inmediatamente y preguntó:

—¿Madge Elwood?

—Sí. ¿Mr. Mason?

—Soy yo. ¿Está dispuesta a ayudarme?

—¡Oh, sí! Pero, Mr. Mason, he oído por la radio que Loring Lamont, el hijo de Harry Lamont había sido asesinado... Sé que Arlene tuvo un altercado con él... ¿Es a causa de esto que...?

—Subamos a casa de Arlene.

—No ha contestado a mi pregunta, Mr. Mason.

—No, en efecto.

La joven le miró, mordisqueándose el labio inferior, pero no dijo nada. En el ascensor Mason le dio la llave de Arlene:

—Indíqueme el camino y abra la puerta como si regresase a su casa.

Una vez hubieron llegado, sin incidentes, al apartamento, Mason cerró cuidadosamente la puerta y dijo:

—¿Dónde guarda los vestidos su amiga?

—En ese armario.

—Entonces coja algo que pueda ponerse y luego vaya a cambiarse al cuarto de baño; después deme el vestido que lleva. Pero antes quiero hacerle algunas fotografías. No se mueva.

El abogado ajustó su cámara y tomó varias instantáneas.

—Muy bien. Ahora puede ir a cambiarse.

Madge Elwood vaciló.

—¿Sigue dispuesta —insistió Mason— a hacer lo que sea preciso para ayudar a Arlene Ferris?

—Sí.

En aquel momento el abogado, que estaba junto a la ventana, vio que un coche de la policía se detenía ante el edificio y exclamó:

—¡Demasiado tarde! Ahí llega la policía Venga...

—¿Hubiese ayudado a Arlene el que yo le entregara a usted mi vestido?

—Creo que sí; pero ahora es demasiado tarde.

No había terminado de hablar cuando, desabrochándose el cierre de cremallera, Madge Elwood dejó caer a sus pies el vestido en cuestión.

—Tome. Haga de él lo que quiera.

—¡Oh! Ahora no tendrá tiempo...

En sostenes, bragas y medias la joven se precipitó hacia el armario en busca de otro vestido. Entonces, sacando del bolsillo un cortaplumas y cogiendo el vestido abandonado, Mason le hizo un orificio y arrancó un pedazo de tela junto al dobladillo.

Entretanto Madge Elwood se había puesto otro vestido y, abrochándose aún, alcanzó a Mason, que estaba ya en el pasillo. El abogado cerró de golpe la puerta, y cogiendo de la mano a su compañera la llevó corriendo hacia la escalera. Empezaban a descender por ella cuando el ascensor se inmovilizó, iluminando la puerta de cristal esmerilado. Un momento después los dos fugitivos oyeron a varias personas que andaban por encima de sus cabezas, y el abogado reconoció la voz del teniente Tragg, que decía:

—Es a la derecha.

Mason miró a la joven y vio que había reparado el desorden de su persona. La empujó de nuevo hacia la escalera, por la que siguieron descendiendo, en tanto que el abogado cuchicheaba junto a su oído:

—Abajo, por si hubiese alguien en el vestíbulo, cójame cariñosamente por un brazo y maniésteme su alegría por ir a determinado restaurante, enumerándome con gozosa volubilidad todo lo que se propone comer.

Madge interpretó perfectamente su papel, pero con Mason como único espectador. Cuando salieron a la acera el conductor del auto policiaco estaba leyendo un diario y ni siquiera volvió la cabeza.

Al llegar a la esquina Mason dijo a su compañera:

—Ahora coja su coche y regrese directamente a Santa Mónica.

—¿Me necesitará de nuevo?

—Probablemente. Arrégleselas para tener libre el día de mañana y hallarse dispuesta a contestar a la llamada telefónica que le haré.

—Entendido.

Se separaron inmediatamente. Sin volver la cabeza Mason llegó a su coche, y dos minutos más tarde conducía en dirección a su

despacho.

Capítulo 5

—¿Todo ha ido bien? —preguntó Della Street al ver entrar al abogado.

—Sí y no. Ha faltado un pelo para que la policía nos descubriera en casa de Arlene, y eso significa que ya la han identificado como a la mujer que acompañaba anoche a Loring Lamont.

Mason sacó del bolsillo el pedazo de tejido arrancado al vestido de Madge Elwood, y Della inquirió:

—¿Qué es eso?

—Me niego a contestar esa pregunta, porque podría comprometerte —dijo Mason, riendo—. Como ves conozco bien el código. ¿Tienes más noticias de Paul?

—No.

—Entonces llámale y le dices que nos vemos obligados a salir y que le llamaremos más tarde.

Una vez lo hubo hecho, Della Street se puso su abrigo y su sombrero y volvióse hacia Mason con gesto interrogador. El abogado la examinó con mirada experta.

—Perfecto —admitió—. Pero probablemente deberemos chapotear en el barro, y esos zapatos...

—Son viejos y me da lo mismo. De todos modos podría ponerme los zapatos deportivos que siempre guardo aquí.

—¡No, no, esos tacones altos encajan mucho mejor con mis proyectos! —dijo vivamente el abogado.

—¿Qué vamos a hacer, pues?

—Rozar la ilegalidad. Es un crimen destruir o sustraer indicios, pero, por lo que yo sé, no lo es aumentar su número, como tengo el propósito de hacer.

—¡Esto parece tan misterioso como prometedor! ¿Tengo derecho a una explicación?

—¡Desde luego! Mi querida Della, vamos a examinar los alrededores de cierta propiedad y a tomar algunas fotografías. Al hacerlo vamos a dejar huellas, desde luego, pero de todos modos no se nos puede considerar responsables si los investigadores sacan de esas huellas unas conclusiones erróneas.

—No, en efecto.

—Tanto más cuanto que nuestros esfuerzos conseguirán atraer la atención de los citados investigadores sobre indicios auténticos que, sin eso, nunca habrían observado.

La joven asintió aprobadoramente con la cabeza.

—Perfecto —admitió—. Sin embargo, Drake nos ha dicho que era probable que la policía estuviese aún en la casa de campo de los Lamont.

—Sí, pero es de noche y proyecto quedarme a cierta distancia de la casa. Por tanto no creo que nos arriesguemos a ser vistos por esos caballeros de la policía.

Cuando estuvieron en el campo de operaciones, Mason dejó el coche a un lado de la carretera, sin parar el motor, y dijo a su compañera:

—Della, vas a hacer lo que te voy a decir, pero sin preguntarme nada. De este modo no necesitaré darte explicaciones y tú no sabrás con exactitud cuál es mi idea.

—Eso me hace suponer que te propones infringir más o menos la legalidad —replicó Della Street, con una risita nerviosa.

—No necesariamente.

El camino estaba practicado sobre una colina, de modo que por el lado derecho, que era el de la propiedad de los Lamont, quedaba aproximada mente a un metro por debajo de la cerca de alambre de espino. Completamente seco, no conservaba ninguna huella de pasos; pero otra cosa muy distinta ocurría con el terreno inclinado que dominaba la cerca.

—Voy a ayudarte a subir la pendiente hasta el otro lado de esa estaca —anunció Mason a su secretaria—. Una vez arriba cíñete bien el abrigo, para que no pueda engancharse en los espinos, y déjate resbalar hasta abajo, donde te recibiré en mis brazos.

—¡Lo que prefiero del programa es su conclusión! —dijo, sonriendo, la joven.

Dicho programa fue ejecutado perfectamente: y mientras

ayudaba a Della a hacer pie en el camino, Mason preguntó:

—Si una mujer, después de haber pasado entre los alambres de espinos, hubiese resbalado a lo largo de esta corta pendiente, habría podido muy bien dejar un pedazo de su falda enganchado en los espinos, ¿no?

—¡Y quizá también un pedazo de su piel!

Mason asintió con la cabeza, sacó de un bolsillo el pedazo de tejido procedente del vestido de Madge Elwood y lo clavó en uno de los espinos.

—Perfecto —comentó después—. Esto indica lo que hubiese podido ocurrir. Ahora vamos a fotografiar estas huellas de tacones y este pedazo de tela.

Con ayuda del flash y de la pequeña cámara fotográfica Mason impresionó dos clisés. Entonces Della Street le hizo observar:

—Has dejado huellas de pasos en el borde del camino, y yo también.

—Sí; pero no tiene importancia, porque he aquí lo que va a suceder: la atención de los policías se verá atraída en primer lugar por el pedazo de ropa enganchada en los alambres; se apearán rápidamente del auto para examinarlo de cerca, y después de ello observarán las huellas que has dejado al resbalar por el talud. Luego empezarán a preguntarse de donde procedía la persona que ha dejado estas huellas y adonde iba. Mas para entonces habrán pisoteado de tal modo el borde del camino que habrán borrado todas nuestras huellas. Por tanto irán a examinar el terreno de arriba, al otro lado de la cerca, y no encontrarán ninguna señal de pasos en dirección al lugar donde te has dejado resbalar, pero esto los llevará sin duda a descubrir las que anoche dejó Arlene Ferris.

—¿Y qué conclusión sacarán?

—¡Sólo Dios lo sabe! En cuanto a mí, únicamente deseaba entregarme a una pequeña experiencia; y llevada ya a la práctica, nada nos impide que vayamos a cenar.

—Decididamente, tu programa me gusta cada vez más —declaró Della Street mientras volvía a subir al automóvil.

El abogado y su secretaria se detuvieron primero en el estudio del fotógrafo que solía trabajar para ellos. Mason encargó a éste que revelara los distintos clisés que había tomado y que hiciese ampliaciones. Después llevó a su secretaria a un lujoso restaurante,

desde donde, después de cenar, telefoneó a Paul Drake. Este no tenía noticias frescas, pero Mason le informó de que iba a llevarle ciertas fotos muy interesantes.

Después de haber acompañado a Della a su domicilio Mason volvió a pasar por casa del fotógrafo, que había trabajado de firme, y recogió un sobre que contenía las ampliaciones de Madge Elwood. Seguidamente se dirigió a la Agencia Drake.

—Paul —dijo al llegar al despacho del detective—, supón que has sido víctima de un atraco...

—Es una suposición desagradable, pero aceptémosla de todos modos.

—Gracias por tu amabilidad. Das a la policía la descripción de tu agresor, y ésta sabe que un ex presidiario ha sido visto en el barrio. Te enseñarán, por tanto, fotografías del individuo en cuestión y te dirán: «Mr. Drake, tenemos buenos motivos para pensar que éste es su agresor; pero no lo afirme apresuradamente. Tómese tiempo y estudie bien estas fotos. No, no, no asienta ya con la cabeza. Recuerde que una foto es siempre algo distinta de la realidad. Reflexione bien...». Dos días más tarde un inspector te telefoneará: «Míster Drake, creemos que hemos detenido a su agresor; pero para que no haya error posible veremos si puede usted identificarle...». Te vas, pues, a la comisaría de policía y cuando hacen desfilar ante ti a una docena de sujetos reconoces bruscamente a uno de ellos y dices: «¡Es éste!». Pero ¿lo has reconocido porque se trata verdaderamente de tu agresor, o porque su rostro se te ha hecho familiar a causa de las fotografías que te había mostrado la policía?

—Sí, lo sé, lo sé —dijo Drake con cierta impaciencia—; son cosas que ocurren. Pero esto se debe a que el hombre no es infalible; y de todos modos no se puede menospreciar a los testigos oculares sólo porque ciertas personas son más sugestionables que otras.

—En efecto, Paul: tienes toda la razón —asintió Mason, con una sonrisa—. Como me has dicho que el portero de la fábrica vio salir anoche, hacia las seis menos cuarto, a Loring Lamont en compañía de una muchacha atractiva, vas a enseñarle esta fotografía y a pedirle que se fije bien en ella y que te diga si se trata de la chica en cuestión.

—¡Oye, Perry! ¡Esto puede acarrearle dificultades! Actuando así,

tratas de influir en el testigo.

—¿Trato de influir en él?

—Sí. Le metes ideas en la cabeza.

—Pero ¿no actúa así la policía?

—Sí.

—¿Y pues? Cuando la policía muestra una foto a un testigo, ¿afirmas que trata de influir en él, de meterle ideas en la cabeza?

—Está bien... Voy a intentarlo —dijo Drake a regañadientes y cogió la fotografía—. A condición de que la policía no se las haya arreglado para poner al tipo al amparo de todo contacto exterior...

Capítulo 6

Al día siguiente, hacia las ocho y media, cuando Perry Mason llegó a su despacho encontró en él a Della Street, entregada al examen de los diarios en compañía de Paul Drake.

—¿Has visto al portero de la casa Lamont, Paul? —preguntó el abogado.

—No. La policía ha enviado un coche a recogerle esta mañana a primerísima hora. Como comprenderás no he querido correr el riesgo de hacerme notar yendo a su encuentro antes de que se incorporase a su trabajo... Pero tengo allí a uno de mis hombres, y tan pronto como regrese el sujeto le enseñaré la fotografía. A propósito, Perry, los diarios hablan de ti, y la policía ha descubierto una nueva prueba acusatoria.

—¿De qué se trata? —preguntó sosegadamente el abogado, que se sentó en una butaca que, por lo general, reservaba a sus clientes.

—Al registrar los bolsillos de Loring Lamont, o más exactamente de su cadáver, los investigadores han encontrado una pieza procedente de un distribuidor de automóvil.

—Bien. ¿Y qué?

—Pues que ayer una de las empleadas de Lamont, Arlene Ferris, advirtió que su automóvil estaba estropeado en el aparcamiento de la fábrica y pidió a un mecánico que viese lo que estaba mal. El mecánico comprobó que habían quitado una pieza del distribuidor y la sustituyó por otra. Ahora bien: la pieza hallada en el bolsillo de Loring Lamont es idéntica a la que hubo de ponerse en el auto de Arlene Ferris.

—Bueno... Pero ¿qué pinto yo en todo eso?

—Pues bien: ayer tarde Arlene Ferris se ausentó en horas de trabajo después de manifestar a su jefe inmediato, George Albert, que necesitaba imprescindiblemente salir. Este detalle interesó

mucho a los investigadores. Por el portero supieron que miss Ferris no había cogido su coche, pese a que ya estaba arreglado. Tuvieron, pues, la ocurrencia de hacer preguntas a los taxistas de la parada vecina, y anoche a la seis encontraron el que había utilizado la muchacha. Ella le había pedido que la condujese aquí, y lo más aprisa posible porque tenía cita con un abogado. Cuando se disponía a arrancar, después de haber dejado a su cliente, el taxista advirtió que la chica se había dejado un papel doblado en el asiento posterior. Fue a ver lo que era con la intención de llevarlo a la oficina de objetos perdidos si se trataba de algo importante, y vio que, la hoja, con el membrete de Lamont y Compañía, contenía tu nombre, dirección y número de teléfono. El taxista se la guardó maquinalmente en un bolsillo de la chaqueta, y todavía estaba allí cuando la policía acudió a interrogarle, de modo que se la entregó. Y en seguida la policía fue a registrar en casa de Arlene Ferris.

—Entiendo —dijo Mason, con aire pensativo.

—No encontraron en su guarida a la muchacha, pero, registrado el apartamento, descubrieron un vestido que presentaba un desgarrón bastante peculiar: faltaba un pedazo de tejido. Esto les dio una idea y fueron a examinar la cerca de alambre de espino que bordea el camino que conduce a la casa del crimen. Y, clavado en uno de los espinos, encontraron el pedazo de tela que faltaba en el vestido. Encontraron, asimismo, huellas que indicaban que una mujer había franqueado la cerca en aquel lugar y se había deslizado hasta el camino agachada sobre sus talones. Todo ello, y el descubrimiento de unas bragas manchadas de barro que aparecieron durante el registro del apartamento, parece probar que fue miss Ferris la que efectuó el deslizamiento.

—Supongo que no considerarán que un deslizamiento o resbalón sea un crimen, ¿verdad?

—No —respondió secamente Drake—; pero un asesinato es algo muy distinto.

—¿Y la policía ha establecido una relación con el asesinato de Loring Lamont?

—¿Te sorprende? ¡Ah! Olvidaba decirte que los investigadores han descubierto también a un testigo que vio a una joven dejar el coche de Loring Lamont ante una boca de incendios. Y la descripción de esa joven corresponde con la de Arlene Ferris.

—¿Quién es ese testigo? —preguntó Mason.

—Un tal Jerome Henley. Vive en el edificio en que Loring Lamont tenía su piso de soltero, y es dueño de una tienda de discos.

—¿A qué hora vio dejar el coche a esa joven?

—Cree que debían de ser las diez o las diez y media de la noche; pero no puede asegurar nada porque, no concediendo importancia a la cosa, no miró el reloj.

—¿Dónde tiene su tienda de discos?

—Por lo que dicen los diarios, en el 1311 de Broadside Avenue.

—Bien: asegúrate de que nadie te sigue y ve a enseñar a ese Henley la foto que te entregué ayer. Pregúntale si se trata de la joven que vio bajar del coche.

Drake se dirigió, rezongando, hacia la puerta. Con la mano en la empuñadura volvióse para decir:

—¡Si me meten en chirona, cuento contigo para pagar la fianza!

Después de su marcha, Mason procedió a examinar los diarios y el correo matutino. Al cabo de unos veinte minutos el teléfono que quedaba a su izquierda sobre la mesa, cuyo número no figuraba en el listín, comenzó a tocar. El abogado descolgó el aparato y oyó la voz de Paul Drake, que le hablaba con excitación:

—Perry, he visto a Henley. De momento se ha mostrado vacilante, pero luego ha reconocido que la muchacha de la fotografía se parecía mucho a la que había visto, y ahora piensa que se trata de la misma persona.

—Buen trabajo, Paul.

—Otra cosa, Perry: el teniente Tragg hace vigilar tu coche, sin duda con la idea de que puedes conducirlo hasta el lugar donde se oculta tu cliente.

—Gracias por el informe, Paul. Tal vez tengan intervenido también mi teléfono. ¡Voy a actuar en consecuencia!

Después de colgar Mason volvióse hacia su secretaria:

—Della, ve a un teléfono público y llama a Madge Elwood en Santa Mónica. Ha perdido un día de vacaciones para estar a mi disposición. Dale la dirección del aparcamiento donde dejo mi coche y dile que vaya a él en el suyo. Pero, cuidado: deseo que se las arregle para llegar a las diez cuarenta y cinco en punto. El guardián del aparcamiento le dará un boleto, y ella no tendrá más que dirigirse con toda tranquilidad hacia la salida. Yo estaré allí con

mi coche, dispuesto a arrancar. En seguida me pondré en marcha, y cuando llegue a su altura abriré la portezuela. En ese momento deberá ella subir y sentarse a mi lado sin vacilar.

—¿Y luego? —preguntó Della Street.

—Luego todo dependerá del teniente Tragg. Tal vez querrá intervenir antes de saber adonde vamos, pero me sorprendería.

—¿Y adonde piensas ir?

—De compras, Della —contestó Mason, sonriendo—. Sincroniza tu reloj con el mío y pide a miss Elwood que haga lo mismo con el suyo. Todo esto ha de estar regulado al minuto.

—¿Debo decirle algo para Arlene Ferris?

—Sí: que le recomiende que siga sin moverse, pero aclarándole que ahora terminará todo muy pronto.

—Bueno; pero, dada la intensa circulación, ¿no hay peligro de que se retrase miss Elwood?

—Que se esfuerce en ser lo más puntual posible. Dile que es *muy* importante.

Capítulo 7

Madge Elwood se sentó con viveza al lado de Mason y cerró la portezuela. Entretanto el abogado sacaba diestramente el auto del aparcamiento y se lanzaba en medio del tránsito callejero.

—¿Todo ha ido bien? —preguntó entonces.

—Sí; pero tenía tanto miedo de llegar tarde que todavía estoy emocionada. ¿Por qué había de regular la operación al minuto?

—Porque, si es posible, prefiero que no nos sigan.

—¿Por qué habrían de seguirnos?

—¿No ha leído los diarios?

—La última edición, no...

—Probablemente será mejor así.

Madge Elwood miró a su compañero, enarcando ligeramente las cejas; después declaró:

—Si teme ser seguido, he leído en un libro que describiendo ochos alrededor de dos o tres manzanas...

—Sí —la interrumpió Mason—, es un método bastante eficaz. Pero no quiero demostrar que temo que me sigan. Forma parte del juego.

—¿Y en qué consiste el juego?

—En portarse con la máxima naturalidad —contestó, sonriente, el abogado—. Como ve, la regla es muy sencilla.

Al llegar a Broadside Avenue, Mason detuvo su coche en las cercanías del número 1200; después dijo a miss Elwood:

—Paseemos un poco... ¿Cómo sigue Arlene?

—Bien, después de hacerle tomar unas píldoras para dormir. Se moría de ganas de saber para qué me quería usted, pero, ignorándolo yo misma, no pude satisfacer su curiosidad.

—¿Le gusta la música? —preguntó el abogado cuando llegaron a las cercanías de una tienda de discos y de electrófonos.

—Oh, sí, hago colección de las grabaciones estereofónicas.

—Pues bien: entremos aquí —dijo Mason penetrando en la tienda.

Un vendedor se precipitó en su dirección, y Mason declaró:

—Me interesa un equipo de alta fidelidad. ¿Es usted el director Mr. Henley?

—No, sólo soy el dependiente. El señor Henley es el caballero que está allí, en el despacho, detrás del cristal.

—Ah, muy bien. Pregúntele simplemente si conoce a Mr. Billings, Jim Billings. Es amigo mío y creo que su equipo, del que está muy satisfecho, le fue servido por mediación de ustedes.

—Bien, señor; voy a preguntárselo.

El dependiente fue a reunirse con su jefe, quien le escuchó, arrugó la frente, miró a Mason y a Madge Elwood, y finalmente se levantó para salir a la tienda.

—Buenos días, señor —dijo—. No recuerdo haber tenido por cliente a ningún Mr. Billings, pero puedo facilitarle el mejor material en las condiciones más favorables, porque...

—Un momento, por favor —intervino secamente una voz a espaldas de Mason.

—¡Oh, teniente Tragg! —exclamó el abogado, volviéndose—. ¿Es también discófilo?

—En mis ratos perdidos, sí; pero se debe a otro motivo el que esta mañana haya hablado ya con Mr. Henley... Mr. Henley, ¿conoce a este caballero?

El dueño de la tienda negó con la cabeza.

—Entonces sepa que está en presencia de míster Mason, el célebre abogado especializado en la defensa de las personas acusadas de asesinato. En cambio ignoro quién es esa joven, pero eso carece de importancia. Sólo le pido que se fije bien en ella antes de contestar a la pregunta que voy a hacerle... Mr. Mason es un abogado muy astuto... Ha venido a visitarle esta mañana en compañía de esta joven y si, más tarde, citado como testigo, se le pide que reconozca usted a esta persona como la que vio bajar del auto de Loring Lamont, detenido ante una boca de incendios, míster Mason le preguntará, con su sonrisa: «¿Está seguro de no equivocarse? ¿No cree reconocerla porque el otro día fui con ella a su tienda para comprar un equipo de alta fidelidad?». De modo que,

para que no haya lugar a error, Mr. Henley, le pregunto ahora: ¿Había visto ya a esta joven? ¿Fue la que conducía anteanoche el automóvil de Loring Lamont?

—Mr. Henley —intervino entonces Mason—, no se deje desorientar por el teniente Tragg. No es así como se realiza una identificación. Si...

—¡Sí, es ella! —exclamó Henley, interrumpiendo al abogado—. Iba vestida de manera distinta, pero es la mujer en cuestión.

—¿Está seguro? —insistió Tragg.

—Por completo.

Tragg se encaró entonces con Mason, sonriente:

—¿Quiere hacer las presentaciones, Mr. Mason? O tal vez no sea necesario... Miss Arlene Ferris, soy el teniente Tragg, de la Brigada Criminal, y desearía hacerle varias preguntas relativas al empleo de su tiempo la noche en que Loring Lamont fue asesinado.

Madge Elwood retrocedió un paso, sofocando una ligera exclamación, como hubiese podido hacerlo Arlene Ferris en una ocasión semejante.

—Vamos, vamos —dijo Tragg—: si es usted inocente, nada tiene que temer y...

—Comete usted un error, teniente —intervino Mason—. Permítame presentarle a miss Madge Elwood, que es secretaria y vive en Santa Mónica. Como comparto mis aficiones por la estereofonía y la alta fidelidad, le he pedido que me acompañara aquí para aconsejarme.

—¿Está bien seguro de que es ella? —preguntó entonces el policía, volviéndose hacia Henley.

—Completamente seguro, teniente: es la misma mujer.

—Es lo que suponía. Más tarde aclararemos este asunto de los nombres. Ya sospechaba que Mason estaba preparándonos un truco de los suyos. Como le he dicho, cuando usted hubiese sido convocado para testificar habría acabado por convencerle de que se había dejado confundir por un recuerdo que nada tenía que ver con el crimen. Dicho esto, mi querido abogado, voy a privarle de la compañía de miss Elwood.

—¿Tiene una orden de detención?

—No la necesito.

—Sí. Para impedirme que siga a miss Elwood le es indispensable

una orden de detención. No puede usted detenerla así, sin más ni más, sólo porque se le antoja.

—Pero acaba de ser identificada como...

—¡Oh! Tengo buenos oídos y he entendido perfectamente a Mr. Henley. Cuando nos encontremos ante el tribunal me guardaré mucho de olvidar con qué seguridad ha efectuado esta identificación.

—Por el momento no acabo de entender qué se propone con sus maniobras, Mason; pero acabaré por descubrirlo. Venga miss Elwood.

—La acompaño, miss Elwood.

Tragg vaciló. Estuvo a punto de contestar con rudeza, mas por fin cedió.

—Sea: venga también, pero no trate de embrollar las cosas, pues en tal caso le recordaré ciertos artículos del Código Penal que tal vez haya olvidado.

—¡Oh, teniente! Nunca olvido ningún artículo del Código Penal —replicó Mason, con cortesía—. No puedo permitírmelo.

En el momento de subir al coche de la policía buscó Madge Elwood la mirada de Mason y éste le indicó, con un movimiento de los labios, que guardara silencio.

Tragg murmuró una dirección junto al oído del chófer, y el automóvil se alejó rápidamente de las vías de densa circulación, para detenerse por fin ante un pequeño *bungalow* en una calle tranquila.

—En seguida vuelvo —dijo Tragg, apeándose.

Fue a llamar a la puerta del *bungalow*, en el que entró acto seguido. Al cabo de cinco minutos, el policía reapareció en compañía de un hombre que dio la vuelta al coche y lo examinó calmamente como si realizara una inspección. Después Tragg y el desconocido regresaron al *bungalow*. Unos minutos más tarde el policía salió solo y volvió a instalarse en el auto.

—Regresamos a la tienda de discos —ordenó al chófer.

—¿Puedo preguntarle lo que significa todo esto? —inquirió Mason.

—Puede preguntarlo; pero yo prefiero dejárselo adivinar.

—¿Forma parte este coche del lote que la policía va a poner en venta, y este hombre es un comprador eventual?

—Es muy posible —se limitó a responder Tragg.

El resto del trayecto transcurrió en silencio, y cuando el auto se detuvo ante la tienda de discos, Tragg declaró:

—Señorita, mi querido abogado, aquí es donde los habíamos cogido y aquí los devolvemos ahora.

—Gracias, teniente —repuso Mason, abriendo la portezuela—. Me consideraré dichoso si hemos podido serle de alguna utilidad. Por cierto: ¿cómo ha podido descubrirme en el interior de esta tienda?

—Me encontraba en sus cercanías, y cuando le vi entrar decidí intervenir para que no consiguiese usted, con sus maniobras maquiavélicas, hacer vulnerable este testigo de la acusación.

—¿Henley? ¡Pero si ahora resulta muy vulnerable!

—No quiero discutir con usted sobre ese tema. Me pagan para que efectúe investigaciones y no para discutir con los abogados. Vamos, Frank.

El automóvil arrancó y se alejó rápidamente.

—¡Mr. Mason —exclamó entonces Madge Elwood, con pasión—, no puede permitirles que me hagan esto! ¡Ese individuo no tiene derecho a decir que me ha visto bajar del auto de Loring Lamont! Estaba en Santa Mónica y...

—Cálmese, cálmese. El teniente Tragg me ha parecido menos satisfecho después, que antes de nuestro paseo. Veamos si podemos descubrir la causa de tal cambio. ¡Venga!

Unos momentos más tarde, sentada de nuevo junto a Mason en el auto de éste, la joven observó:

—¿No es el mismo camino que hemos seguido hace un poco con los policías?

—Sí.

—¿Regresa al mismo sitio?

El abogado asintió con la cabeza.

—¿Por qué?

—Para realizar una comprobación.

No tuvo que más decir, y Madge Elwood guardó silencio. Cuando hubieron llegado a su destino, Mason fue a llamar a la puerta del pequeño *bungalow*. El hombre que acudió a abrirle le miró sorprendido.

—¿No es usted el que ha venido hace un rato con los policías?

—Sí.

—Pues bien: nada ha cambiado. No puedo asegurar nada. Ciertamente se parece a la otra, pero un estoy seguro de que sea la misma. Un hombre ha venido ya a verme con una fotografía preguntándome si era la mujer que había visto. Le he dicho que nada podía afirmar, pero creo que la que estaba en el coche de la policía era la misma que la de la foto. Compréndalo: cuando vi a la que acompañaba a Loring Lamont, el auto estaba en marcha y apenas si la distinguí.

—Sí, comprendo. Muchas gracias —dijo Mason—, y discúlpeme por haberle molestado.

—No tiene importancia. Sólo deseo ayudar a la policía, pero no puedo afirmar una cosa de la que no estoy seguro.

—Tiene toda la razón, y ese deseo de exactitud lo honra. ¿Cómo se llama usted?

—Tom Grimes.

—Gracias de nuevo, Mr. Grimes. Y espero que no necesitaré molestarle más.

De regreso en el coche, Mason preguntó a Madge Elwood:

—¿Sigue dispuesta a hacer cualquier cosa para ayudar a Arlene?

—Sí.

—Entonces voy a mezclarla íntimamente en el asunto.

—¿Íntimamente?

—Sí; pero no hasta el punto de que no pueda usted salirse de él, tranquilícese. Se apresurarán a soltarla como a una patata demasiado caliente (¡disculpe la comparación!), pero me interesa que se quemen bien los dedos. ¿Está de acuerdo?

—Estoy de acuerdo en hacer todo lo que usted me diga si resulta útil para Arlene.

—Bien; entonces voy a llevarla al aparcamiento para que recupere el coche y regrese a su casa. Prepárese a recibir a los fotógrafos, que no tardarán en llegar, y conviene que salga usted en las fotos lo más favorecida posible.

Capítulo 8

Cuando Mason regresó a su despacho, Paul Drake le anunció de sopetón:

—La policía acaba de detener a Arlene Ferris.

—¿Dónde la han encontrado? —preguntó el abogado.

—En Santa Mónica, en casa de una amiga.

—¿Qué les ha sugerido la idea de ir a buscarla allí?

—Lo ignoro. Probablemente han visitado a todas sus amistades.

Mason se volvió hacia su secretaria:

—Telefonea a Hamilton Burger, Della, por favor.

En tanto que la joven cumplía el encargo, Drake observó:

—¡Veo que eres de los que prefieren dirigirse directamente a Dios antes que a sus santos!

Mason meneó la cabeza con aire pensativo. Un momento después Della Street le pasó la comunicación.

Al otro extremo de la línea la voz del fiscal del distrito dijo, con circunspección:

—¿Qué tal, Mr. Mason? ¿Desea algo de mí?

—La policía acaba de detener a una de mis clientes, miss Arlene Ferris.

—Sí. Desean interrogarla en relación con el asesinato de Loring Lamont.

—En tal caso, como abogado suyo, quiero que se me autorice a hablar con ella.

—Eso tendrá que decirlo a la policía.

—No; se lo digo a usted para no tener precisión de recurrir a los grandes medios.

—¿Y cuáles son los grandes medios?

—El *habeas corpus*^[2], que complicaría su existencia tanto como la mía.

Hamilton Burger reflexionó un instante y dijo:

—Si es usted abogado de miss Ferris, creo que le será posible hablar con ella tan pronto como la traigan aquí. Pero, como estoy bastante bien informado de este asunto, desearía hacer a usted un par de preguntas. Si miss Ferris es inocente, ¿cómo es que no fue a encontrar a la policía así que se enteró del asesinato de Loring Lamont, para manifestar que había estado con la víctima en la casa del crimen?

—Para poder contestar a esa pregunta habría de saber, ante todo, en qué momento se enteró miss Ferris de que Lamont había sido asesinado.

—Se sale usted por la tangente... En fin: poco importa; sostengo lo que he dicho y no necesita recurrir al *habeas corpus*. Podrá hablar con su cliente tan pronto como la traigan aquí.

—Está bien, muchas gracias, Mr. Burger.

Mason colgó el aparato y preguntó:

—¿Qué más has sabido, Paul?

—Se ha demostrado que Loring Lamont fue a esa casa de campo en compañía de una joven. Cenaron huevos con jamón y bizcochos recién preparados. Lamont fue muerto pocos minutos después de esa comida.

—¿Comieron los dos? —interrogó Mason.

—Sí.

El abogado frunció el ceño y luego preguntó:

—¿Hay alguien que se ocupe de la limpieza de esa casa?

—Sí; una tal Sadie Richmond, una viuda, que vive a cinco kilómetros de distancia.

—No queda demasiado cerca.

—No, pero la propiedad es bastante extensa. Mrs. Richmond va cada día, por lo general, entre las diez y las doce. Cuando ha habido una recepción lava la vajilla; y como a veces hay invitados de la firma que se quedan a dormir allí, se cuida igualmente de que las habitaciones estén siempre dispuestas para su uso. Durante el día va también un hombre a cuidar el jardín. Tanto la una como *el* otro tienen una llave de la verja.

Mason consultó su reloj:

—¿Cuánto rato hace que han detenido a Arlene Ferris?

—No puedo decírtelo con exactitud, pero supongo que alrededor

de una hora.

—Han debido llegar al apartamento poco después que Madge Elwood saliera. Bueno, ven, Paul: vamos a echar una ojeada a la escena del crimen, pues la policía debe de haberse marchado ya.

—Sí, los investigadores se han ido, y también los periodistas, a quienes se había permitido la entrada para que tomaran algunas fotos. Pero no te será posible entrar normalmente. Y lo que se suele llamar «entrada con fractura» podría crearte muchas preocupaciones, te lo advierto.

—Tranquilízate; no tengo intención de infringir la legalidad. ¿Tienes la dirección de esa Sadie Richmond?

Drake asintió con la cabeza.

—Perfecto. Vamos a verla. Ven tú también, Della. Una mujer es capaz de observar ciertos detalles que escaparían a un hombre.

—¿Qué buscas? —preguntó Drake.

—Si lo supiese, no necesitaría ir allí.

Ya en camino, Mason dijo a Drake:

—Si lo he entendido bien, no se puede entrar en la propiedad sin una llave que abra la verja, pues la primera cerca de alambre de espino está reforzada un poco más adentro por un enrejado metálico de tres metros de alto. ¿No es así?

—Efectivamente.

—Pero existe cierto número de llaves que utilizan los Lamont para sí mismos y para sus invitados. Además Sadie Richmond debe de tener constantemente una, y también el jardinero, ¿no?

—Así es.

—Por cierto: ¿cómo se llama el jardinero?

—Otto Keswick. Vive en las proximidades de la casa de Sadie Richmond.

Sadie Richmond resultó ser una mujer de unos treinta años y de constitución robusta, pese a que mostrara una elegante esbeltez. Mason se presentó y añadió:

—Me intereso en el asunto Lamont...

—Me parece que no es usted el único —contestó ella, con breve sonrisa.

—Lo supongo. ¿Ha ido allá está mañana?

—No. Los investigadores me dijeron que me llamarían por teléfono para hacerme saber cuándo podría ir a ordenarlo todo.

—¿Y no lo han hecho aún?

—Sí; me han llamado hará cosa de un cuarto de hora.

—Así, pues, ¿se disponía a ir allí para hacer la limpieza?

—Sí.

—¿Quiere que la ayudemos?

Ella sonrió y negó con la cabeza.

Entonces, sacando la cartera, Mason cogió un billete de veinte dólares. Sadie Richmond miró el billete y su rostro se endureció, pero no hizo ningún comentario.

Mason cogió un segundo billete de veinte dólares; después otro, y luego otro más.

—No le causaríamos ninguna molestia, ¿sabe?

Sadie Richmond se contentó con sonreír de nuevo y menear suavemente la cabeza.

—Escuche —prosiguió Mason—: una joven está acusada de este asesinato, y yo soy su abogado. La policía se ha llevado todo lo que podía serle útil. Por tanto, no hay peligro de que yo haga desaparecer ninguna prueba; pero necesito conocer el lugar del drama para poder fundamentar bien mi defensa. Desde luego me es posible obtener una autorización del tribunal que me permita visitar el lugar. Pero esto requerirá tiempo y mi tiempo es precioso.

Al terminar estas palabras, Mason alargó los ochenta dólares a Mrs. Richmond. Esta vaciló aún y por fin tomó los billetes.

—No sé lo que pudo suceder la noche del asesinato —dijo entonces—; pero por otras veces que Loring Lamont vino aquí me di cuenta de... Bueno, en resumen: prefiero no decir nada, pero pueden ustedes acompañarme a condición de que luego no se lo cuenten a todo el mundo.

—Seremos la discreción personificada.

—No tiene más que seguirme en su coche. Salimos inmediatamente porque supongo que tendré bastante trabajo.

—Platos que lavar...

—Eso no, porque la policía se llevó todos los platos sucios. Me lo han dicho hoy al telefonarme.

—Bueno; eso simplifica su labor. Póngase en marcha, que nosotros la seguimos.

Una vez llegados a su destino, Mrs. Richmond cerró la verja en cuanto los dos automóviles hubieron entrado en la propiedad.

—Insisten en que esta reja esté constantemente cerrada con llave por temor a que los chiquillos entren hasta la piscina y sufran un accidente —explicó Mrs. Richmond.

Cuando ella los hubo conducido hasta el interior de la casa, Mason apreció la comodidad del mobiliario, las alfombras, el equipo de cocina.

—¿Era aficionado a cocinar Loring Lamont? —preguntó.

—Creo que lo que más le gustaba era hacer el mínimo de comida ensuciando el máximo de objetos —contestó la mujer, con una sonrisa expresiva que hizo reír a Della Street.

Mason examinó después un pedazo de alfombra, manchado de sangre, que estaba rodeado por una raya de tiza.

—De modo que éste es el sitio donde encontraron el cadáver...

—Lo supongo, sí —asintió Mr. Richmond—. Me han dicho que podía limpiar esto también, pero no me entusiasma demasiado. El viejo Lamont deberá pagarme una prima si quiere que lo haga.

—Cuando Loring Lamont daba una recepción, supongo que le pagaría también una prima para que viniese a servir, ¿no?

—Cuando Loring Lamont recibía, siempre era a solas —replicó Mrs. Richmond, que, sin esperar más, se puso la ropa de trabajo.

Entonces Mason se acercó a un *secrétaire*, cuya tapa podía bajarse para formar una mesa escritorio.

—¿Quién utiliza este *secrétaire*? —preguntó.

—Aquí guardo las facturas de lo que compro para la conservación de la casa, las notas de la lavandería y otras cosas por el estilo.

—Así, pues, este talonario de cheques es suyo —sugirió Mason, que inspeccionaba el casillero del *secrétaire*.

—¡Oh, no! ¡Yo no tengo cuenta corriente!

—Sólo se han utilizado unos pocos cheques —observó Mason, examinando las matrices—. Uno de ochenta y siete dólares, hace una semana, a la orden de un garaje. Otro de seiscientos veinticinco dólares, a la orden de una compañía de seguros. Otro de quinientos dólares a la orden de Orval Kingman, fechado en el día del crimen. El último es también de quinientos dólares, pero en la matriz hay sólo indicado O. K. y el balance de la cuenta corriente es de dos mil quinientos setenta dólares con treinta.

—¿Dónde lo ha encontrado? —preguntó mistress Richmond, que

se había acercado.

—En este casillero, junto a estos papeles —contestó Mason, mostrando notas de lavaderos y de tenderos, sobre las que se había escrito O. K., con letras grandes.

—Pongo aquí las notas —explicó la mujer de la limpieza—, y cuando viene uno de los amos se las lleva.

—¿Fue usted quien las marcó con el O. K.?

—Sí; esto quiere decir que pueden ser pagadas, pues ya las he comprobado.

—¿Ha sido usted también la que ha puesto el O. K. en el talonario?

Ella meneó la cabeza:

—Desde luego que no. ¿Por qué había de poner un O. K. en esta matriz de un cheque?

—Es precisamente lo que yo me preguntaba.

Mrs. Richmond miró fijamente al abogado, y luego, de repente, su actitud se modificó.

—Me había dicho que quería echar una ojeada a la escena del crimen, pero nada se ha hablado de registrar los cajones y los papeles.

Sin ofenderse, Mason preguntó en tono amable:

—Según tengo entendido, Loring Lamont fue apuñalado con un cuchillo de cocina. ¿Podría decirme de dónde procedía ese objeto? ¿Falta alguno en la cocina o bien...?

—¡No, no tengo nada más que decirle! Quería usted ver el interior de la casa y ya lo ha visto. Ahora márchese, porque cada vez estoy más segura de que si se supiese que les he permitido entrar aquí, podría costarme el empleo.

Se dirigió resueltamente hacia la puerta, para invitar a los otros a seguirla, y en cuanto estuvo de espaldas Mason se guardó el talonario en un bolsillo de la americana, al tiempo que decía:

—Bueno, de acuerdo... No quisiera ocasionarle dificultades.

—Voy a abrir la verja, y la cerraré tan pronto hayan salido.

La mujer se alejó por el camino mientras Mason y sus compañeros volvían a subir al automóvil.

—Ya no se muestra demasiado cordial —observó Drake.

—No se le puede tomar en cuenta —intervino Della Street—. Se ha visto tentada por tus ochenta dólares, jefe, pero ahora se percata

del riesgo que corre.

—Ha sido al ver el talonario cuando ha cambiado de actitud —dijo Mason, mientras accionaba el arranque automático.

—¡Claro! —contestó Della Street—. De repente ha comprendido que estabas descubriendo indicios que podrías utilizar, lo que haría que la gente se preguntara cómo te había sido posible descubrirlos.

—Della —dijo de repente Mason, deteniendo el motor—, coge mi pequeña cámara fotográfica, que está en el compartimiento para guantes, y ponle ese chisme para hacer primeros planos.

—¡Vamos, apresúrense! —gritó Sadie Richmond desde la verja—. ¡No puedo quedarme aquí todo el día!

Mason colocó el talonario bajo un rayo de sol, y Della Street, situando la cámara a pocos centímetros de las matrices, las fotografió una tras otra a medida que el abogado las iba pasando.

—Ya está —dijo la joven, guardando el aparato.

Sadie Richmond se había apartado de la verja y se les acercaba rápidamente, gritando:

—¡Les he dicho que se marchen! No quiero que nadie pueda sorprenderlos aquí. ¡Ya se han quedado bastante tiempo!

—Sí, Mrs. Richmond, comprendemos muy bien su posición —contestó Mason—. Tome: devuelva a su sitio este talonario. Lo había guardado para examinarlo.

—¡No tiene derecho a llevárselo!

—No me lo llevo, puesto que se lo devuelvo. Le aconsejo que atraiga la atención de la policía sobre este talonario. Constituye una prueba.

—¿Una prueba de qué?

—Eso lo ignoro aún.

—¡Entonces!... —exclamó Sadie Richmond, con un agresivo encogimiento de hombros, al mismo tiempo que le arrancaba de las manos el talonario—. ¡Ahora lárguese!

—Le damos nuestras más expresivas gracias por su amabilidad —dijo el abogado, saludándola cortésmente. Después, cuando Mrs. Richmond hubo vuelto a cerrar la verja detrás del automóvil, prosiguió—: Ahora, Paul, a ti te corresponde descubrir si este talonario pertenecía a Loring Lamont y quién es Orval Kingman.

—¿Crees que puede ser importante?

—Sí; el cheque marcado O. K. fue redactado después del

extendido a la orden de Orval Kingman, el día del crimen. Y es curioso que Sadie Richmond tenga también la costumbre de escribir O. K. en las facturas que deben pagarse.

Capítulo 9

—¿Me lo ha dicho todo? —interrogó Mason, mirando a Arlene Ferris con aire pensativo.

—Sí, absolutamente todo.

—Sin embargo, tienen que haber descubierto algo más, o no la hubiesen acusado del crimen.

—No se me ocurre qué puede ser. ¡Y estoy en situación inmejorable para saber que no maté a Loring Lamont!

—¿Y también ha contado todo esto a la policía?

—Sí. Tal vez no hubiese debido hacerlo, pero ese teniente Tragg se ha mostrado tan paternal, tan comprensivo... Parecía tan deseoso de que yo pudiera disculparme para no tener que detenerme...

—Sí, eso forma parte de su técnica —dijo Mason, inclinando la cabeza—. Escuche, amiga mía: la audiencia preliminar tendrá efecto dentro de pocos días. Su objeto es establecer si verdaderamente hay pruebas suficientes para llevarla ante el tribunal. Pero incluso durante esta audiencia tenemos derecho a hacer preguntas y a citar testigos. Por regla general no sirve para nada, pero nos permitirá tener una idea de lo que se propone hacer el ministerio fiscal. Sabemos ya que Loring Lamont debió de regresar a la casa y comerse inmediatamente los huevos con jamón.

—¿Por qué inmediatamente?

—Porque cuando se enfrían los huevos con jamón distan de ser apetitosos. ¿Está segura de que los había puesto en dos platos?

—Sí, yo misma acababa de servirlos.

—Entonces alguien debió hacer compañía a Lamont. Pero fue preciso que esa persona llegara sólo unos minutos después de haberse ido usted. ¿Con cuántos automóviles se cruzó durante su regreso?

—Antes de llegar a los arrabales de la ciudad, con ninguno.

Incluso me llamó la atención...

Mason frunció el ceño, como si esta respuesta le desconcertase. Después continuó:

—Por lo que me dijo, fue después de la última llamada telefónica cuando la actitud de Loring cambió por completo. Hasta entonces se había mostrado vehemente pero cortés. Bruscamente se puso hecho un bruto... Supongo que quiso actuar aprisa porque aquella llamada telefónica le había anunciado la llegada de alguien. El hecho de que fuese a hablar por otro aparato indica claramente que no quería que usted oyese lo que quería decir. Con anterioridad, cuando él descolgó, ¿no se dio usted cuenta de si hablaba a un hombre o a una mujer?

—No. No pronunció ningún nombre, nada. Pero parecía estar completamente de acuerdo con la persona que le telefoneaba. Recuerdo que repetía sin cesar: «Muy bien... *Okay*». Sí: incluso encontré curioso que dijese a la vez *muy bien* y *Okay*...

—Tal vez se tratara de alguien a quien llamaba así porque las iniciales de esa persona eran O. K., ¿no cree?

—Caramba, pues sí... Eso lo explicaría.

—Bueno; no lo cuente a nadie y guárdelo para usted. Tal vez nos sirva de ayuda —dijo Mason, poniéndose en pie.

—Lamento no poder serle más útil... Pero compéndalo: mis padres me enseñaron a no escuchar cuando una persona telefona junto a mí. Si le presté alguna atención, fue porque me sentía orgullosa de mis bizcochos y quería que se los comiese mientras estaban calientes.

—Sí, lo comprendo; pero no se preocupe inútilmente. A partir de ahora seré yo el que me preocupe por usted. Probablemente no nos volveremos a ver hasta la audiencia preliminar, pero, sobre todo, no se desanime entretanto.

Después de esta visita Mason se apresuró a regresar a su despacho y, advertido por Della Street, Paul Drake, cuyas oficinas estaban en la misma planta, se les reunió en seguida.

—Paul —dijo el abogado—, cada vez estoy más convencido de que esa matriz de cheque señalada con O. K. puede ser muy importante. Debe de tratarse de las iniciales del beneficiario, y hemos visto otro talón a nombre de Orval Kingman...

—Me he informado acerca de él: se trata de un corredor de

apuestas —anunció el detective.

—Esto explicaría muchas cosas —dijo Mason, con aire pensativo.

—¡Esperad! —intervino Della Street, que consultaba sus notas—. Tenemos otro O. K.: Otto Keswick, el jardinero.

—¡Es cierto! —admitió Mason—. ¿Sabes algo acerca de él, Paul?

—Lo único que he podido descubrir de momento es que ha estado en la cárcel.

—¡Diablo! ¿Y por qué motivo?

—Chantaje.

—Esto es muy interesante. Della, ¿qué hay de nuevo acerca de las fotos del talonario?

—Han resultado bien y ahora están haciendo ampliaciones. Tengo cita con un experto que tal vez pueda decirnos si el O. K. fue escrito por Loring Lamont.

—¿Sólo *tal vez*?

—Está seguro de conseguirlo si podemos enseñarle otro O. K. escrito por Loring Lamont. De no poder ser, resultará más dudoso. Podrá decirnos si los otros talones fueron llenados por Loring Lamont, pero con sólo dos letras como base es muy delicado cuando no se tiene la posibilidad de compararlas con las mismas letras escritas por la persona en cuestión.

—En todo caso, gracias a los O. K. escritos en las facturas, podrá decirnos si fue Sadie Richmond la que llenó ese cheque. Pero si los otros fueron escritos por Loring Lamont, hay cien probabilidades contra una de que el último también fuese suyo. Paul, ponte en contacto con el Banco. Me gustaría mucho saber quién presentará ese cheque.

—Deben de haberlo cobrado ya.

—No, a menos que fuese presentado antes de la hora de cierre de los Bancos el día en que fue asesinado Loring Lamont. O, como máximo, por la mañana del día siguiente, puesto que el crimen fue descubierto hacia mediodía. En todo caso, si ha sido cobrado aquí, ese cheque llevará un recibo que podría resultar interesante si se le muestra a un experto grafólogo.

—Bueno, de acuerdo, Perry; veré lo que puedo hacer en el Banco, porque probablemente van a salirme con el secreto profesional. Con sinceridad, Perry: creo que tu cliente haría mejor

explicando que fue atraída deliberadamente hasta allí por Loring Lamont, que había robado una pieza del distribuidor para inutilizar el auto de miss Ferris, e invocar después la legítima defensa.

—La legítima defensa no se compagina bien con una puñalada en la espalda.

—Sí, ya me dijiste eso, pero...

—No, Paul —interrumpió Mason, cuyo rostro se había endurecido—; si mi cliente declara ante el tribunal, será para decir la verdad y nada más que la verdad. Siempre he considerado que la verdad era no sólo la más poderosa de las armas, sino también la única que yo puedo utilizar.

—De acuerdo, Perry. Pero no es mentir explicar que Lamont se las había arreglado para llevarla hasta allí sustrayendo una pieza de su distribuidor. Y un jurado siempre queda favorablemente impresionado por una muchacha que ha luchado en defensa de su virtud. ¡Resulta tan raro en nuestros días!

—Puedes estar tranquilo, Paul: ya cuento con utilizar esa pieza de distribuidor. Pero Arlene Ferris ha dicho a los investigadores que dejaron los huevos con jamón en los platos. Ahora bien: la autopsia ha establecido que Loring Lamont fue muerto apenas unos minutos después de haber comido los huevos con jamón.

Drake lanzó un prolongado suspiro.

—¡Caramba! —exclamó—. Siempre hay algún palo que viene a meterse entre las ruedas. Afortunadamente, Perry, en otras ocasiones has librado a clientes de situaciones que no eran menos delicadas...

—¡Toquemos madera! —apresuróse a decir Della Street.

Capítulo 10

La audiencia preliminar fue presidida por el juez Carleton Bayton, y en el banco del ministerio fiscal estaba Donald Enders Carson, un joven sustituto del fiscal, famoso por su agresividad.

El primer testigo de la acusación fue el médico forense, el doctor Draper. Este declaró que Loring Lamont había sido muerto con un cuchillo, y que el arma todavía estaba clavada en su espalda cuando habían transportado el cadáver a la sala de autopsias. No podía decir a qué hora había muerto Lamont, pero ciertamente había ocurrido menos de veinte minutos después de que la víctima hubiese ingerido huevos con jamón, situándose este momento entre las diecinueve horas y la medianoche del día 5 del corriente.

—¡Contra-interrogatorio! —dijo Carson.

—¿Fue instantánea la muerte, doctor? —preguntó entonces Mason.

—Prácticamente instantánea, sí.

—Doctor, pese a estar en la espalda de Loring Lamont, ¿la herida pudiera haber sido hecha por alguien que estuviese frente a la víctima?

—No, no lo creo posible.

—Gracias, doctor. Eso es todo.

Después de que varios croquis, mapas y fotografías hubieron sido presentados al tribunal, Carson mandó llamar a Mr. George Albert, abogado. Este había efectuado la identificación del cadáver, porque Jarvis Lamont estaba por entonces en un estado de postración tal que hacía imposible para él esta penosa formalidad. A petición de la policía George Albert, que, trabajando desde hacía muchos años en Lamont y Compañía, conocía bien a la víctima, le había sustituido.

Una vez el testigo hubo manifestado estos detalles, Carson le

preguntó:

—¿Conoce a la encausada, Mr. Albert?

—Sí.

—¿Desde hace mucho?

—Desde que entró en Lamont y Compañía, es decir, algo más de dos meses.

—En la tarde del día cinco, lunes, ¿tuvo usted ocasión de fijarse especialmente en la encausada?

—Sí.

—¿Por qué motivo?

—Porque se había quedado después de la hora para terminar un trabajo urgente.

—¿A qué hora se marchó, pues, aquella tarde?

—Poco después de las cinco y media.

—¿Había otros empleados en los despachos?

—No: sólo quedábamos la encausada y yo.

—¿Recuerda el tiempo que hacía aquella tarde?

—Sí. Llovía. Estuvo lloviendo durante todo el día.

—El testigo está a disposición de la defensa —dijo Carson.

Mirando escrutadoramente a George Albert, Mason le preguntó:

—¿Conocía a la encausada antes de que fuese a trabajar a Lamont y Compañía?

—No.

—¿Corre a su cargo la contratación de secretarías?

—No.

—Pero ¿puede despedirlas?

—Sí.

—¿Recuerda de qué manera fue contratada mi defendida en la casa Lamont?

—Sí.

—¿Fue de una manera ordinaria?

—No. Miss Ferris fue contratada por orden de Loring Lamont.

—¿Orden que el departamento de personal debía cumplir sin discusión?

—Exactamente.

—¿Cuándo cesó de trabajar mi defendida en Lamont y Compañía?

—La despedí el seis del corriente, porque...

—Limítese a contestar la pregunta. Sólo me interesa la fecha.

—El seis del corriente.

—Gracias. Esto es todo por lo que a mí respecta.

—No hay más preguntas —declaró Carson, que seguidamente hizo llamar a Jerome Henley.

Henley prestó juramento y efectuó las formalidades habituales; luego el sustituto le preguntó:

—¿Dónde estaba usted en la noche del lunes, cinco del corriente?

—En mi apartamento, en el 9612 de Endicott Way.

—¿Es usted casado o soltero?

—Soltero.

—¿Estaba solo en su apartamento?

—Sí.

—¿Conocía a Loring Lamont?

—A menudo había tenido ocasión de verle, porque ocupaba un apartamento en el mismo edificio. Puedo afirmarle, pues, que de vista le conocía muy bien, pero nada más.

—¿Conocía también su automóvil?

—Sí.

—Durante la noche del lunes, cinco del corriente, ¿vio a alguna otra persona en el automóvil de Loring Lamont?

—Sí.

—¿Sabe quién era esa persona?

—Sí: era miss Arlene Ferris, la encausada aquí presente.

—¿Se fijó en lo que hacía?

—Sí. Conducía el automóvil de Mr. Lamont y lo aparcó junto a la acera, precisamente ante una boca de incendios. Discúlpeme —añadió en seguida—, sólo puedo suponer que conducía el automóvil, porque en el momento en que la vi se apeaba del mismo y estaba sola.

—Pero ¿está seguro de que se trataba de la encausada y de que se apeaba del automóvil de Loring Lamont?

—Por completo.

—Contra-interrogatorio —dijo entonces Carson, indicando, con un ademán, a Mason.

Este se levantó y preguntó:

—¿Recuerda usted mi visita a su tienda el siete del corriente?

—Sí, la recuerdo muy bien, Mr. Mason.

—Yo iba acompañado por una joven, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿Y el teniente Tragg, que entró en su tienda cuando estábamos nosotros, preguntó a usted si había tenido ocasión de ver antes a mi compañera?

—En efecto.

—¿Y no le respondió usted entonces que la joven que me acompañaba era la que había visto apearse del automóvil de Loring Lamont en la noche del cinco del corriente?

—Sí, pero estaba equivocado.

—Sin embargo sus recuerdos debían estar más frescos entonces que ahora, ¿no cree?

—No. Ahora, después de haber tenido tiempo para reflexionar, me doy cuenta de que se me había engañado.

—¿Engañado por quien o por qué?

—Engañado por usted y por un detective privado que me enseñó una fotografía de su compañera, una tal Madge Elwood. Así sugestionado cometí un error de identificación cuando vi a la persona que había posado para dicha fotografía.

—Pero en aquel momento ¿no identificó usted a Madge Elwood como a la persona a quien había visto aparcar el automóvil de Loring Lamont?

—Le repito que había sido engañado por...

—La pregunta es: ¿identificó entonces a Madge Elwood como a la persona a quien había visto aparcar el automóvil de Loring Lamont?

—Sí; pero porque me habían sugestionado.

—Sin embargo ¿se mostró usted muy firme al realizar esta identificación!

—Creía poder estarlo, pero me equivocaba.

—No obstante, ¿se mostró muy firme?

—Sí...

—¿A qué hora, el cinco del corriente, vio usted aparcar el automóvil de Loring Lamont ante una boca de incendios?

—No sabría decirle la hora que era; no...

—¿Ni siquiera aproximadamente?

—No... Todo lo que puedo asegurarle es que era antes de

medianoche. Mi impresión es que debió de ser hacia las diez, pero no es más que una impresión. Me había adormilado escuchando discos y tenía el reloj en reparación. Después fui al bar vecino a tomar una taza de café, y como sé que dicho bar cierra a medianoche, puedo afirmar que el incidente relatado por mí ocurrió antes de esa hora.

—¿Qué hizo la dama en cuestión después de apearse del automóvil?

—Cerró la portezuela y se dirigió hacia la esquina de la calle.

—¿Qué esquina de la calle?

—La esquina norte.

—No hay más preguntas; gracias —concluyó Mason.

—No hay más preguntas que hacer —repitió Carson—. Mi próximo testigo será Thomas Grimes.

Thomas Grimes era el portero de la casa Lamont. Declaró haber visto a Loring Lamont que salía del aparcamiento de la firma al volante de su automóvil el cinco del corriente hacia las diecisiete cuarenta y cinco.

—¿Iba solo? —preguntó el sustituto del fiscal.

—No. Iba acompañado por una joven.

—¿Está aquí presente esa joven?

—Sí.

—¿Dónde?

—Es la encausada, Arlene Ferris, que está sentada al lado de Mr. Perry Mason.

—El testigo está a disposición de la defensa —dijo Carson, inclinándose ligeramente.

—¿Está usted seguro de que la persona que acompañaba a Loring Lamont era la acusada aquí presente? —preguntó el abogado, mientras se ponía en pie.

—Sí.

—¿No se le pidió el siete del corriente que examinase a otra joven?

—Sí, en efecto.

—¿Y no identificó entonces a esa otra joven como aquella que acompañaba a Loring Lamont?

—¡No, en absoluto! —protestó el testigo, con vehemencia—. Dije al teniente Tragg, lo mismo que usted, que no podía afirmar si

era o no ella. Ahora sé que no lo era.

—¿Cuándo adquirió esta convicción?

—Cuando vi a la encausada, a la que reconocí formalmente.

—¿Durante cuánto tiempo vio usted a la mujer que acompañaba a Loring Lamont?

—Mientras el auto pasaba ante mi garita.

—¿A qué velocidad rodaba el vehículo?

—A treinta o cuarenta kilómetros por hora.

—¿Llovía?

—Sí.

—¿Miraba usted a través del cristal de su ventana?

—Sí.

—¿Cuál es la anchura de su ventana?

—Alrededor de un metro.

—Así, pues, ¿vio a esa joven cuando pasaba ante una ventana de un metro de ancho a la velocidad de treinta kilómetros por hora?

—Sí.

—¿Iba sentada en el lado más próximo a usted?

—No, claro: el que conducía era Mr. Lamont.

—¿Está seguro de que era Mr. Lamont quien conducía?

—Por completo.

—¿No miró su rostro?

—Claro está que sí.

—¿Durante cuánto tiempo?

—El necesario para reconocerle.

—¿Miró usted a su compañera antes o después de haber reconocido a Loring Lamont?

—Después.

—Por tanto, ¿primero miró a Loring Lamont?

—Sí.

—A menos que me equivoque, si iba a treinta kilómetros por hora, Loring Lamont debió de emplear alrededor de un quinto de segundo al pasar ante una ventana de un metro de ancho.

—No lo he calculado.

—¿Quiere hacerlo? Aquí tiene papel y lápiz.

—No, señor; confío en su palabra. Aproximadamente debe de ser eso.

—Así, pues, en un quinto de segundo, ¿miró usted primero a

Loring Lamont el tiempo suficiente para reconocerle, y después a la persona que le acompañaba?

—Sí.

—¿Miró, pues, a esa persona durante menos de un quinto de segundo?

—Probablemente, sí.

—Y cuando le mostraron a esa otra mujer, el siete del corriente, ¿declaró usted que no podía afirmar que era la misma?

—Sí, efectivamente.

—¿Y tampoco podía afirmar que no lo fuese?

—No.

—Y después de que el teniente Tragg, u otro miembro de la policía, le hubo enseñado una fotografía de la encausada diciéndole que debía de ser ella la que acompañaba a Loring Lamont, ¿la reconoció formalmente?

—Ahora estoy completamente seguro de que la encausada era la mujer que acompañaba a Loring Lamont aquella tarde.

—Por tanto —dijo, sonriendo, Mason—, ¿está seguro ahora, pero no lo estaba el siete del corriente!

—El siete del corriente no se trataba de la encausada.

—¿Pero vio a otra joven y no le fue posible decidir si era o no la que acompañaba a Loring Lamont!

—Sí.

—Gracias —dijo Mason—. Eso es todo.

—No hay más preguntas. Mi próximo testigo será Otto Keswick —dijo inmediatamente Carson.

Keswick, de unos cuarenta años de edad, de constitución robusta, declaró que trabajaba como jardinero y criado para todo en la propiedad Lamont, donde se había cometido el crimen. Cuando el seis del corriente fue allí, hacia la una de la tarde, la verja estaba cerrada. La había abierto con su llave y cerrado seguidamente, como se le había recomendado que siempre hiciera. Regó un poco y luego observó que la puerta lateral de la casa estaba entreabierta. Y al acercarse para cerrarla había percibido los pies de un hombre que debía de estar tendido en el suelo. Entonces entró para ver lo que ocurría y descubrió el cadáver de Loring Lamont.

Cuidando mucho de no tocar nada, el testigo se marchó inmediatamente de la propiedad, cerró con llave la verja y fue en su

viejo coche, hasta la casa de Sadie Richmond, la puso al corriente de su macabro descubrimiento y Mrs. Richmond telefoneó sin pérdida de tiempo a la policía.

—El testigo está a su disposición —dijo Carson a Mason.

—¿Cuánto tiempo hace que se ocupa de la propiedad Lamont?
—interrogó el abogado.

—Unos dos años.

—¿Conoce bien a Harvis Lamont?

—¿Lamont? ¡Claro!

—¿Y conocía también a Loring Lamont?

—Sí.

—Cuando Mr. Harvis Lamont le da instrucciones, ¿cómo le llama a usted?

—Otto.

—Y su hijo, Loring Lamont, ¿no le llamaba por sus iniciales, O. K.?[3]

El testigo tuvo una ligerísima vacilación y después respondió:

—No, que yo sepa. Él también me llamaba Otto.

—¿Dónde estaba usted en la noche del cinco al seis del corriente?

—En la casa donde tengo alquilada una habitación.

—¿Solo?

—No; estaba con la propietaria, Mrs. Sparks, mirando la televisión.

—¿De qué hora a qué hora?

—Desde las siete, aproximadamente, hasta las diez y media.

—¿Las diez y media aproximadamente?

—No; las diez y media justas. El programa que me interesaba ver terminaba a las diez y media. Así que finalizó subí a acostarme.

—¿A qué hora se levanta usted por las mañanas?

—Hacia las siete y media.

—¿Pero no fue a la propiedad Lamont hasta la una de la tarde?

—Sí. Durante la mañana trabajé para mistress Sparks. Ella prefiere que me ocupe del cuidado del jardín y de la casa a cambio de la habitación.

—Y en casa de los Lamont ¿se le paga por meses?

—No; por horas. Anoto el tiempo que paso allí cada vez que voy y me pagan a fin de semana.

—¿Nadie lo comprueba? ¿Confían en su palabra?

—No exactamente. Cada vez indico a Sadie Richmond lo que he hecho y el tiempo que he necesitado. Entonces ella escribe O. K. en la nota que le doy y la pone en el *secrétaire* para que se pague. Cuando acude alguien de la firma se suman todas las notas y me envían un cheque.

—¿Está seguro de que la verja estaba cerrada cuando llegó usted allí por la tarde del seis del corriente?

—Segurísimo.

—¿No observó nada anormal?

—No... Excepto la puerta lateral, que estaba entreabierta.

—Gracias —dijo Mason—; eso es todo.

Habiéndole confirmado el sustituto que podía retirarse, Keswick abandonó el estrado de los testigos con alivio evidente.

—Con la venia del tribunal —dijo entonces Carson—, mi próximo testigo será Peter Lyons. Creo que su declaración será breve.

El juez Bayton consultó el reloj:

—¡Esperémoslo así! —dijo—. Sólo se trata de una audiencia preliminar, pero va a ocuparnos toda la mañana. Desearía que nouviésemos que seguir por la tarde, pues para entonces tengo previsto otro asunto.

—Si la defensa estuviese de acuerdo, Señoría, podríamos registrar la sustancia de este testimonio, considerando que su declaración se ha efectuado ya.

—¿Cuál es la sustancia de este testimonio? —preguntó entonces Mason.

—Mr. Lyons —dijo Carson— es agente de policía. Estuvo de guardia hasta la medianoche del cinco del corriente. Encontró el automóvil de Loring Lamont aparcado ante una boca de incendios y le dejó una papeleta de multa por estacionamiento prohibido. El automóvil estaba en el mismo lugar que cuando Jerome Henley vio aparecer de él a una joven.

—¿Sólo le fue impuesta una multa? —se informó Mason.

—Por lo que respecta a Mr. Lyons, sí. Pero otros policías que estuvieron de servicio después de medianoche le dejaron también papeletas, y finalmente, a las tres de la madrugada, el auto fue llevado al depósito. Por lo general no se procede así, pero como en

el barrio hubo un gran número de infracciones semejantes, se cursaron órdenes para que los autos de los infractores fueran retirados después de la segunda o tercera papeleta.

—Supongo que habrá usted hablado con esos distintos policías y habrá comprobado los hechos —dijo Mason.

—Sí, desde luego.

—¿A qué hora dejó su papeleta el agente de policía Lyons?

—Hacia las nueve de la noche —contestó Carson.

—Perfectamente. Estoy de acuerdo en considerar que si hubiese declarado, lo habría hecho en los términos que acaba usted de anunciar —dijo entonces Mason.

—¿Y por lo que respecta a sus colegas que después de medianoche dejaron otras dos papeletas y luego procedieron a la retirada del vehículo hacia las tres de la madrugada?

—Si ha hablado usted con todos y comprobado sus afirmaciones, estoy dispuesto a llegar al mismo acuerdo por lo que a ellos respecta.

—Perfecto —aprobó el juez—. ¿Hemos terminado ya?

—Por desdicha no, Señoría —dijo Carson después de mirar al reloj—. Tengo que presentar otro testigo.

—¿Será breve su declaración?

—Lo ignoro, Señoría. Eso dependerá mucho del contrainterrogatorio. El testigo en cuestión es el teniente Tragg, que debe declarar en relación con ciertos hechos extremadamente significativos.

—¿No podemos limitarnos a relatar lo esencial de su testimonio y a considerar que ya ha testificado?

—Por lo que a él concierne me temo que no sea posible, Señoría, porque en especial debe informarnos sobre conversaciones que ha mantenido con la encausada.

—Puesto que no hay más remedio —declaró entonces el juez Bayton, a regañadientes—, se suspende la vista, que continuará esta tarde a las dos.

En tanto que el juez se retiraba Arlene Ferris se encaró ansiosamente con Mason, que sonrió al tiempo que le daba una palmadita en el hombro.

—La situación se presenta mejor de lo que esperaba. Los dos testigos que la han identificado se han embrollado de tal manera en

sus declaraciones que cuando declaren de nuevo ante el jurado no sabrán de qué pie cojean.

Arlene vaciló y luego preguntó:

—¿Es cierto que Harvis Lamont ha declarado que yo era una mentirosa y una aventurera? ¿Que iba a pasar por la criba mis antecedentes?

—Sí, es cierto; lo cual resulta excelente para usted. Cuidaré de que la prensa explote al máximo estas declaraciones. De ese modo aparecerá usted como una joven virtuosa y pobre a quien un rico industrial trata de apabullar por todos los medios para exculpar el recuerdo de un hijo depravado. Esto le hará ganar a usted las simpatías del jurado y también las del público. Ahora hemos de separarnos porque esperan para llevársela a usted; pero tenga confianza y no se deje abatir.

Después de contemplar la marcha de Arlene Ferris, encuadrada por los dos policías de guardia, Mason se dirigió hacia el fondo de la Sala, donde Paul Drake y Della Street estaban hablando con Madge Elwood.

—¿Cuál es su opinión? —preguntó inmediatamente esta última.

—Buena —contestó Mason—. Jerome Henley se ha visto obligado a hacer varias declaraciones que más tarde nos serán útiles.

—Pero ¿y si entonces niega haberlas hecho? ¡Es muy capaz! —objetó Madge Elwood.

—¡Imposible! El taquígrafo anota todas las declaraciones, y por tanto podré utilizarlas cuando me parezca sin que el testigo pueda desmentirme. Y ahora vámonos a almorzar. ¿Viene con nosotros, miss Elwood?

—No, gracias. Tengo..., tengo una cita para almorzar.

—¿Estará aquí por la tarde?

—Sí, a las dos en punto. No tema.

—Paul —dijo Mason cuando estuvo a solas con el detective y Della Street—. Hay algo extraño en este asunto de las multas.

—¿Ah, sí?

—Lyons dejó una primera papeleta hacia las nueve, lo que, pese a la imprecisión del testimonio de Henley, nos permite establecer que no eran aún las nueve cuando nuestro tendero vio a Arlene apearse del auto. Pero después se produjo una especie de paréntesis.

En efecto: los guardias habían recibido la consigna de mostrarse muy severos con todo aparcamiento ilegal y hacer retirar el coche después de la segunda o tercera papeleta. Lyons dejó la primera hacia las nueve. Después de medianoche sus colegas de la guardia siguiente pusieron una segunda y una tercera, y después solicitaron por radio que fuesen a retirar el auto. Pero ¿cómo es que entre las nueve y las doce Lyons no dejó otras papeletas?

—Son cosas que ocurren —dijo Drake, con un encogimiento de hombros.

—Sea como sea —dijo Mason sonriendo—, si he manifestado mi acuerdo en cuanto a las declaraciones propuestas por Carson, me he reservado una escapatoria en la cual él no se ha fijado. Paul, vas a ocuparte de este auto y ver cuántas papeletas se le dejaron, y a qué hora.

—¿Por qué no has expuesto el hecho de que Otto Keswick tiene antecedentes penales, Perry? Te hubiese sido posible en el curso de su contrainterrogatorio.

—Desde luego; pero ello habría causado daño a Keswick sin favorecer en nada mi causa. He aquí por lo que lo he omitido voluntariamente. Y a propósito, Paul: cuídate también de comprobar su coartada. Que uno de tus hombres vaya a ver a esa Mrs. Sparks y compruebe si ella está de acuerdo con Keswick respecto al tiempo que éste estuvo mirando la televisión.

—Muy bien —dijo el detective, dirigiéndose hacia una de las cabinas telefónicas—; voy a ocuparme de eso enseguida, y si tengo aún tiempo me reuniré con vosotros en el restaurante. Estoy acostumbrado a saltarme las comidas. ¡Parece que es bueno para la línea!

En tanto que el detective desaparecía dentro de una de las cabinas, el abogado fue abordado, en la «sala de los pasos perdidos», por un hombre de unos cuarenta y cinco años, cuyos ojos grises tenían una mirada glacial.

—¿Perry Mason? —inquirió el individuo, con ambas manos hundidas en los bolsillos de la americana.

—Sí...

—Orval Kingman.

—¡Ah, muy bien! ¿Qué desea?

—En mi profesión no nos gusta mucho ver a los detectives

privados husmeando por nuestro alrededor. Cuando esto sucede en seguida tratamos de averiguar quién los envía. Así me he enterado de que estaban a sueldo de usted y de que tal vez se propusieran mezclar mi nombre en este asunto Lamont.

—¿Y qué?

—Pues que he venido a decirle que no lo haga.

—Cuando me ocupo de un caso —replicó Mason, mirando de pies a cabeza al corredor de apuestas, que conservaba obstinadamente las manos en los bolsillos de la americana como para evidenciar desde un principio que no sentía ningún deseo de estrechar la del abogado—, no dejo que nadie me diga lo que he de hacer y actúo de la manera que mejor conviene a los intereses de mi cliente. Usted es corredor de apuestas y Loring Lamont apostaba en las carreras por su mediación. Existía entre ustedes un acuerdo por el cual usted le concedía un crédito de hasta quinientos dólares, tras de lo cual se solicitaba el reembolso de los anticipos.

—¿Y qué? Este no es motivo para tratar de hacerme enchiquerar en lugar de su cliente.

—No tengo ningún interés en hacerle «enchiquerar», según dice usted. Sólo trato de establecer la naturaleza exacta de sus relaciones con la víctima, y si ello me parece que puede resultar útil a mi cliente, lo utilizaré ante el tribunal.

—Podría resultar malsano.

—¿Para mí o para usted?

—Para usted, Mr. Mason.

—Gracias por preocuparse tanto de mi salud; pero la tengo excelente y más vale que se preocupe de la suya. Y ahora ¿qué le parece si me explicara lo que hacía en la noche del cinco del corriente?

—Precisamente he venido a explicárselo.

—Entonces más hubiese valido empezar por ahí en vez de preocuparse por mi salud.

Kingman se encogió ligeramente de hombros. Después declaró:

—Aquella noche jugué al póquer.

—¿De qué hora a qué hora?

—Desde las siete hasta cerca de medianoche.

—¿Puede confirmarse eso?

—Sí, pero mis compañeros no desearían ciertamente ver

mezclados sus nombres en un asunto de asesinato.

—¿Recibió usted un cheque de Lamont el día cinco?

—El cinco por la mañana; sí.

—¿A qué hora?

—Creo que hacia las diez.

—¿Estaba destinado a cubrir unas pérdidas?

—Digamos que a renovar el crédito de Lamont. Nunca presto por más de quinientos dólares. Es un principio.

—¿Jugó Loring Lamont la tarde del día cinco?

—Sí.

—¿Ganó o perdió?

—¿Importa?

—Sí, porque pienso que perdió mucho y que le exigió usted quinientos dólares más antes de marcharse a su partida de póquer. Le telefoneó usted para informarle de los resultados y advertirle que pasaría a recoger el dinero.

—¿Y qué?

—Entonces fue usted a la finca...

—¿Todo ese camino para recoger quinientos miserables dólares? En fin: puesto que es su idea, acabe de exponerla. ¿Qué habría hecho después de haber ido allí?

—Discutir con Lamont y apuñalarle.

—¿Por qué había de apuñalarle? ¡Era un cliente!

—Tal vez porque no quería entregarle los quinientos dólares.

Kingman enarcó cómicamente las cejas:

—¡Oh, mi querido abogado! Necesitaré encontrar otra cosa mejor. A Loring Lamont le interesaba seguir conservando su crédito conmigo porque le gustaba jugar a las carreras y sabía que soy un agente en el que se puede confiar. No sólo pago a mis clientes cuando ganan, sino que soy discreto. No sería por mí por quien el viejo Lamont se enteraría de que su hijo jugaba a las carreras. A Loring le agradaba mucho esta situación y desde luego no hubiese rehusado pagarme quinientos dólares.

—Bueno; admitamos que él le hubiese dado un cheque... Pero después pudieron pelearse ustedes..., tal vez a causa de una mujer —aventuró Mason, mientras observaba atentamente a su interlocutor.

—¡Oh, Mr. Mason! En mi círculo nunca vale la pena pelearse por

una mujer. Seamos formales: piensa usted que yo fui hasta allí para recoger quinientos dólares que necesitaba para jugar al póquer.

—Sí, me parece muy posible.

—¡Desde luego, todo es posible! —dijo Kingman, con una sonrisa a medias que torció aún más su nariz rota—. Así, pues, fui hasta allí para cobrar esos quinientos dólares, y hete aquí que Loring Lamont me dice: «Orval, estaba con una pequeña que me ha plantado. Estábamos a punto de comer huevos con jamón. Siéntate y compártelos conmigo, porque si los dejamos enfriar, estarán fastidiados...». Y, pese a que yo tenía prisa para irme a jugar al póquer, me siento a la mesa con él.

—Las cosas pudieron ocurrir de manera algo distinta. Lamont pudo decirle: «Orval, tengo hambre... Iba a sentarme a la mesa cuando la pequeña que me acompañaba se ha largado. Si dejas enfriar estos huevos, estarán fastidiados. Siéntate el tiempo justo de comerlos y después te firmaré el cheque. Y si tienes hambre, sírvete tú mismo...».

—Admitamos su versión. ¿Qué ocurrió después? ¿Obtuve mi cheque o no lo obtuve?

—Lo obtuvo, pero después se peleó con Lamont.

—¿Por qué causa, puesto que ya tenía el cheque?

—Es lo que trato de averiguar.

—Pues bien: busque todo lo que desee, Mr. Mason; pero permítame decirle que no fui a ver a Lamont a la casa de campo, y que tampoco le hablé por teléfono. Desde luego aquel día me entregó un cheque, pero fue por la mañana. Puede comprobar que lo cobré en el Banco antes del mediodía del día cinco. No pongo el cuchillo al cuello (¡o en la espalda!) de mis clientes, y cuando quiero jugar al póquer no necesito recorrer todo el campo para recoger con qué apostar. Su hipótesis no resultaría mal en una novela policíaca, pero antes de darla a la publicidad le aconsejo encarecidamente que trate de corroborarla con algunos hechos concretos.

—No se preocupe: conozco la ley. Por lo demás, no deseo causarle molestias inútiles. Me dice que jugó usted al póquer con unos amigos. Si me da el nombre de éstos, me las arreglaré para comprobar discretamente sus afirmaciones y no hablemos más de ello.

—Le he advertido ya que mis amigos no desean verse mezclados en este asunto.

—Lástima, lástima... ¿Cómo le llamaba Loring Lamont? ¿Por su nombre de pila o por sus iniciales?

—Me llamaba Orval.

—¿Nunca O. K?

—Nunca O. K. —repitió Kingman, cuyos ojos grises sostuvieron con firmeza la mirada inquisitiva de Mason.

—Bueno; entonces deme los nombres de sus compañeros de póquer y efectuaré una investigación discreta que no le causará ninguna molestia.

—No, es inútil que insista. He querido ponerle al corriente de la situación, por su bien, y eso es todo.

Metiéndose la mano en el bolsillo interior de la americana Mason sacó un impreso, en una de cuyas casillas escribió con su estilográfica *Orval Kingman* antes de alargarlo a su interlocutor.

—¿Qué es esto? —preguntó el corredor de apuestas.

—Una citación para que comparezca esta tarde a las dos, como testigo de la defensa en el caso Lamont contra Ferris.

La mirada de Kingman se hizo tempestuosa.

—He tratado de ser amable con usted, pero...

—Yo también —le interrumpió el abogado—. Deme los nombres de sus compañeros de póquer y efectuaré una investigación discreta, como ya le he dicho. De lo contrario prepárese a contar ante el tribunal dónde estuvo usted la noche del cinco del corriente.

—¡Esto es un farol! Todo el mundo sabe que un buen abogado se abstiene de hacer comparecer testigos en el curso de una audiencia preliminar.

Mason se encogió de hombros.

—Tiene usted una citación para comparecer esta tarde como testigo de la defensa —dijo—. Esto le permitirá comprobar en un plazo brevísimo si hago o no faroles.

Kingman apretó con rabia los dientes. Después, bruscamente, sacó una agenda del bolsillo y empezó a escribir en una de sus hojas.

—Tome —dijo seguidamente, arrancando la hoja y entregándola a Mason—. He aquí cinco nombres. Pertenecen a personas que ciertamente no estarían muy contentas de saber que he hecho esto.

Cuento, pues con usted para que actúe con la máxima discreción. Empiece por los dos que he señalado con una cruz. Son jugadores profesionales y sus preguntas no los sobresaltarán tanto. Los otros son grandes industriales que creen ser también jugadores de póquer.

—¿Perdieron?

—Sí.

—¿Y fue usted, con las dos personas cuyos nombres están señalados con una cruz, quien ganó?

—Sí.

—Comprendemos el motivo de que no le interese que se haga publicidad en torno a esa partida de póquer.

—Pero esto no me convierte en un asesino. Mr. Mason.

—De acuerdo; y no tengo intención de aprovecharme de la situación. Sólo quiero estar seguro de lo que ocurrió. Si estuvo usted en la partida de póquer y no se ausentó de ella, tendré bastante.

—Perfectamente, abogado. Me habían dicho que era un tipo cabal, y veo que así es... De la misma manera comprobará usted rápidamente que no he mentido.

Después de estas palabras Kingman alargó la mano a Mason, quien se la estrechó antes de preguntar:

—Y ese día ¿sólo recibió un cheque de Loring Lamont?

—Uno solo, palabra de hombre, Mr. Mason; me lo dio hacia las diez, cuando pasó a indicarme sus apuestas para las carreras de la tarde. Y puesto que estamos poniendo las cartas boca arriba, puedo incluso decirle que ganó, no un capital, pero ganó de todos modos; y de haber vivido, habría tenido yo que pagarle el dinero.

—¿Y ahora que ha muerto?

—Ahora que ha muerto guardo el dinero para mí. Lo que es justo, porque si hubiese sucedido lo contrario, si hubiese muerto debiéndome dinero, sus herederos no me habrían pagado la factura. De modo que no me imagino presentándome a ellos para decirles: «Buenos días; soy corredor de apuestas y vengo a pagarles mil quinientos dólares que debía a Loring».

—¿Se trata de mil quinientos dólares?

—Sí, aproximadamente —confirmó Kingman, quien añadió volviéndose hacia Della Street—: Lamento haberla hecho asistir a esta pequeña discusión, miss Street, pero no me era posible esperar. Como ignoraba lo que se proponía Mr. Mason, era imprescindible

que le hablase antes de que se reanudara la audiencia..., y me alegre de haberlo hecho.

Inclinóse, dio media vuelta y se alejó rápidamente en dirección a los ascensores.

—Bueno —dijo Mason, mirando a su secretaria—: ¿qué te dice la famosa intuición femenina?

—Le creo —contestó Della Street sin vacilar—. Lo que ha acabado de convencerme ha sido el haber confesado que Lamont había ganado y que, de estar vivo, hubiese debido pagarle dinero. Nada le obligaba a decirnos esto, que podría considerarse como un móvil.

Mason asintió, con aire pensativo.

—Sí... Pero de todos modos pediremos a Paul que investigue discretamente acerca de esa partida de póquer. Porque ese cheque entregado a una persona O. K. me parece que tiene una importancia cada vez mayor.

—Ten en cuenta, jefe, que no ha de tratarse forzosamente de las iniciales de un nombre. Puede ser una especie de clave.

—En cuyo caso deberemos descubrir cuál es esa clave. Entretanto, Della, vámonos aprisa a almorzar.

Capítulo 11

Cinco minutos antes de que se reanudara la vista Paul Drake facilitó a Mason un informe relativo al auto de Lamont. La primera multa le había sido impuesta por Peter Lyons, que estaba de guardia hasta media noche, y las otras dos, después de esta hora. Como se habían recibido muchas quejas en relación con entradas de garaje o de patios, bloqueados por vehículos mal aparcados, la policía tenía orden de mostrarse muy severa, de vigilar los vehículos mal situados y de hacerlos retirar después de la tercera multa.

—¿Son buenas noticias o no? —preguntó el detective una vez hubo terminado.

—Todavía no lo sé —contestó Mason—. Ya veremos lo que sacamos de ellas.

Así que se reanudó la vista Mason declaró:

—Para ganar tiempo he accedido a la proposición del Ministerio público, Señoría; pero en interés de mi cliente es preciso que efectúe el contrainterrogatorio del guardia Peter Lyons, que hacia las nueve de la noche dejó la primera papeleta en el auto de Loring Lamont.

—Pese a que esta declaración relativa al coche no me parece muy importante —dijo el juez Bayton—, presumo que el Ministerio fiscal podrá presentar al testigo Peter Lyons para que la defensa efectúe su contrainterrogatorio, ¿no es así?

—Señoría —dijo entonces Donald Carson amablemente—, este testimonio es efectivamente de poca importancia, y como ahora corre el riesgo de hacernos retrasar, prefiero no utilizarlo. Considerémoslo como nulo y no presentado.

—Perfecto —aprobó el juez Bayton.

—Con la venia de la Sala —dijo inmediatamente Mason—, desde el momento que la defensa ha accedido a la sugerencia del

Ministerio fiscal tiene derecho a realizar el contrainterrogatorio del testigo.

—Pero como el Ministerio fiscal accede a considerar como nulo este testimonio y a no utilizarlo...

—Pero el Ministerio fiscal no es el único que interviene en el caso. No por eso yo he dejado de acceder a sus deseos y, lejos de volverme atrás, necesito realizar el contrainterrogatorio del testigo, al que tengo derecho.

El juez Bayton frunció el ceño:

—¿Tan importante es, Mr. Mason?

—Lo ignoro, Señoría —reconoció, con franqueza, el abogado—, y es precisamente lo que quiero descubrir.

—Muy bien —dijo sonriendo, el magistrado—. La defensa está en su derecho, señor sustituto, y le ruego que presente ante este tribunal al testigo Lyons.

—Pero ¡tal vez no sea posible hacerlo en un plazo muy breve, Señoría! ¡No imaginaba que la defensa desearía realizar su contrainterrogatorio!

—Pues ha hecho usted mal en no pensarlo, y este tribunal le pide que adopte las medidas necesarias para reparar el olvido, sin que ello represente un nuevo retraso. Y ahora sírvase llamar al testigo siguiente.

—Es el teniente Tragg, de la Brigada Criminal —anunció Carson antes de dar unas rápidas instrucciones a su ayudante, que en seguida abandonó la sala de audiencias.

Después que Tragg se hubo prestado a las formalidades prescritas, Carson le preguntó:

—Teniente, ¿estaba usted presente en el depósito cuando se hizo inventario del contenido de las ropas de la víctima?

—Sí.

—¿Se descubrió algo especialmente insólito en los bolsillos de Loring Lamont?

—Sí; una cabeza de delco, procedente de un motor de automóvil.

—¿Tiene usted esa pieza en su poder?

—Sí.

—Le ruego que nos la presente.

Tragg sacó del bolsillo un paquete sellado, desgarró el borde y

extrajo el objeto, que entregó a Carson, quien a continuación lo hizo pasar a Mason. Este finalmente, lo devolvió al testigo después de haberlo examinado.

—Si se quita esa pieza a un motor, ¿qué ocurre? —preguntó entonces el sustituto.

—Al no recibir corriente las bujías es imposible poner en marcha el motor.

—¿Y esa cabeza de delco fue hallada en un bolsillo de la víctima?

—Sí.

—¿Conoce usted el auto de la acusada?

—Sí.

—Esa cabeza de delco ¿es o no susceptible de encajar en su motor?

—Sí.

—¿Trató de averiguar si la noche del crimen estaba en condiciones de moverse el automóvil de la acusada?

—Sí. Descubrí que ese automóvil había permanecido en el aparcamiento de Lamont y Compañía durante toda la noche del cinco al seis y la mañana de este último día, hasta que un mecánico fue a recogerlo.

—¿Preguntó usted al mecánico en cuestión cuál era la avería del coche?

—Sí. Me contestó que precisamente faltaba esta pieza.

—Solicito —dijo Carson— que esa cabeza de delco constituya una de las pruebas de convicción del Ministerio fiscal.

—Aceptado —dijo el juez Bayton—; y recibirá el número B-1.

—Teniente —prosiguió luego el sustituto—, ¿ha tenido ocasión de interrogar a la acusada?

—Sí.

—¿Cuándo?

—El siete del corriente, después de haber sido detenida por la policía.

—¿Asistió alguien más a esa conversación?

—Sí, Ralph Grave, que pertenece asimismo a la Brigada Criminal.

—¿Recurrieron a amenazas o a promesas para conseguir que la acusada hiciese estas declaraciones?

—Absolutamente ninguna, y le advertí de que todo lo que dijese podría ser utilizado contra ella.

—¿Y que le contó en relación con la noche del cinco?

—Me dijo que aquella noche, al salir del trabajo, no pudo conseguir poner en marcha su coche. Loring Lamont intervino y le propuso dejarla en su domicilio; pero finalmente se la llevó a la casa de campo perteneciente a la firma Lamont. Después de que él hubo preparado huevos con jamón, y ella bizcochos, Lamont quiso abusar de miss Ferris, pero ella consiguió escabullirse y huir al exterior de la casa. Él la persiguió con su coche, siguiendo las huellas que dejó en el suelo empapado. Al comprobar que ella se había refugiado al otro lado de la cerca de alambre de espinos, Lamont trató de alcanzarla, pero, al mismo tiempo, ella franqueó nuevamente la cerca en sentido contrario y consiguió huir en el auto abandonado por Lamont. De regreso en la ciudad, para completar la lección dada al desaprensivo hijo de papá, había abandonado el auto ante una boca de incendios situada en las cercanías del domicilio de Lamont.

—¿Le dijo ella a qué hora había abandonado el auto de Lamont?

—Cree que debía de ser entre las ocho y cuarto y las ocho y media.

—¿Dejó las llaves en el automóvil?

—Sí.

—Retrocedamos ahora un poco... ¿Le dijo la acusada que Lamont había preparado huevos con jamón?

—Sí.

—¿Le dijo que había comido de ellos?

—No. Me declaró que la disputa tuvo lugar en el momento en que los huevos acababan de ser servidos y que huyó antes de tocarlos.

—¿Le ha sido posible verificar ciertos puntos de estas declaraciones?

—Sí. Hemos encontrado las huellas digitales de la encausada en el automóvil de Loring Lamont, y en especial en el retrovisor. Hemos buscado asimismo, en el camino de acceso a la villa, rastro de huellas susceptibles de confirmar las afirmaciones de miss Ferris respecto a la manera como escapó de Lamont y se apoderó de su auto. Pero demasiadas personas habían pasado por el camino en sí

para poder obtener alguna información precisa.

—¿Y al borde del camino, allí donde estaba la cerca de alambre espinoso?

El teniente Tragg se irguió, como si abordase el punto culminante de su declaración:

—Al borde del camino —dijo— hemos descubierto lo que la encausada puso allí para confirmar su relato.

El juez Bayton miró vivamente a Perry Mason, luego a Carson y por fin al testigo.

—¿No protesta la defensa? —inquirió—. El testigo no tiene por qué exponer sus propias conclusiones.

—Mejor que elevar una objeción, Señoría —contestó Mason—, prefiero efectuar el contrainterrogatorio del testigo sobre este punto.

—Pero, en fin, no puede usted dejar que el testigo formule semejantes acusaciones. Él ignora si fue la encausada la que depositó algo en ese lugar.

—Con la venia del tribunal —intervino entonces Carson—, creo que, por el contrario, el testigo posee suficientes indicios materiales para poder exponer esta afirmación, y no deseamos otra cosa que verle sometido al contrainterrogatorio de la defensa.

—Sea... No corresponde a este tribunal decir cómo hay que llevar el caso; pero permanece el hecho de que el testigo ha emitido una opinión.

—Opinión que considero muy experta, Señoría —dijo Mason cortésmente—. El testigo es muy ducho en estas cosas. Por eso la defensa no eleva ninguna objeción.

En consecuencia, Carson se encaró de nuevo con Tragg y le preguntó:

—¿Qué comprobaciones hizo?

—Ante todo, en la mañana del siete del corriente, antes de haber interrogado a la encausada, comprobamos que, con la ayuda de un cuchillo, alguien había desgarrado un pedazo de ropa en una falda perteneciente a la encausada, pedazo que luego fue clavado en uno de los espinos de la cerca de alambre próxima a la escena del crimen. Allí comprobamos que una mujer, calzada con zapatos de tacón alto, había sido izada por el talud, para dejarse resbalar luego hasta el camino a fin de imprimir en la tierra blanda la huella de los

tacones y hacer creer que una mujer había bajado por allí después de haberse enganchado la falda en los espinos de alambre.

—¿Y está seguro de que no fue así?

—Completamente seguro..., porque al otro lado de la cerca no había ninguna otra huella de tacones altos.

—¿Dónde encontró la falda desgarrada?

—En el apartamento de la encausada, donde había sido dejada muy a la vista.

—¿Trae consigo dicha falda?

—Sí.

—Le ruego que nos la enseñe.

Tragg sacó de una cartera de cuero la falda que llevaba Madge Elwood cuando acompañó a Mason al apartamento de Arlene Ferris. Después el policía sacó del bolsillo un pedazo de tela.

—¿Es el pedazo de ropa que apareció enganchado en los alambres? —preguntó Carson.

—Sí; corresponde exactamente a la desgarradura.

—Muéstrelo al tribunal, se lo ruego.

Tragg realizó la demostración en obsequio del juez Bayton, que a continuación lanzó a Mason una mirada que nada bueno aseguraba.

—Solicitamos que esta falda y este pedazo de ropa constituyan las pruebas acusatorias B-8 y B-9 del Ministerio fiscal —dijo entonces Carson.

—¿Desea antes la defensa realizar el contrainterrogatorio del testigo en relación con este punto? —inquirió el juez.

—Sí, Señoría —contestó Mason.

—Perfectamente. Le escuchamos.

Mason sonrió al teniente Tragg.

—¿Ha dicho usted —inquirió— que dichas huellas fueron trazadas voluntariamente para corroborar el relato de la encausada?

—Es la única explicación posible —contestó secamente el policía.

—En tal caso se actuó con muy poca habilidad. ¿Cómo es posible que no se pensara en hacer correr a la mujer en cuestión por el otro lado de la cerca de alambre?

—Tal vez no tuvieron tiempo.

—¿Ha dicho también que este pedazo de tela había sido

desgarrado de una falda perteneciente a la encausada?

—Era una falda de su medida que estaba en su apartamento. Esto me parece que demuestra sin lugar a dudas, que era de su propiedad.

—¿No ha tratado de descubrir dónde compró la encausada dicha falda?

—No.

—¿Por qué?

—Porque no me pareció necesario.

—¿Comprobó si esa falda llevaba la marca de alguna tintorería?

—Sí, y encontramos una.

—¿Sabe a qué tintorería pertenece esa marca?

—No, todavía no.

—¿Pero, sin embargo, ha afirmado que esa falda pertenece a la acusada?

—Incluso sin esta última confirmación tenemos las pruebas suficientes para poderlo afirmar.

—En cuanto al pedazo de tela, ¿lo descubrió usted en la cerca de alambres de espinos y eso le hizo estudiar atentamente las huellas de tacones altos que estaban en sus proximidades, tras lo cual llegó a la conclusión de que todo aquello había sido preparado con posterioridad, con el único fin de corroborar las declaraciones de la encausada?

—Puesto que me pide que manifieste una opinión, voy a hacerlo: Creo que la encausada mató a Loring Lamont. Tal vez existan circunstancias atenuantes, pero antes que decir la verdad sobre este punto la encausada ha preferido inventar una historia apoyada por falsos indicios.

—¡Esta es otra conclusión del testigo! —subrayó el juez Bayton.

—Pero es perito en la materia —intervino Carson—, y la defensa le había pedido prácticamente su opinión sobre este punto.

—Sí, la defensa parece tener sus motivos para actuar así, pero el tribunal no desea perder el tiempo escuchando las opiniones de los testigos. Tome nota de ello, Mr. Mason, y prosiga su contrainterrogatorio.

—¿El descubrimiento de ese pedazo de tela le incitó a examinar con atención los alrededores del sitio que estaba enganchado?

—Ejem... Sí.

—¿Lo que sin esto tal vez no hubiese hecho?

Tragg sonrió fríamente:

—En efecto: *tal vez*, Mr. Mason.

—¿Y no descubrió usted, al otro lado de la cerca, ningún indicio susceptible de corroborar las afirmaciones de la encausada?

—En el terreno, más o menos herboso, descubrimos, diseminados, rastros de huellas de tacones femeninos. Pero también se trataba de falsos indicios, creados a posteriori, porque a dicho lado de la cerca los rastros de tacones más próximos al lugar donde estaba prendido el pedazo de tela distaban del mismo unos buenos ocho metros.

Volviéndose entonces hacia el sustituto, Mason dijo:

—Si desea usted que esta falda sea aceptada como prueba, insisto en que se busque a su propietaria por mediación de la tintorería que la ha limpiado. El hecho de que se descubriera en el domicilio de la encausada no demuestra que le pertenezca. Eso no es más que una conclusión del testigo.

—¡No es sólo eso! —protestó Carson—. Esa falda es de la talla de la encausada, y se le ha cortado un pedazo para corroborar una historia relatada igualmente por la encausada.

—Gracias a la marca de la tintorería, cabe poder establecerse a quién pertenece esa falda. Cuando se haya hecho la investigación veremos si sigue habiendo lugar a aceptarle como prueba acusatoria. Esto finaliza el contrainterrogatorio, y el testigo queda de nuevo a disposición del Ministerio fiscal —decretó, con exasperación, el juez Bayton.

Carson se encaró con Tragg.

—¿Hizo usted comprobaciones que desmintieran la historia relatada por la encausada?

—¡Oh, sí!... Ante todo los zapatos que llevaba la víctima no mostraban señales de barro, y tampoco las había en los bajos de su pantalón, como hubiera ocurrido indudablemente si Loring Lamont hubiese perseguido a la encausada de la manera que ella relata. Además los huevos con jamón, que según la encausada no había tocado, fueron desde luego comidos.

Entonces, triunfalmente, Carson se volvió hacia Mason:

—¡El testigo está a su disposición!

Mason, con el ceño fruncido, inquirió:

—¿No encontré ningún rastro de barro ni en los zapatos ni en los bajos del pantalón que llevaba el difunto?

—Absolutamente ninguno. Lo que, teniendo en cuenta el estado del terreno aquella noche, constituiría un milagro si Loring Lamont hubiese perseguido por el exterior a la encausada como ésta pretende.

—Y en el apartamento de la encausada ¿encontró usted ropa interior manchada de barro?

—Sí.

—¿Trató usted de averiguar si ese barro era de la misma naturaleza que el que se encuentra por los alrededores de la casa del crimen?

—No.

—¿Puedo preguntarle por qué motivo?

—Porque consideramos que esa ropa interior constituía un falso indicio destinado a entorpecer la investigación, lo mismo que la falda desgarrada.

—Siempre es peligroso llegar a conclusiones precipitadas, teniente. Sugiero que la policía compare el barro de esa ropa interior con el que puede encontrarse en las cercanías de la propiedad de los Lamont, y eso es todo por lo que a mí respecta.

—¿No hay más preguntas? —inquirió el juez Bayton, volviéndose hacia el sustituto.

—Sí, Señoría: quisiera saber si el testigo está en situación de mostrar al tribunal los zapatos y el pantalón que llevaba la víctima.

—No los he traído conmigo —repuso Tragg, pero puedo tenerlos aquí en diez minutos.

—En tales condiciones ¿puedo pedir al tribunal una suspensión de diez minutos?

—Sea; pero ésta es la última facilidad que le concedo, señor sustituto. Si la acusación debe exhibir otras pruebas condenatorias, le aconsejo que las tenga a mano. ¡Se suspende la vista durante diez minutos!

En tanto que el juez Bayton se retiraba, Mason se encaró con Arlene Ferris:

—Arlene, voy a hablar con franqueza brutal. Si hay algo que no puede usted permitirse, es mentir a su abogado. Si me ha mentado, va a verse metida en un feo embrollo, del que no estoy seguro de

poder sacarla. Pero si me ha mentido es necesario que lo sepa ahora.

—Le he dicho la verdad completa, Mr. Mason.

—Si los zapatos y el pantalón de Lamont no muestran ningún rastro de barro arriesga usted la cadena perpetua o la cámara de gas.

—Nada puedo hacer, Mr. Mason. ¡Le he dicho toda la verdad y nada más que la verdad!

Como Mason se quedara pensativo, la joven sugirió:

—¿No pudo el asesino cambiar la ropa y los zapatos del cadáver después de...?

—¡Trate de hacerle tragar eso al jurado! —la interrumpió Mason en tono sarcástico—. El asesino que sabía que usted había peleado con Lamont y que él la había perseguido por el exterior, se va a la casa con ropa, calcetines y zapatos de recambio; espera el regreso de Lamont, le apuñala, y, después de ello, no sólo le cambia la ropa y los zapatos, sino que además le abre la boca y le mete los huevos con jamón. Trate de hacer creer eso a doce personas que posean un mínimo de inteligencia.

—Pero —protestó Arlene Ferris, al borde de las lágrimas— sin embargo es lo que debió suceder...

Mason meneó la cabeza y se alejó. Poco después se reanudó la vista y Tragg presentó, ante todo, los zapatos, certificando que estaban exactamente en las mismas condiciones que cuando se le habían quitado al cadáver, exceptuadas las marcas de identificación escritas en las suelas. Cuando el sustituto propuso que se admitieran aquellos zapatos como prueba de convicción, Mason intervino y preguntó al testigo:

—¿En que se funda para afirmar que esos zapatos son los que calzaba Loring Lamont en el momento en que fue asesinado?

—En el hecho de que calzaban los pies del cadáver.

—¿Hizo registrar la casa para ver si no había otras prendas pertenecientes a la víctima?

—¡Desde luego! —contestó el testigo, con aire ofendido—. Las únicas prendas de Loring Lamont que había en la casa eran unos pantalones cortos, dos camisas deportivas, dos trajes de baño y un par de zapatos de tenis.

—¿Eran las únicas prendas que había en la casa?

—No, había otras, pero pertenecían a Mr. Harvis Lamont, que calza dos números menos que la víctima y tiene una corpulencia mucho menor.

—Bien. Eso es todo lo que tengo que preguntarle por el momento.

Seguidamente se pasó al pantalón que, hacia lo alto, mostraba varias manchas de sangre, pero ni el menor rastro de barro. En esta ocasión Mason no hizo preguntas al testigo, y tanto los zapatos como el pantalón fueron presentados y aceptados como pruebas de convicción sin que él opusiese ningún reparo. Pero cuando el Ministerio fiscal hubo terminado con el testigo, Mason procedió al contrainterrogatorio.

—En el curso de su investigación en la casa —preguntó a Tragg — ¿examinó usted su *secrétaire* que hay en la sala de estar?

—Sí.

—¿Encontró en él un talonario de cheques del *California Banks*?

—Sí.

—Varios cheques habían sido utilizados. ¿Ha encontrado su pista?

—Sí, con excepción de uno.

—¿Cuál?

—Un cheque de quinientos dólares cuya matriz llevaba sencillamente la mención O. K.

—¿Escrita por el propio Loring Lamont?

—Lo ignoro.

—Ese cheque ¿fue entregado o llenado el día del crimen?

—No lo sé.

—Pero la matriz precedente, correspondiente a un cheque de quinientos dólares a la orden de Orval Kingman, ¿llevaba la fecha del día de autos?

—Sí.

—Así, pues, ¿el cheque siguiente fue entregado o extendido también el día del crimen?

—No obligatoriamente. En mi opinión Loring Lamont empezó a llenar un cheque a la orden de Orval Kingman, se equivocó, destruyó el cheque y escribió O. K. en la matriz.

—Pero la matriz señalada O. K. *sigue* a la del cheque extendido a la orden de Orval Kingman. Según su hipótesis debería precederla.

—Lamont pudo haberse saltado un cheque inadvertidamente. Después, al advertirlo llenó el cheque saltado.

—Me parece difícil saltar inadvertidamente un cheque unido a la matriz.

—De todos modos —intervino, con severidad, el juez Bayton—, el testigo no tiene por qué manifestarnos su suposición. Lo único que nos interesa son los hechos concretos. Prosiga su interrogatorio, Mr. Mason.

—¿Se llevó ese talonario como prueba?

—No. Nos contentamos con tomar nota de los distintos cheques librados.

—¿Y dónde está ahora el talonario?

—Por lo que yo sé sigue en el *secrétaire*. Deseo mencionar que Sadie Richmond me telefoneó diciendo que usted le había aconsejado que entregara ese talonario a la policía, pero...

—¡Un momento, un momento! —interrumpió el juez Bayton—. Es inadmisibles la inclusión de un «se dice» en una declaración. La defensa puede evidentemente exigir que ese talonario sea exhibido al tribunal, aunque no veo la importancia que puede tener.

—Con la venia del tribunal —contestó Mason—, Loring Lamont llevaba consigo ese talonario cuando fue a la casa de campo, donde extendió un cheque de quinientos dólares a la orden de una persona cuyas iniciales eran O. K. Como tenía prisa se contentó con escribir estas iniciales en la matriz.

—¿Llevaba fecha la matriz? —se informó el juez.

—No, Señoría. Sólo llevaba sus iniciales y la cantidad: quinientos dólares.

—Suponiendo que tenga usted razón, ¿qué puede demostrar con esto?

—Que aquella noche estuvo en la casa una tercera persona.

—Mr. Mason, si insiste, puede presentar ese talonario como prueba de la defensa; pero le aseguro que ello no bastaría para convencer a este tribunal de que una tercera persona estaba allí en el momento del drama. ¿Tiene más preguntas que hacer al testigo?

—No, Señoría.

—¿Y usted, señor sustituto?

—Nosotros tampoco, Señoría. Por lo demás, no tenemos ningún testigo que presentar, y el tribunal puede dictaminar...

—¡Perdón! —protestó Mason, levantándose inmediatamente—. Debemos efectuar aún el contrainterrogatorio del testigo Peter Lyons.

—Ah, sí, es cierto... —admitió Carson—. Señoría, he enviado a buscar a Peter Lyons, pero hoy es su día libre y no sabemos dónde localizarle. Precisamente para no perder este día de descanso me había pedido que le informase de si necesitaría o no venir a testimoniar. De modo que tan pronto como Mr. Mason hubo aceptado mis sugerencias a su respecto, telefoneé a Lyons que estaba libre. Lo lamento mucho, pero si Mr. Mason quiere informarnos sobre qué punto deseaba hacer el contrainterrogatorio de ese testigo, tal vez yo pueda contestarle, estipulando que Peter Lyons habría contestado de la misma manera caso de estar presente.

Mason meneó la cabeza.

—No. Se había convenido que podría realizar el contrainterrogatorio de este testigo e insisto en hacerlo.

El rostro del juez Bayton expresó contrariedad:

—Pero Mr. Mason, bien debe saber usted sobre qué punto se propone efectuar su contrainterrogatorio.

—Con franqueza, Señoría, en la actualidad estoy concentrándome en una hipótesis que no deseo revelar al Ministerio fiscal antes de haber podido hacer ciertas preguntas a Peter Lyons.

—Pero, veamos... —protestó Carson—. El testimonio de Peter Lyons no puede tener ninguna importancia. Cuando dejó la papeleta ignoraba por completo el crimen, y el auto de Loring Lamont no era para él más que un vehículo aparcado ante una boca de incendios, como los ve a centenares cada mes.

El juez Bayton miró a Mason, pero éste se obstinó:

—A pesar de todo, deseo proceder a su contrainterrogatorio.

—¡Sea! —dijo el juez, con irritación—. Puesto que está en su derecho y desea hacer uso de él, el tribunal se ve obligado a suspender la vista, que proseguirá mañana a las diez. De este modo se verá prolongada veinticuatro horas más de lo previsto, y el calendario de este tribunal quedará completamente trastornado. En consecuencia, si el contrainterrogatorio de Peter Lyons resulta carecer de utilidad, este tribunal tendrá la sensación de que la defensa está abusando de la situación. Esto es todo. ¡Se aplaza la vista hasta mañana a las diez!

En tanto que el juez se retiraba, con semblante indignado, Mason se volvió hacia Arlene Ferris.

—¿No tiene que decirme nada?

Con los ojos llenos de lágrimas ella meneó la cabeza y apretó los labios.

—Perfectamente —dijo Mason—. Entonces hasta mañana por la mañana.

Capítulo 12

Sentado detrás de su despacho, Perry Mason se volvió hacia su secretaria, que acostumbrada a los cambios de humor del abogado, había permanecido silenciosa en tanto que él se abismaba en sus pensamientos.

—Para resumir, Della, me encuentro ante la alternativa siguiente —dijo—: o Arlene nos ha mentido o nos ha dicho la verdad. Si nos ha mentido, ¿por qué lo ha hecho? ¿Porque es culpable? En tal caso, como es una muchacha de inteligencia normal, habría imaginado una mentira que encajara con los hechos comprobados. Ahora bien: lo que ella nos ha dicho está en abierta contraposición con los hechos comprobados. También ha podido mentirnos para proteger a alguien. Pero ¿quién podría ser ese alguien, y cómo una historia así podría servirle de ayuda?

Llegado a este punto de su razonamiento, Mason meneó lentamente la cabeza, y después, echando hacia atrás su sillón y aplastando el cigarrillo en el cenicero, levantóse y empezó a pasear por la oficina antes de ir a plantarse ante Della Street:

—Pero si nuestra cliente no miente, ¿cómo es que la historia que relata se ve contradicha, por los hechos? Sólo hay una explicación posible: porque la historia es incompleta.

—¿Piensas, pues, que Arlene dice la verdad?

—Nunca habría debido dudarlo. Un abogado debe confiar siempre en sus clientes. Es la regla fundamental, y he hecho mal en dejarme impresionar por los argumentos del adversario, en imaginar que las cosas habían ocurrido como lo afirma la acusación, sólo porque los indicios parecen confirmar su teoría.

—En otras palabras: ¿los indicios deben poder interpretarse de modo distinto?

—¡Sí! Y sin duda por mediación de Peter Lyons, ese guardia que

la acusación se esfuerza en ocultarnos.

—¿Crees de veras que lo hacen adrede?

—Sí; cada vez estoy más convencido. Pero ¿cómo diablos ese sencillo policía está en situación de ayudar a la defensa?

—Sólo conocemos el sentido de su testimonio por lo que ha dicho Carson. Si éste...

—No, Della: Carson ha dicho sin duda la verdad. No se hubiese atrevido a mentir en tales circunstancias, porque si era descubierto, su carrera estaba lista. Estoy, pues, seguro de que nos ha dicho la verdad en relación con el testimonio eventual de Lyons; pero, en cambio, nada le obligaba a decir *toda* la verdad... Veamos... Por lo que recuerdo, nos ha declarado que Peter Lyons descubrió el automóvil de Loring Lamont aparcado ante una boca de incendios y que, en consecuencia, le había dejado la papeleta de una multa. Entonces ¿por qué no quieren que yo pueda hacer el contrainterrogatorio del testigo, si su declaración, relatada por Carson, coincide con las afirmaciones de Arlene Ferris? Ella dejó el auto ante una boca de incendios; él lo encontró ante una boca de incendios y le impuso una multa, dejándole la papeleta... ¡Válgame Dios, Della! —exclamó Perry Mason después de haberse interrumpido bruscamente.

—¿Qué ocurre, jefe?

—Ocurre que soy de una ingenuidad increíble. ¡Claro que no quieren que realice el contrainterrogatorio de Lyons! ¡Porque en ese caso sabría *toda* la verdad!

—¿Es decir?...

—Es decir, que después de haber dejado una papeleta prosiguió Lyons su ronda. Y cuando volvió a aquel lugar, *el auto de Lamont ya no estaba allí!*

—¿Pero cómo...?

—Arlene Ferris dejó las llaves en el coche. Por tanto, alguien pudo cogerlo, utilizarlo y después devolverlo al mismo sitio, ante la boca de incendios, de modo que los agentes de servicio, después de medianoche, le impusieron una segunda y luego una tercera multa antes de hacerlo retirar.

—Pero ¿por qué habría alguien de actuar así?

—Eso es lo que hemos de descubrir; y a tal efecto vamos a hacer lo que hubiésemos debido desde hace mucho tiempo: hablar con

Edith Bristol, la secretaria particular de Harvis Lamont, y con George Albert, el jefe inmediato de Arlene.

—¿Con qué objeto?

—Aclarar un punto oscuro: la contratación de Arlene en Lamont y Compañía. ¿Recuerdas lo que nos contó nuestra cliente? Dijo a Madge Elwood que buscaba un empleo. Madge telefoneó a alguien e inmediatamente Arlene fue contratada en Lamont. Por lo demás George Albert nos informó de que el ingreso de Arlene no se había hecho por el sistema acostumbrado, sino por una orden imperativa dada por Loring Lamont inmediatamente antes de marcharse a América del Sur. ¡Ven, Della! ¡Vamos aprisa a buscar la verdad!

Al llegar a los establecimientos Lamont, Mason se dirigió a la recepcionista:

—Desearía ver a Edith Bristol, la secretaria de Mr. Harvis Lamont, y también a Mr. George Albert. Soy el abogado Perry Mason, y es muy importante.

La empleada telefoneó ante todo a Edith Bristol, y se volvió de nuevo hacia Mason:

—Miss Bristol no cree que al fiscal le gustase que hablara con usted.

—Muy bien —contestó el abogado, con sonrisa maligna—. Si persiste en su actitud, díglele que voy a citarla como testigo y que haré público que no se atrevía a hablar con alguien por miedo a desagradar al fiscal.

La recepcionista transmitió esta declaración, tras de lo cual anunció:

—Miss Bristol va a recibirlos. Cojan el ascensor hasta la tercera planta. Miss Bristol los espera allí.

Edith Bristol resultó ser una joven de aspecto decidido, que condujo a los visitantes a su despacho, haciéndoles atravesar una enorme sala donde trabajan dos docenas de mecanógrafas.

—¿Qué desea usted exactamente, Mr. Mason? —preguntó, después de haberles invitado a que se sentaran.

—No esperaba encontrar a una persona tan joven en un cargo de esta importancia, miss Bristol.

—¿Qué desea usted? —repitió ella, imperturbable.

—Quisiera saber cómo pudo bastar que Arlene Ferris informara a su amiga Madge Elwood de que estaba buscando empleo para

que, dos días más tarde, obtuviese un puesto aquí por orden especial de Loring Lamont.

—No puedo informarle sobre este punto —contestó Edith Bristol, bajando la mirada—. Esto pertenece al departamento de Mr. George Albert.

—Él ha testimoniado en la audiencia preliminar y, justamente, todo lo que ha podido decirme es que miss Ferris había sido contratada por orden de Loring Lamont y no según el mecanismo ordinario. Entonces se me ha ocurrido que tal vez usted podría explicarme por qué Loring Lamont se había molestado en intervenir personalmente.

—Temo no poderle ser de mucha utilidad, mister Mason... Sólo sé que miss Elwood trabajó aquí durante dos años y que su colaboración era muy apreciada. ¿Quiere ver de nuevo a Mr. Albert?

—Con mucho gusto.

—Le pediré que se reúna con nosotros.

Edith Bristol descolgó el teléfono:

—Póngame con Mr. Albert, por favor... ¿Mr. Albert? Mr. Perry Mason, el abogado, está en mi despacho acompañado por su secretaria. Desearía saber por qué fue contratada Arlene Ferris sin pasar por los trámites normales y cómo es que Madge Elwood tuvo influencia suficiente para conseguir ese favor. ¿Quiere venir a mi despacho para contestar a sus preguntas? Sí, ahora... Le esperamos.

Mientras colgaba, sonrió a Mason:

—Tal vez Mr. Albert podrá informarle mejor. En todo caso estoy segura de que Mr. Harvis Lamont no sabía nada, pues de lo contrario me habría enterado. Hace dos años que soy su secretaria y puedo asegurarle que no ha intervenido en la contratación de miss Ferris.

Mason asintió ligeramente con la cabeza, mostrando una expresión preocupada. Se produjo un silencio, que persistió varios segundos, y luego Mason preguntó:

—Quisiera saber cómo vivía Loring Lamont... No habitaba con su padre, ¿verdad?

—No. Ocupaba un apartamento en el 9612 de Endicott Way.

—¿Tenía cocinera o asistente?

—No.

—Entonces ¿comía fuera a menudo?

—Lo ignoro.

—¿Participaba activamente en la marcha de la empresa?

—Sí.

—¿Qué puesto ocupaba?

—Era vicepresidente.

—Viajaba mucho, según creo.

—Sí.

—Su padre y él se querían mucho, ¿verdad?

—Sí.

En aquel momento se abrió la puerta del despacho y entró George Albert, que dirigió a Edith Bristol una rápida mirada antes de sonreír a Mason:

—Nos hemos visto ya en la audiencia...

—Sí; le presento a mi secretaria miss Street. Quisiera alguna información sobre Arlene Ferris y la manera como obtuvo su empleo aquí.

—Me temo que sólo le podré explicar lo que ya he declarado en la vista.

—Estoy convencido de lo contrario —le interrumpió Mason—. Arlene Ferris fue contratada por orden especial de Loring Lamont, cuando por lo general es el Departamento de personal el que se ocupa de esto. Y Arlene Ferris obtuvo ese empleo a consecuencia de una intervención de su amiga Madge Elwood.

—Es muy posible —dijo Albert.

—¿A qué se refiere?

—Madge Elwood pudo muy bien telefonear a Loring Lamont y pedirle que diera un empleo a miss Ferris.

—¿Y Loring Lamont lo hubiese hecho?

—¡Ahí tiene la prueba!

—¿A usted le consta que Madge Elwood le telefoneó a este respecto?

—Yo no sé nada. Me limito a sacar conclusiones de lo que acaba usted de decir. Después de todo usted es abogado de Arlene Ferris y ella ha debido explicarle qué medios utilizó para emplearse aquí.

—Tal vez ella lo ignore...

Albert se contentó con encogerse de hombros, y Mason prosiguió:

—Pero pese a saber que ella estaba protegida por un personaje importante, ¿no vaciló en despedirla?

—Me esfuerso en conservar la disciplina en mi departamento y no puedo tolerar que una joven se muestre insolente sólo porque tiene relaciones con uno de los amos. No se me paga para que aliente esos modales.

—¿Cómo se enteró de que Arlene Ferris iba a trabajar aquí?

—Por Loring Lamont. Momentos antes de marcharse a Sudamérica me entregó una cuartilla, en la que había el nombre de Arlene Ferris, y me dijo: «Trabjará como taquimecanógrafa con el sueldo máximo».

—¿Y eso es todo lo que sabe?

—Todo.

—¿Había ocurrido ya que alguien fuese contralado de esta manera?

—No sabría decirle. La contratación de personal no corre a mi cargo.

—Es inútil que trate de engañarme, porque puedo volverle a llamar como testigo y obligarle a hablar. Quiero saber lo que me oculta.

—No le permito que suponga...

—Mr. Albert, le aseguro que no acabo de caer del cielo. Hace un rato miss Bristol no tenía más que descolgar su teléfono y decir a la telefonista: «Ruegue a Mr. Albert que venga a mi despacho». En vez de esto, no sólo ha hablado personalmente con usted, sino que le ha dicho que yo estaba aquí con mi secretaria y le ha explicado lo que me interesaba saber. De este modo usted estaba advertido e incluso ha tenido tiempo de preparar sus respuestas. Así que ahora no vale la pena que se las dé de ignorante. Dígame cuántas personas más fueron contratadas anteriormente por orden de Loring Lamont.

—Por lo que yo sé, una sola persona: Madge Elwood.

—¡George! —exclamó Edith Bristol, con indignación.

—No podía hacer otra cosa. Usted no sabe como es él cuando interroga ante el tribunal. ¡Yo, sí!

—Ahora quisiera saber por qué trataba *usted* de ocultarme esto —dijo Mason encarándose con Edith Bristol.

Ella le miró fríamente:

—Creo que vamos a terminar aquí esta entrevista, Mr. Mason.

Ya ha obtenido la información que buscaba.

—Bien, bien —dijo Mason—; si quiere tomárselo así, de acuerdo.

Y sacando dos hojas de un bolsillo alargó una a Edith Bristol y la otra a George Albert.

—Quedan ustedes citados para comparecer mañana, a las diez, como testigos de la defensa en el caso Lamont contra Arlene Ferris. Esto me permitirá proseguir su interrogatorio. ¡Hasta mañana!

—¿Y ahora? —inquirió Della Street cuando hubieron salido del despacho.

—Ahora desde la primera cabina telefónica que encontremos llamaremos a Paul Drake para saber si hay algo nuevo.

El detective había comprobado la coartada de Otto Keswick y descubierto que desde las siete media de la tarde del crimen el jardinero había permanecido solo mirando la televisión, pues su propietaria, Mrs. Sparks, había subido a acostarse a causa de una violenta jaqueca. Entre sus momentos de sopor Mrs. Sparks había escuchado funcionar la televisión, pero era incapaz de decir si Keswick había permanecido o no contemplándola. Sólo sabía que él la había apagado a las diez y media.

—Ya veo —dijo Mason.

—Otra cosa, Perry: un vecino, George Banning cuya casita está situada al norte de la propiedad ha sido amenazado por los Lamont con un proceso a causa de un foso que, cuando llueve mucho se desborda por casa de los Lamont. En la tarde del cinco, como había llovido mucho, Mr. Banning quiso asegurarse de que el desagüe del pozo se efectuaba normalmente. Por esta causa pudo ver un auto que entraba en la propiedad de los Lamont. La verja estaba abierta y el automóvil avanzaba lentamente. Era el de Keswick, y éste iba al volante. El auto se detuvo después de haber franqueado la verja y Mr. Banning oyó un rumor de voces. Cree haber reconocido la de Sadie Richmond, pero no podría afirmarlo.

—¡Esto es extremadamente interesante! —exclamó el abogado—. Entrega a ese individuo una citación para que comparezca como testigo de la defensa. Quiero verle en la audiencia de mañana por la mañana.

—¡Ya está hecho! —contestó alegremente Drake—. ¡Ya supondrás que no iba a correr el riesgo de que también él se

ausentara!

—¿A qué hora tuvo lugar la llegada de ese automóvil?

—Mr. Banning no pudo decirlo con precisión, pero era entre las siete y media y las ocho menos cuarto.

—Perfecto, Paul. Según toda evidencia, Keswick nos ha mentado, y ese último cheque de quinientos dólares debió de ser extendido a su orden. No ha querido presentarlo en el banco porque sabe que Loring Lamont ha muerto y que el cheque no le será pagado.

—¿Por qué Lamont había de llenar tan apresuradamente la matriz?

—Probablemente porque tenía prisa, querido. Otra cosa, Paul: había pedido a Madge Elwood que estuviese presente en la audiencia de esta tarde y no la he visto. Por tanto me voy a Santa Mónica a ver si está en su casa, pero tú búscala también.

—¿Y si la encuentro?

—Que alguien empiece a seguirla y que no la suelte ya.

—¡De acuerdo, Perry!

Capítulo 13

Madge Elwood vivía en un edificio de apartamentos amueblados, y después de llamar inútilmente en el de ella, Mason fue a ver a la conserje:

—Trato de localizar a Madge Elwood para un asunto muy importante, pero no está aquí...

—En efecto: la he visto salir esta tarde con dos maletas. Sin duda se ha ausentado por varios días. ¿Se ha informado donde ella trabaja?

—No. ¿Tiene la dirección?

—No... Sólo sé que es secretaria en una firma publicitaria. De todos modos, a esta hora las oficinas están cerradas.

—¿Sabe si se ha marchado en su auto o si ha cogido un taxi?

—No puedo afirmar nada, pero me parece que de haber cogido un taxi hubiese pedido al chófer que la ayudara a llevar las maletas.

—Parece evidente. ¿Paga su alquiler miss Elwood mediante cheques?

—Sí.

—Entonces ¿recuerda tal vez cuál es su Banco?

—Sí, desde luego: el que queda aquí al lado, a la derecha. Permanece abierto hasta las siete y media de la tarde, excepto los sábados.

De la conserje del edificio, Mason pasó al director del Banco y le dijo:

—Tal vez sea algo irregular, pero puedo asegurarle que es muy importante. Quisiera que hiciese usted una comprobación en la cuenta de miss Madge Elwood. Creo que esta tarde ha cobrado un cheque...

—Lo siento mucho, Mr. Mason —le interrumpió el director—, pero me es imposible dar esa clase de información.

—Es que me temo que ese cheque pueda ser falso y...

—Entonces es distinto —dijo el banquero con inquietud—. Voy a ver lo que hay.

Salió, dejando solos en su despacho a Mason y a Della Street; ésta preguntó a media voz:

—¿Qué te hace creer que ella ha cobrado un cheque esta tarde?

—Si se ha ausentado, habrá necesitado dinero.

—Pero tal vez se haya limitado a cobrar un cheque contra su cuenta.

—Desde luego; pero en tal caso —repuso Mason sonriendo— el director me dirá que he sufrido un error y que el único cheque que miss Elwood ha cobrado procedía de su propio talonario. En cambio, si esta marcha precipitada ha sido financiada por alguien, tal vez obtengamos así una información preciosa. Este es un Banco popular, con muchas cuentas pequeñas, y al director no le interesa tener un descubierto causado por...

Mason fue interrumpido por el regreso del director.

—Mr. Mason —dijo éste—, ¿qué motivo tiene para creer que este cheque es falso?

—No puedo decírselo, pero temo que miss Elwood haya sido engañada por un estafador.

—Bueno; ahora veremos —dijo el banquero, cada vez más preocupado.

Sentándose a su mesa marcó un número en el cuadrante de su teléfono, y después de haberse dado a conocer se explicó:

—Les llamo en relación con un cheque cobrado esta tarde por miss Madge Elwood. Como es una transacción que se sale un poco de lo corriente y se trata de una cantidad bastante importante, quisiera que me confirmaran... ¿Puede ponerme con Mr. Harvis Lamont?

El banquero escuchó atentamente durante unos instantes y luego su rostro se iluminó:

—¡Oh, muchísimas gracias! Sólo quería estar bien seguro. Hágase cargo: en nuestra agencia las transacciones de esta importancia son muy raras y... Gracias de nuevo y discúlpeme.

El director colgó y sonrió a Mason:

—No, Mr. Mason; el cheque es auténtico, puede estar tranquilo... ¡Y yo también!

—¡Ah! Menos mal. Es que había recibido una llamada telefónica anónima... Supongo que esto también les ocurrirá a ustedes.

—Sí, desde luego; y sin duda yo en su lugar hubiese hecho lo mismo, pero acabo de hablar con la secretaria particular de la persona que ha firmado el cheque y ella me ha confirmado su autenticidad.

—¡Oh! Perfecto, perfecto... Muchísimas gracias. Y discúlpeme por las molestias causadas.

—No tiene ninguna importancia; al contrario...

El banquero los condujo hasta la puerta de su despacho, y cuando se encontraron en la calle Mason miró a su secretaria:

—Mi pequeña maniobra ha logrado su objetivo, ¿eh?

—¡Y de qué modo! ¡Esa Edith Bristol! Estaba enterada de lo del cheque y fingía que... Pero ¿por qué ha dado Lamont ese cheque a Madge Elwood?

—Porque quería que se marchase de aquí lo más aprisa posible. ¿Y por qué quería verla marcharse lo más aprisa posible? Porque temía que yo la citara como testigo. Ahora tratemos de ordenar un poco las piezas del rompecabezas. Empecemos por el principio: ¿qué pudo hacer Loring Lamont después que Arlene hubo huido en su automóvil?

—Si Arlene nos ha dicho la verdad, sólo le quedaba regresar a la casa, donde se comió los huevos con jamón.

—Había dos platos.

—Pudo tirar los otros a la basura.

—Sí, e incluso pudo tirarlo todo, porque no debía de tener muchas ganas de comer huevos con jamón fríos. En cambio debía desear un vaso de alcohol, poderse poner ropa seca, tener una compañía femenina que le hiciese olvidar su decepción y, desde luego, un medio para regresar a la ciudad.

—¿Y telefona a una persona susceptible de procurarle todo esto?

—Sí. ¿Adivinas quién?

—No...

—Pero ¡si está claro como el agua, y no puede ser más que una sola persona!

—¿Quién?

—Madge Elwood.

Della Street estuvo a punto de contestar algo. Se abstuvo, y después sus ojos parecieron agrandarse:

—Pero entonces..., pero entonces... ¿Sería *verdaderamente* Madge Elwood a quien Jerome Henley vio apearse del auto?

—Desde luego. La manera como hizo contratar a Arlene Ferris demuestra claramente en qué relaciones estaba con Loring Lamont. De modo que éste, después de haber regresado a la casa, telefoneó a Madge y le dijo: «Tu amiga es una mojigata espantosa. ¿Cómo se te ha ocurrido ponerme en contacto con una chica así? ¡Acaba de largarse con mi auto! Ahora tienes que pasar por aquí y traerme, lo más pronto posible, ropa para cambiarme...».

—Por tanto Madge Elwood cogió el coche de Lamont para ir a buscarle... ¡Pero, no! ¿Cómo podía saber dónde estaba el automóvil? El propio Lamont lo ignoraba...

—Olvidas que tan pronto como hubo regresado Arlene telefoneó a Madge para contarle detalladamente lo que acababa de ocurrir, y cómo se había vengado dejando el auto de Lamont ante una boca de incendios para que le impusieran un montón de multas.

—Sí, es cierto... Pero ella debió de recibir primero la llamada telefónica de Lamont, ¿no lo crees así?

—Ciertamente. Supongo que ella estaría preparándose para salir cuando Arlene le telefoneó. Esto le dio la idea de utilizar el auto de Lamont en lugar de coger el suyo para ir a la casa de campo.

—¿Y qué pasó después?

—Pues bien: Madge llevó a Lamont ropa y zapatos de recambio, comieron los otros huevos con jamón que él había preparado mientras esperaba, y después, por uno u otro motivo, se pelearon y ella cogió un cuchillo y se lo clavó en la espalda. Al encontrarse con un cadáver entre los brazos entrevió Madge de repente un sistema de eludir aquella situación embarazosa. Sabía que Arlene y Lamont se habían peleado, puesto que ambos le habían relatado el incidente. Si ella devolvía el auto de Lamont al lugar en que Arlene lo había dejado, podría regresar después a su casa y pretender que desconocía el drama. ¡Cómo debió reírse interiormente cuando yo fui a pedirle que me ayudara a exculpar a Arlene!

—¡Y Jerome Henley la había visto apearse del auto, pero la policía le ha convencido de que no se trataba de ella!

—Exactamente.

—Pero ¿no ocurrió eso hacia las diez?

—No; todo indica que debía ser más tarde, pero he cometido el error de no insistir en la cuestión de la hora porque sabía que Arlene había abandonado el auto antes de las nueve, y la multa impuesta por Peter Lyons lo confirmaba.

—Bueno; ¿qué hacemos ahora?

—Hemos de encontrar a Madge Elwood para obligarla a que lo confiese todo. La confundiremos demostrándole que lo sabemos todo y le diremos que Jerome Henley la ha reconocido.

—Pero ¿crees que Henley nos apoyará?

—No lo sé, evidentemente. Puedo ir a encontrarle y poner las cartas boca arriba, explicándole lo que sucedió. Veremos cómo reacciona. Lo que de momento me interesa más es la ropa manchada y los zapatos enfangados de Lamont. Como no han aparecido en la casa, es probable que Madge Elwood se los llevara. Sin embargo tampoco estaban en el auto de Lamont...

—¿Así, pues?

—Se me ocurre una idea: para ir a buscar el auto de Lamont ella debió de coger el suyo. Al regresar cambió de nuevo de vehículo, y sin duda dejó las prendas de Lamont en el suyo, porque su presencia en el otro auto hubiese indicado que había sido utilizado de nuevo para regresar a la villa después de haberlo abandonado Arlene ante la boca de incendios. Después Madge Elwood depositó su auto en el garaje y podría ser que las cosas de Lamont estuviesen aún en dicho garaje. Podríamos ir a ver, porque si se ha marchado en su coche quizá la puerta del garaje no esté cerrada con llave...

—Pero ¿qué pintan Otto Keswick y Sadie Richmond en toda esta historia? —preguntó de repente Della Street.

—Bueno; acuérdate de la llamada telefónica recibida por Loring Lamont en el momento en que iba a sentarse a la mesa con Arlene. Esta llamada telefónica, que de pronto le hizo modificar sus planes, debía proceder de Otto Keswick. Dada la vida que llevaba Lamont, no tiene nada de extraño el que hubiese dado origen a un chantaje, y Keswick debía de estar de acuerdo con Sadie Richmond para ejercerlo. Telefonea, pues, diciendo: «Escuche, Loring: Sadie y yo necesitamos un poco de dinero..., quinientos dólares. Pasaremos a buscarlos... Estaré ahí dentro de media hora o tres cuartos».

—¿No hubiese podido pedirle Lamont que esperara una o dos

horas?

—Tal vez tratase de hacerlo. Ignoramos lo que dijo cuando prosiguió la conversación desde el otro aparato telefónico. Pero la pareja sostuvo sus exigencias inmediatas. Así, pues, acosado por el tiempo, Lamont renunció a seducir a Arlene después de la cena a los acordes de una música suave. La deseaba, y, como que Keswick iba a llegar con Sadie Richmond, no podía perder ni un momento en preámbulos galantes.

—¿Keswick y Sadie Richmond llegaron, por tanto, después de la marcha de Arlene?

—Sí, y Lamont debió de darles inmediatamente el cheque, para que despejaran el campo antes de la llegada de Madge Elwood.

—Sí, todo esto me parece muy lógico —aprobó Della Street, con excitación.

—Así, pues, tenemos a tres personas que pueden testificar que Loring seguía vivo después de la marcha de Arlene Ferris: Keswick, Sadie Richmond y Madge Elwood.

—Tres personas de las que ninguna quiere correr el riesgo de comprometerse al revelarlo.

—Exactamente.

—Pero, jefe, si Keswick y Sadie se hubiesen peleado con Loring Lamont y...

—No, Della. No olvides que cuando fue asesinado, Loring se había cambiado de ropa y esto sólo pudo haberlo hecho después de la llegada de Madge.

—¡Es formidable, jefe! ¡Todo encaja! ¡Podrás exculpar a Arlene!

—A condición de que consiga obtener los testimonios necesarios. Ahora bien: cada uno de estos testigos ha mentido o mentirá, y no podemos contar con la ayuda de la policía. Tendremos que valernos de nuestros propios medios para descubrir las pruebas que me permitan confundir a esa gente.

—Entonces ¿empezamos por el garaje de Madge?

—Sí.

—Pero al hacer esto cometeremos un delito, ¿verdad?

—Si la puerta no está cerrada con llave, cometeremos un delito menor: el de entrar sin autorización en una propiedad privada. Para que haya violación sería preciso que la puerta estuviese cerrada. De todos modos nuestras intenciones son puras: estamos buscando

pruebas para hacer que la verdad resplandezca.

—¿No crees que podríamos telefonar al teniente Tragg y...?

Mason meneó la cabeza:

—Tienen formada su opinión, y Tragg ni siquiera nos escucharía.

—Bueno; vamos.

—No hay ningún motivo para que me acompañes en esta expedición. Te quedarás sentada en el coche.

—¡Ni hablar! —replicó, con firmeza, Della Street—. Si hay algún riesgo, quiero correrlo contigo. De todos modos si descubres algo, necesitarás un testigo que confirme tus palabras. Y en tu calidad de abogado de Arlene Ferris no podrías testificar directamente. ¡Como ves, me necesitas!

—Has ganado, Della. Vámonos.

Como cada garaje llevaba una tarjeta con el nombre de su propietario no les fue nada difícil localizar el de Madge Elwood. La puerta no estaba cerrada con llave.

—Será mejor que metamos en él nuestro coche —dijo entonces Mason—. Si lo dejamos fuera, corremos el riesgo de llamar la atención. De modo que lo entraremos, cerraremos la puerta y encenderemos la luz.

Así se hizo; y después Mason y su secretaria examinaron el lugar. Además del revoltijo propio de la mayoría de los garajes había allí dos maletas viejas y un baúl. El baúl estaba cerrado con llave, y Mason dijo, con aire indeciso:

—Lo que buscamos está tal vez en este baúl, pero no es seguro..., y antes de solicitar un registro quisiera tener la seguridad...

Se interrumpió bruscamente y llevóse un dedo a los labios.

Un auto acababa de detenerse frente al garaje.

Bruscamente la puerta se abrió y George Albert entró con paso decidido, para inmovilizarse casi en el acto al descubrir el coche y después a Mason y a su secretaria, quietos como estatuas.

—Bueno, Albert —dijo el teniente Tragg, que compareció a su vez—: me parece que hemos hecho diana.

—Ya le había dicho, teniente, que trataban de comprometer a Madge Elwood para salvar a su cliente. ¡Desde el principio lo han estado haciendo! Fue una falda de Madge la que Mason dejó

intencionadamente en el apartamento de miss Ferris, y trataba de persuadir a Henley de que había visto a Madge apearse del auto de Lamont. Ahora, desesperados, se han metido aquí para dejar objetos susceptibles de comprometer a Madge. Pero afortunadamente los hemos cogido con las manos en la masa. ¡Hay que registrar el garaje, hay que registrarlos a ellos! ¡Deténgalos, teniente!

—Tragg —solicitó Mason—, ¿puedo hablarle un momento en privado?

—No —contestó el policía, meneando la cabeza—; prefiero que lo que tenga que decir lo guarde para el fiscal. En cuanto a usted, Albert, un poco de calma. Me ha avisado así que ha sabido que ellos hacían preguntas relativas a Madge Elwood, y los hemos sorprendido en este garaje, donde nada tenían que hacer. Esto basta y es inútil detenerlos.

—Bueno; si usted cree... —dijo George Albert a regañadientes.

—Claro que sí... Ahora haga retroceder un poco a su auto para despejar la puerta. De este modo, Perry, con miss Street, y usted podrán marcharse.

—Tragg —dijo Mason—, tengo buenos motivos para pensar que diversos objetos susceptibles de constituir pruebas de convicción se hallan ocultos en este garaje. No deje que le metan en la cabeza ideas falsas... Regístrelo todo bien.

—Y si encuentra alguna cosa comprometedor —intervino Albert—, ¡ya sabrá quién la ha puesto aquí!

Un momento más tarde, después de sacar su auto del garaje, Mason y Della Street rodaban de nuevo en dirección a los Angeles, dejando Santa Mónica a sus espaldas.

—Mala suerte, ¿eh? —comentó lastimeramente Della Street.

—Sí, en efecto. Ahora si descubren algo, jurarán que he sido yo quien lo ha puesto allí, y en tal caso puedes estar segura de que Hamilton Burger intervendrá personalmente en la vista.

—Cualquier cosa que pueda encontrarse en el garaje, ¿no podrá servirte ya contra Madge Elwood?

—No. Les servirá a ellos... contra Arlene Ferris.

—Pero tú y yo podemos jurar que...

—Podemos jurar todo lo que queramos, que no nos creerán. Nosotros no somos policías, Della.

La mano de la joven se apoyó en la de Mason:

—Bueno, jefe; estamos metidos en el lío, pero estamos juntos.

—Sí, Della, y puedes estar segura de que haré todo lo necesario para que salgamos de él.

Capítulo 14

El juez Bayton miró al fiscal del distrito Burger, que estaba sentado junto a Carson en el banco del ministerio público.

—¿Desea usted algo, Mr. Burger?

—No, Señoría —repuso el fiscal, poniéndose en pie—. Sólo represento al ministerio público contra Arlene Ferris.

El juez Bayton no pudo disimular su sorpresa:

—Pero... Sólo se trata de una audiencia preliminar y está prácticamente terminada...

—Opino, Señoría, que en el curso de esta mañana nuevos hechos modificarán profundamente el aspecto del caso, y por ello me ha interesado estar presente.

—Sea... La audiencia fue aplazada ayer para que la acusación pudiese presentar al testigo Peter Lyons. Espero que esta mañana estará aquí.

—Sí, Señoría. Mr. Lyons, sírvase acercarse y prestar juramento.

Peter Lyons, que debía estar próximo a los cuarenta años, tenía un rostro enérgico y de expresión decidida. Cuando hubo cumplido con las diversas formalidades, Donald Carson le preguntó:

—Mr. Lyons, en el curso de una de sus rondas, durante la noche del cinco del corriente, tuvo usted ocasión de imponer una multa a un automóvil perteneciente a Loring Lamont, en la actualidad fallecido. Tal es la sustancia del testimonio que hice en lugar de usted, según lo convenido. Ahora Mr. Mason, representante de la defensa, procederá a su contrainterrogatorio.

Mason se levantó y acercóse al testigo:

—Mr. Lyons, ¿hacia qué hora dejó usted la papeleta en el auto de Loring Lamont?

—Hacia las nueve, según mi informe.

—¿Dónde estaba dicho auto?

—Justo delante de la boca de incendios que está en las cercanías del 9612 de Endicott Way.

—¿Patrulla usted en un auto con radio?

—Sí.

—¿Había recibido usted instrucciones especiales relativas a los autos mal aparcados?

—Sí. Cuando hemos impuesto la primera multa, si el auto sigue aún mal situado en el curso de las rondas siguientes, imponemos otra multa, y a la tercera pedimos por radio que vayan a retirarlo.

—¿Había pasado ya varias veces por aquel lugar antes de imponer la primera multa al auto de Lamont?

—Sí, desde luego. Estaba de servicio desde las seis, y nos esforzamos en hacer una ronda completa por hora.

—Pero las veces precedentes ¿usted no había visto ningún auto estacionado ante esa boca de incendios?

—No, pues de lo contrario le hubiese impuesto una multa.

—¿Recuerda usted cuántos vehículos más, aparte del de Lamont, encontró aquella noche mal aparcados?

—Creo que dos.

—¿Hasta qué hora estuvo de servicio?

—Hasta medianoche.

—¿Y tuvo usted ocasión de volver a pasar por Endicott Way después de las nueve?

—Sí.

—¿Seguía el auto de Lamont ante la boca de incendios cuando volvió usted a pasar por allí?

—No lo sé.

—¿Cómo es que no lo sabe?

—Bueno; no lo vi, pero supongo que...

—Poco importa lo que usted suponga —le interrumpió Mason—. Sólo nos interesa lo que usted *sabe*.

—Sí, señor.

—¿Sabe que el auto de Loring Lamont estaba estacionado ante aquella boca de incendios entre las nueve y medianoche?

—No.

—¿Y sabe si no estaba?

El testigo vaciló.

—¿Sí o no? —insistió Mason.

Lyons se rascó la nuca con inquietud, y terminó por decir:

—Creo que no debía estar ya.

—¿No está seguro?

—Sí... Es decir, tanto como puedo estarlo.

—¿Por qué?

—Porque cuando estábamos en Endicott Way se nos señaló por radio que había un individuo sospechoso al otro extremo del otro sector, y nos apresuramos a correr hacia allí. Es posible que recibiésemos esta llamada antes de llegar a la altura de la boca de incendios de referencia; no lo creo, pero nada puedo afirmar. De todos modos tengo la sensación de que, a las once, el auto de Lamont no estaba ya ante la boca de incendios.

—Bien —dijo Mason—. ¿Y se acuerda usted de las infracciones que había encontrado en relación con los otros vehículos?

—Esto es más difícil. Hágase cargo: en cuanto a esos otros autos, desde entonces no he vuelto a tener ocasión para refrescar mis recuerdos. Uno de ellos, estoy seguro, también estaba aparcado ante una boca de incendios y creo que el otro debía obstruir parcialmente el acceso a un garaje, ¡No! Ahora recuerdo que estaba detenido formando doble fila. Los faros estaban encendidos y el motor funcionaba. El conductor debía de haberse apeado sólo por unos momentos confiando en su suerte. Esperé un minuto, y luego, como no regresaba, dejé la papeleta en el auto. Nos marchamos y, al llegar al extremo de la calle, miré por el retrovisor para ver si el auto seguía allí, pero se había marchado ya. De modo que no volví a pensar en ello.

—Comprendo, sí... Por lo demás, si sus colegas que estuvieron de servicio después de medianoche no le hubiesen dicho más tarde que el auto de Lamont seguía en la boca de incendios y que le habían impuesto otras dos multas además de la suya, ¿usted estaría convencido de que aquel auto ya no estaba allí cuando volvió a pasar ante la boca de incendios en cuestión?

—Creo que sí.

—En resumen: ¿supone usted que dicho auto se marchó de allí entre las nueve y las once horas?

El testigo cambió de posición, con aire incómodo:

—Ya le he dicho lo que supongo, Mr. Mason, y verdaderamente no puedo mostrarme más categórico.

—En tal caso, gracias —dijo Mason—. Eso es todo.

—No hay más preguntas —apresuróse a manifestar Donald Carson.

—¿La acusación ha terminado? —preguntó el juez Bayton.

—No, Señoría —contestó entonces Hamilton Burger, poniéndose en pie—. Desde ayer han ocurrido hechos nuevos, extremadamente graves, y deseo que sean expuestos en este momento, para que queden bien comprobados, incluso aunque una u otra de las personas interesadas se encontrase en el extranjero el día en que se celebre el proceso.

—Es un proceder bastante desacostumbrado, habida cuenta de las circunstancias —observó el juez Bayton.

—Sí, Señoría, pero los nuevos hechos son lo bastante graves para justificar esta excepción.

—Muy bien; en tal caso puede usted proseguir.

—Que comparezca el teniente Tragg —dijo entonces Burger.

Tragg se adelantó inmediatamente, como si hubiese estado esperando a que le llamaran.

—Como el testigo prestó juramento, puede interrogarle usted inmediatamente, señor fiscal —declaró el juez.

Burger hizo un ademán a Carson y fue éste quien preguntó a Tragg.

—Teniente, ¿se ha preocupado de identificar a la propietaria de la falda que ayer se presentó, ante el tribunal?

—Sí. Por el número escrito con tinta indeleble he podido saber qué tintorería había efectuado la limpieza de dicha falda. El comerciante ha encontrado en su registro el nombre de la cliente que se la había llevado: miss Madge Elwood, que habita en la Residencia Kelsington de Santa Mónica. Dicho sea de pasada, fue en casa de esta miss Elwood donde estaba la encausada cuando efectuamos su detención.

—¿Qué ha hecho después?

—Ayer tarde, hacia las cinco, me personé en el domicilio de miss Elwood para efectuar una investigación.

—¿Iba solo?

—No. Me acompañaba Mr. George Quincy Albert.

—¿Es Mr. Albert el testigo que ya fue citado en este caso?

—El mismo, sí.

—¿Y qué hizo usted en compañía de Mr. Albert?

—Fuimos a la Residencia Kelsington. Detrás del edificio hay un patio cuyos otros tres lados están formados por hileras de garajes. Cada uno de esos garajes corresponde a uno de los apartamentos de la Residencia, y el nombre del inquilino está escrito en la puerta. Mr. Albert y yo decidimos empezar con la inspección del garaje de miss Elwood. Habíamos ido en el auto de Mr. Albert, y era éste quien conducía. Se detuvo ante el garaje y, así que se hubo apeado, fue a ver si la puerta estaba cerrada con llave. Comprobó que lo estaba.

—¿Y Mr. Albert abrió la puerta del garaje?

—Sí.

—¿Y qué descubrieron en el interior de ese garaje?

—Encontramos un auto perteneciente a míster Perry Mason, el representante de la defensa en este caso, junto al cual estaban Mr. Perry Mason en persona y su secretaria miss Della Street.

—¿Les preguntó usted qué hacían allí?

—Mr. Albert los acusó de haber ido a dejar objetos comprometedores.

—¿Y qué contestó Mr. Mason?

—Protesto, Señoría —dijo entonces Mason—. La encausada no estaba presente cuando tuvo lugar esta conversación. Por tanto la conversación no puede influir en este caso.

—Con la venia del tribunal —contestó Carson—, Mr. Mason es representante legal de la encausada, y esta conversación tuvo lugar en presencia de él.

El juez Bayton meditó el asunto y luego meneó la cabeza.

—El representante de la defensa pudo actuar con ligereza, a espaldas de su cliente, y no hay ninguna razón para que ésta se vea comprometida por una conversación en que no ha participado y que ha tenido lugar fuera de su presencia. Se acepta la protesta.

—En tal caso, teniente, ¿qué hizo usted en dicho garaje? —preguntó Carson.

—Empezamos por hacer salir a Mr. Mason y a su secretaria, y luego nos pusimos a registrar el garaje, en busca de piezas de convicción que pudiesen estar ocultas.

—¿Qué encontraron?

—Un par de zapatos de hombre manchados de barro, y un

pantalón, en una de cuyas vueltas había un desgarrón.

—¿Ha podido identificar al propietario de esos zapatos y de ese pantalón?

—Sí.

Tragg explicó que los zapatos llevaban el nombre de un zapatero y que éste había declarado haberlos hecho para Mr. Loring Lamont. Después de ello Tragg había ido a enseñar el pantalón al sastre de Loring Lamont, que había reconocido formalmente el pantalón, confeccionado por él para Mr. Loring Lamont. Mason elevó una objeción, haciendo observar que el testigo exponía las declaraciones de dos personas que hubiesen debido acudir a declarar por sí mismas ante el tribunal. Aceptó, sin embargo, un compromiso según el cual la declaración de Tragg se ajustaba a las que habrían podido hacer las personas en cuestión, pero se reservó el derecho de proceder al contrainterrogatorio de dichas personas si lo consideraba necesario. Después Carson preguntó al teniente Tragg:

—¿Dónde encontró esos zapatos y ese pantalón?

—En el interior de un baúl, cerrado con llave, que estaba en el garaje de miss Elwood.

—El testigo está a disposición de la defensa —dijo Carson.

—Cuando ha manifestado usted que iba en busca de piezas de convicción que podrían estar ocultas en el garaje, supongo que daba por sentado que la ocultación podía haberla efectuado cualquiera, ¿no es así?

—Exactamente.

—Gracias. No tengo más preguntas que hacer al testigo.

—Señoría —dijo entonces Hamilton Burger, poniéndose en pie—, esos zapatos y ese pantalón constituyen unas pruebas de extraordinaria importancia. Estaban ocultos en un garaje en cuyo interior se encontraba ilegalmente Mr. Perry Mason. Se puede, pues, suponer razonablemente que ese pantalón y esos zapatos fueron escondidos por él después que su cliente, la encausada en este asunto, se los hubo entregado.

—Este —intervino secamente el juez Bayton— es el punto de vista de la acusación, pero de la misma manera se puede suponer razonablemente que habían sido ocultados allí por la propietaria del garaje, miss Madge Elwood.

—Pero ¿cómo hubiese podido procurárselos ella, Señoría? —

objeto Hamilton Burger—. Miss Elwood no estuvo en la casa de los Lamont la noche del crimen.

—¿Cómo lo sabe el Ministerio fiscal? —interrumpió Mason.

El rostro de Burger enrojeció:

—¡No me gusta ser interrumpido cuando hablo!

—Y el tribunal preferiría también que no se le hubiese interrumpido, pero como ya está hecho, confesaré que yo estaba a punto de hacerle la misma pregunta. ¿Cómo sabe que miss Elwood no estaba en casa de los Lamont la noche del crimen?

—Nos proponemos explicarlo ulteriormente.

—Sea; pero entretanto ¿tiene más testigos que llamar?

Burger cedió de nuevo la palabra a Carson, que contestó:

—Señoría, hasta ahora no nos ha sido posible localizar a miss Madge Elwood. Pero deseamos presentar otro testigo: Mrs. Bertha Anderson.

Bertha Anderson era la conserje de la residencia Kelsington, y Carson le preguntó si había visto a Madge Elwood, una de sus inquilinas, durante el seis del corriente.

—Sí, varias veces —contestó la testigo.

—¿La vio a última hora de la tarde?

—Sí.

—¿Habló usted con ella en aquella ocasión?

—Sí.

—¿Vio también a la encausada durante el seis del corriente?

—Sí; llegó a media tarde en compañía de miss Elwood. Cuando se dirigían al ascensor miss Elwood me vio y me dijo que era una amiga suya, Arlene Ferris, que probablemente pasaría varios días en su casa.

—He aquí una falda. ¿La había visto anteriormente?

—Sí.

—¿Dónde?

—Sobre Madge Elwood, el seis del corriente.

—¿Hacia qué hora?

—A última hora de la tarde. Miss Elwood estaba en el vestíbulo y se disponía a salir.

—¿Volvió a ver aquella noche a miss Elwood?

—Sí, cuando volvió, dos o tres horas más tarde.

—Cuando regresó, ¿llevaba miss Elwood la misma falda que

cuando se marchó?

—No, llevaba otra. Lo recuerdo muy bien, por que encontré curioso el cambio. Incluso estuve a punto de hacérselo observar, pero me dije que era un asunto que no me incumbía.

—¿Y esto ocurrió el seis del corriente?

—Sí.

—¡Contrainterrogatorio! —exclamó Carson.

Mason se aproximó a la testigo:

—¿Vigila usted las idas y venidas que se producen en el edificio?

—Sí, forma parte de mi trabajo, sobre todo durante las horas que la puerta de la calle no está cerrada con llave.

—¿Vio a Madge Elwood el cinco del corriente?

—Sí.

—¿Por la noche?

—La vi cuando regresó de su trabajo a última hora de la tarde, y después volví a verla.

—¿Cuándo la vio por última vez el cinco del corriente?

—Protesto, Señoría. Esto escapa a los límites del contrainterrogatorio. Nosotros no hemos hecho ninguna pregunta a la testigo en relación con el día cinco del corriente.

—Considero que tengo derecho a comprobar si la testigo tiene buena memoria —arguyó Mason.

—Se rechaza la objeción. Prosiga, Mr. Mason —dijo el juez Bayton.

—El día cinco la vi por última vez... ¡Oh! Creo que debía de ser aproximadamente las nueve.

—¿Y qué hacía ella en aquel momento?

—Salía.

—Si he entendido bien, ¿no la vio usted regresar?

—No. Debió de volver después de haber cerrado yo la puerta del edificio y de haberme retirado a mi habitación.

—¿A qué hora hizo usted eso?

—Hacia las once, como tengo por costumbre.

—Ese día ¿llevaba Madge Elwood la falda que le han enseñado antes?

—No.

—¿Cómo es que recuerda también esa falda?

—Porque resulta que yo tengo una casi idéntica. La señorita y yo

lo habíamos comentado a veces.

—Y ayer ¿vio usted a miss Elwood que se marchaba de su casa llevando dos maletas?

—Sí.

—¿Le dijo adónde iba?

—No.

—¿Le explicó cuánto tiempo pensaba permanecer ausente?

—No.

—¿No resulta desacostumbrado?

—Mire: mientras están al corriente de pago, no me meto en los asuntos de los inquilinos.

—No es ésta la cuestión. Le he preguntado si esa actitud no era desacostumbrada por parte de miss Elwood.

—Sí, en efecto. Por lo general cuando se ausentaba me lo decía.

—Después de la marcha de miss Elwood ¿ha entrado usted en su apartamento utilizando una llave maestra?

—¡Protesto! Esa pregunta rebasa los límites de contrainterrogatorio y no guarda ninguna relación con el asunto que se debate.

—Creo, Señoría, que esta pregunta puede provocar una revelación interesante —insistió Mason.

El juez Bayton dudó un momento y después dijo:

—Se autoriza la pregunta.

—¿Entró usted en el apartamento de miss Elwood mediante una llave maestra?

—Sí.

—¿Estaba usted sola?

—No; el teniente Tragg me acompañaba.

—¿Y qué descubrió en dicho apartamento?

—Con la venia del tribunal —intervino Carson con vehemencia—, esto rebasa verdaderamente los límites del contrainterrogatorio. ¡Nosotros no hemos hecho a la testigo ninguna pregunta relativa a tales hechos!

—Se acepta la objeción.

—En tal caso, esto es todo; gracias —dijo Mason, volviéndose a sentar.

—Con la venia del tribunal —declaró entonces Carson—, presentamos este pantalón y estos zapatos para que se acepten

como piezas de convicción del Ministerio público. Por lo demás consideramos que existen suficientes pruebas indirectas demostrativas de que este pantalón y estos zapatos fueron depositados en el garaje de miss Elwood por Perry Mason, para ayudar a su cliente Arlene Ferris.

El juez Bayton meneó la cabeza:

—No lo han demostrado ustedes.

—Pero, con la venia del tribunal, estos zapatos y este pantalón pertenecían a la víctima; servirían para confirmar el relato de la encausada, según el cual Loring Lamont quiso abusar de ella y después la persiguió por el exterior en el barro y a través de la cerca de alambre espinoso. Ahora bien: hemos podido ya establecer, o cuando menos inferir, que Mr. Mason se había hecho entregar una falda por Madge Elwood y que había dejado dicha falda muy en evidencia en el apartamento de la encausada, después de haberle arrancado un pedazo que fue a enganchar en el alambre espinoso que hay en las cercanías de la casa del crimen. Acabamos de establecer, gracias al testimonio de Bertha Anderson, que esto sólo pudo efectuarse el día seis del corriente, casi veinticuatro horas después del crimen. Según toda evidencia, se trataba de confirmar las afirmaciones de la encausada. De la misma manera Mr. Mason se ha procurado unos zapatos y un pantalón pertenecientes al difunto Lamont. Los ha manchado de barro, ha hecho un desgarrón en el pantalón para hacer suponer que éste había sido causado por el alambre espinoso, y ha sido sorprendido en el momento en que acababa de dejarlos en el garaje de Madge Elwood. En tales condiciones nos creemos autorizados a pensar que actuaba de acuerdo con su cliente Arlene Ferris.

—Pero nada demuestra que Mr. Mason haya hecho lo que usted afirma —le interrumpió el juez Bayton.

—¡Mr. Mason y su secretaria han sido sorprendidos en flagrante delito!

—¡Nada de eso! Por lo que usted sabe, tal vez llevasen allí sólo unos pocos segundos en busca de esas mismas piezas de convicción, descubiertas posteriormente por el teniente Tragg. Este nos ha dicho que había ido con Mr. George Albert en busca de objetos comprometedores que podían estar ocultos en el garaje de miss Elwood. Suponiendo que el orden de llegada se hubiese invertido, y

que, al llegar después de ellos, Mr. Mason y su secretaria hubiesen encontrado al teniente Tragg y a Mr. Albert en el garaje, ¿afirmaría usted que el teniente Tragg y Mr. Albert habían sido sorprendidos en flagrante delito?

—Desde luego que no —contestó Carson, enrojeciendo.

—Pues bien: contra Perry Mason no tiene mejores pruebas.

—¡Pero Perry Mason tenía un motivo para ocultar allí esas prendas! ¡Si se las descubría en aquel garaje, ayudaba a la causa de su cliente!

—Por lo que usted sabe, ello podría servir igualmente a la causa de George Albert o a la de la policía. Sus suposiciones no tienen ningún valor ante este tribunal.

—Evidentemente —contestó Carson, con un deje de aspereza—, si este tribunal nos pide que traigamos a un testigo ocular que afirme bajo juramento haber visto a Perry Mason y a Della Street abrir el baúl en cuestión y ocultar en él las pruebas de Loring Lamont, nos sería imposible. Las personas que cometen crímenes, y en especial las que son inteligentes, se las arreglan para hacerlo sin testigos.

En esta ocasión fue el juez quien enrojeció:

—El tribunal lo sabe perfectamente y no ignora que hay que tener en cuenta las pruebas indirectas, pero es menos cierto que los derechos del acusado han de ser defendidos. Ahora bien: lo que yo reprocho a las pruebas indirectas proporcionadas por la acusación es que pueden ser interpretadas de varias maneras, y la hipótesis más lógica me parece ser que las prendas en cuestión fueron colocadas en el baúl por la propietaria del garaje. El tribunal no olvida que el testigo Jerome Henley empezó identificando a Madge Elwood como la mujer a quien había visto apearse del auto de la víctima. Por tanto, como el tribunal desea aclarar este asunto, ruega que se convoque a Mr. Henley para hacerle algunas preguntas.

—Mr. Henley ha regresado a sus ocupaciones —replicó Carson—. Hacerle venir aquí representaría un nuevo retraso y nos ha parecido entender que el tribunal quería terminar este asunto lo antes posible.

—Efectivamente: el tribunal desea terminar lo antes posible, pero desea aún más que se haga justicia. No creo que haga falta mucho tiempo para hacer venir a Mr. Henley, y entretanto podemos

proseguir la vista.

—Con la venia del tribunal —intervino entonces Mason—, creo que sí, mientras esperamos a Mr. Henley yo interrogo al teniente Tragg, ello podría contribuir a que este asunto se solucione tal como todos deseamos.

—Sólo se trata de una audiencia preliminar —contestó Hamilton Burger de mal humor—. Nuestro papel se limita a establecer que ha habido asesinato y que se puede sospechar razonablemente que la encausada lo ha cometido.

—Sí, señor Fiscal del Distrito —dijo el juez Bayton, pero ya no nos encontramos en una sencilla y vulgar audiencia previa. Se ha puesto en duda la buena fe y la probidad tanto de Mr. Mason como de su secretaria. La prensa no dejará de comentarlo. Así, pues, ya que hemos llegado hasta aquí debemos seguir hasta el final, es decir, hasta la verdad. Que el ujier telefonee a Mr. Henley y le ruegue que se presente urgente mente ante este tribunal. Teniente Tragg, sírvase ocupar el puesto de los testigos.

El policía obedeció y, acercándose a él, Perry Mason le preguntó:

—¿Descubrió usted vajilla sucia en casa de los Lamont?

—Sí.

—¿Se han buscado las huellas digitales que pudiera haber en dicha vajilla?

—Sí.

—¿Han aparecido huellas de la encausada en dicha vajilla?

—Sí.

—¿Por qué no lo ha manifestado durante su interrogatorio por el Ministerio público?

—Porque no se me ha preguntado.

—¿Dónde han sido halladas las huellas de la encausada?

—En varias piezas de la vajilla, y en especial en el gran cuenco donde se había preparado la pasta de los bizcochos.

—¿En las tazas de café?

—No.

—¿Y en los platos?

—Hemos encontrado sus huellas en un plato.

—¿Y, desde luego, han encontrado también huellas de la víctima?

—Sí.

—Pero ¿no es cierto que han encontrado asimismo huellas pertenecientes a una tercera persona?

Tragg vaciló y luego asintió lentamente:

—Sí, es cierto.

—¿Ha podido descubrir a quién pertenecían dichas huellas?

—No, aún no.

—Si se ha abstenido usted de hablar de las huellas dejadas por la encausada, ¿no ha sido según instrucciones del Ministerio público, que temía que yo, al proceder al contrainterrogatorio, descubriese que se habían encontrado también las huellas de una tercera persona?

—Se me había recomendado que no facilitase espontáneamente los detalles que no me fuesen preguntados.

—¿Tiene en su poder un juego de huellas dactilares de Madge Elwood?

—No.

—¿Ignora, pues, si esas terceras huellas son o no las de Madge Elwood?

—Pensábamos que podía tratarse de huellas dejadas por Sadie Richmond, que se ocupa de lavar, secar y guardar la vajilla. Ahora hemos podido comprobar que no son las de ella, pero eso es todo lo que sabemos en relación con las huellas.

—En las declaraciones que les hizo ¿les dijo la encausada que Loring Lamont le había confesado haber hecho una llamada telefónica mientras ella estaba aún en el auto para pedir a alguien que le telefonara al cabo de cierto número de minutos?

—Sí, me lo dijo.

—¿Ha tratado de encontrar el rastro de esa llamada telefónica?

—Sí. Hemos solicitado una lista de todas las llamadas telefónicas que aquella noche se hicieron desde la casa del crimen.

—¿Y tampoco ha mencionado esto para nada en el curso de su interrogatorio?

—Por el mismo motivo que he expuesto antes: nada se me ha preguntado al respecto.

—Pues ahora le pregunto: ¿a quién telefoneó Loring Lamont al llegar a la casa?

—Sólo sabemos que llamó a los establecimientos Lamont y Compañía.

—Bien —dijo, con calma, Mason—. ¿Y las otras llamadas? Cuando Loring Lamont necesitó ropa y zapatos de recambio, ¿quién telefoneó?

—¡Protesto, Señoría! ¡Esa pregunta rebasa los límites del contrainterrogatorio! —dijo Carson.

—Se rechaza la protesta. ¿A quién más telefoneó Loring Lamont desde la casa del crimen?

—A nadie —contestó Tragg.

—¿Qué? —exclamó Mason, con sorpresa.

—Aquella noche no hubo más llamadas telefónicas desde la casa de Lamont.

—¿Y a qué hora tuvo lugar la dirigida a los establecimientos Lamont y Compañía?

—A las dieciocho y veintidós, lo que, de acuerdo con las declaraciones de la encausada, es aproximadamente la hora en que Arlene Ferris llegó a la casa en compañía de la víctima.

Mason permaneció un momento con los ojos semicerrados, y el juez inquirió:

—¿No hay más preguntas?

—No, Señoría, esto es todo —contestó el abogado.

—Se suspende la vista por diez minutos —dijo entonces el juez Bayton—. Se reanudará tan pronto como comparezca Jerome Henley.

El juez se retiró y Hamilton Burger salió también de la Sala, fingiendo ostensiblemente ignorar a Mason. Este se volvió hacia Paul Drake y Della Street.

—Tenemos diez minutos para aclarar este asunto. ¿Qué pudo haber pasado? Sin embargo fue preciso que alguien llevase a Lamont ropa y calzado de recambio, y que después se llevara los otros. ¿Cómo pudo ocurrir esto sin que Lamont telefonease? Ahora sabemos que Arlene nos había dicho la verdad. Las prendas descubiertas en el garaje confirman su relato. Por tanto es evidente que una tercera persona fue a la casa antes de cometerse el crimen, y estamos casi seguros de que fue Madge Elwood. Pero ¿cómo pudo Madge Elwood llevar a Lamont con qué cambiarse sin que éste le hubiese telefonado?

—Evidentemente no se trata de un caso de transmisión de pensamiento —dijo Paul Drake, encogiéndose de hombros.

—No, sólo hay una explicación posible —dijo Mason—. Fue Madge Elwood la que debió llamar. Conocía bien a Loring Lamont, y en consecuencia, el teléfono de la casa de campo y acababa de enterarse de lo ocurrido por medio de Arlene Ferris. Paul, no podemos perder ni un segundo. Llama en seguida a la compañía telefónica. Diles que se trata de una cuestión de vida o muerte. Pregúntales si Madge Elwood llamó al número de la casa Lamont durante la noche del cinco del corriente. Mejor dicho: pregúntales a que números llamó ella aquella noche. Y luego, Paul, trata de averiguar quién contestó a Loring Lamont cuando éste telefoneé al despacho, hacia las dieciocho veintidós.

—Haré cuanto pueda, Perry... Pero no me das demasiado tiempo...

—Es porque yo tampoco dispongo de él.

Mientras el detective se alejaba apresuradamente, Mason se puso a pasear de un lado a otro de la sala de audiencias, con las manos a la espalda y la cabeza inclinada. Al cabo de unos minutos se volvió bruscamente hacia su secretaria:

—Della, Paul Drake debe de estar telefoneando desde una de las cabinas.

—Sí. ¿Qué ocurre, jefe?

—Hemos olvidado un detalle de importancia capital. Della, obtén la matrícula del auto al cual Peter Lyons impuso una multa por estar estacionado en doble fila. Luego llévala a Paul y que descubra a quién pertenece el auto.

Della Street asintió con la cabeza y se dirigió rápidamente hacia la puerta de la Sala, en cuyo umbral apareció Jerome Henley cinco minutos más tarde. Se avisó inmediatamente al juez Bayton y se reanudó la visita. Jerome Henley era invitado a ocupar el estrado de los testigos cuando Della Street regresó corriendo junto a Mason y le cuchicheó, con excitación:

—¡Jefe, ya está! Madge Elwood telefoneó a la casa aquella noche, después de haber llamado a dos números de los Angeles, a cuyos titulares Paul está tratando de identificar, mientras que desde su despacho buscan al propietario del auto estacionado en doble fila.

Mason se recostó en el respaldo de su sillón, y un sonrisa distendió lentamente su rostro. Entonces se volvió hacia Arlene

Ferris y le hizo un guiño tranquilizador en tanto que el juez Bayton declaraba:

—Mr. Henley, este tribunal desea hacerle algunas preguntas.

—Sí, Señoría.

—El tribunal ruega al Ministerio público y a la defensa que se abstengan de intervenir. Mr. Henley, voy a pedirle algo muy difícil. Quisiera que, con el pensamiento, retrocediese usted hasta la visita que le hizo Perry Mason en su tienda. Iba acompañado por una joven, de quien ahora sabemos que era Madge Elwood, y usted la identificó entonces como aquella a la que había visto apearse del coche de Loring Lamont el día de autos.

—Había sido confundido por una fotografía... —empezó a decir Henley.

—Un momento —interrumpió el juez Bayton—. *Más adelante* usted fue convencido de que le habían engañado, que Mr. Mason le había tendido una trampa y que había querido confundirle, lo que le inspiró a usted un resentimiento muy comprensible. Pero en este momento le pido que olvide todo eso, que trate de volver a encontrar el estado de espíritu que tenía cuando Mr. Mason entró en su tienda junto con Madge Elwood. En aquel momento ¿estuvo usted bien seguro de que se trataba de la mujer a la que había visto apearse de un auto?

—Estaba engañado por el hecho de que...

—Mr. Henley, este tribunal no está nada convencido de que estuviese usted engañado. Desde luego fue hecha una tentativa para introducir la confusión en su mente, pero este tribunal empieza a creer seriamente que Madge Elwood podía ser muy bien la persona a quien usted vio apearse del auto.

Hamilton Burger y Carson se levantaron al unísono y protestaron con vehemencia. El juez Bayton les impuso silencio:

—Un momento, señores, por favor. Sírvanse sentarse de nuevo. El tribunal había manifestado su deseo de no ser interrumpido.

Después el magistrado se encaró de nuevo con el testigo:

—Mr. Henley, importa ante todo que se haga justicia. Por eso le pido que se libere de toda idea preconcebida y conteste muy sinceramente la pregunta que acabo de hacerle.

Un silencio tenso siguió a estas palabras, hasta que Jerome Henley acabó por contestar lentamente:

—Desde luego, Señoría... En aquel momento estaba bien convencido de que se trataba de la mujer a la que había visto apearse del auto. Pero con anterioridad se me había enseñado una fotografía de miss Elwood, preguntándome si no era ella a la que había visto y éste fue el origen de toda confusión.

—Pero cuando se le enseñó esa fotografía, ¿reconoció usted que se trataba de la misma persona?

El testigo se frotó pensativamente la barbilla...

—Ejem... Sí... Pero esto se debe a que la encausada y Madge Elwood se parecen.

—Mr. Henley, ¿está usted dispuesto ahora a jurar ante este tribunal que no fue Madge Elwood a quien usted vio apearse del auto? Reflexione bien, Mr. Henley. Este tribunal no trata de tenderle una trampa: sólo se esfuerza en descubrir la verdad.

Henley cerró los ojos mientras seguía frotándose la barbilla con ademán maquinal.

—Desde luego me han dicho que desconfiara de Perry Mason y que no me dejase confundir por él. Pero con sinceridad, Señoría, cuando se me enseñó la fotografía de Madge Elwood pensé que se trataba de la mujer a la que había visto aparcarse el auto delante de la casa.

—¿Y ahora ya no lo piensa?

—Ahora es distinto, Señoría. Miro a la encausada y pienso que fue ella... Pero, desde luego, también me enseñaron una fotografía de la encausada y...

—Olvídese de esas fotografías. Trate de recordar la visión que tuvo cuando esa joven se apeó del auto. ¿Era Madge Elwood o era la encausada aquí presente?

Jerome Henley permaneció silencioso por un momento, y después miró al juez.

—Con sinceridad, Señoría —repuso—, ya no lo sé. La primera vez que vi a Madge Elwood estuve seguro de que era ella. Después se me convenció de que me habían engañado y de que se trataba de la encausada. Pero ahora, cuando recuerdo a aquella mujer tal como la vi al apearse del auto... Con toda franqueza, Señoría, no me veo capaz de afirmar nada.

—Gracias —dijo el juez Bayton—. Ahora si el Ministerio público o la defensa quieren hacer preguntas al testigo, está a su

disposición.

—No hay preguntas —declaró inmediatamente Mason.

Hamilton Burger y Carson sostuvieron en voz baja un conciliábulo y luego Burger repuso:

—No, Señoría.

—En cambio, Señoría, deseo hacer otra pregunta al teniente Tragg —dijo entonces Mason—. No, teniente, no vale la pena que se mueva. Puede responderme desde su sitio. Entre las cosas que no ha manifestado usted en el curso de su declaración, porque no se le habían hecho preguntas al respecto, ¿está el resultado de un análisis de sangre de la víctima, con el fin de establecer el porcentaje de alcohol que contenía?

—Sí. El doctor Draper efectuó un análisis de ese género.

—¿Cuál fue dicho resultado?

—El porcentaje era de 0,19.

—Ese porcentaje indica una fuerte intoxicación alcohólica, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿Una intoxicación superior a la que podía haber producido la absorción de dos o tres combinados?

—Más bien correspondía a la absorción de media docena de combinados.

—¿Está de acuerdo el Ministerio público en estipular que, si se le hubiese llamado a testificar, el doctor Draper lo habría hecho en este sentido? —interrogó Mason.

Burger y Carson celebraron de nuevo un conciliábulo.

—¿Estaban ustedes enterados? —preguntó el juez Bayton.

—Sí, Señoría —repuso Carson—, y estamos de acuerdo con esta estipulación.

—Pero ¿se dan cuenta de que esto cambia por completo el aspecto del caso?

—No es esta nuestra opinión, Señoría —intervino Burger—. El tribunal tiene esta impresión porque cree en el relato hecho por la encausada, pero nuestra opinión es distinta. Pensamos que la encausada acompañó deliberadamente a Loring Lamont hasta esa casa, que bebió con él y que no se sintió ofendida al verle embriagarse y después permitirse ciertas audacias.

—Entonces ¿cómo es que la víctima tenía en uno de sus bolsillos

una cabeza de delco procedente del auto de la encausada?

—Porque la encausada la puso allí después del crimen. Fue ella quien quitó la pieza de su motor para poder fingir una avería e inducir a Loring Lamont a que se ofreciese para acompañarla. Tras de lo cual le hizo actuar a su antojo.

—Entonces ¿por qué huyó al exterior de la casa y se refugió detrás de la cerca de alambre de espino?

—Nada nos demuestra que lo haya hecho, Señoría, excepto unas prendas pertenecientes a la víctima, de las que el propio tribunal ha hecho observar que podían sacarse diversas otras conclusiones.

En aquel momento Paul Drake se reunió con Mason y le entregó una hoja de papel al mismo tiempo que decía:

—Perry, Madge Elwood llamó aquella noche a la casa de los Lamont, y seguidamente, al domicilio de Edith Bristol. En cuanto a la comunicación procedente de la casa, Loring Lamont se limitó a llamar a la centralita de la fábrica y pedir a la encargada que le llamase siete minutos más tarde, recomendándole que colgara tan pronto como él hubiese respondido sin escuchar lo que podía decir después.

—¿Tienen otros testigos? —preguntaba entretanto el juez al Ministerio público.

—No, Señoría, hemos terminado —repuso Hamilton Burger—. El crimen no ofrece dudas y consideramos que hay pruebas suficientes para sospechar que la encausada lo cometió.

—¿Tiene algo que añadir la defensa?

—Sí, Señoría —contestó Mason—. Estamos en posesión de nuevos elementos.

—¿Qué elementos son éstos?

—Señoría, los archivos de la compañía telefónica permiten comprobar que Madge Elwood telefoneó desde su casa a la villa Lamont durante la noche del cinco del corriente; y luego, que seguidamente, telefoneó a otros dos números: el de Mr. George Albert y el de Edith Bristol, la secretaria particular de Mr. Harvis Lamont.

En este momento alguien trajo un papel a Paul Drake, que inmediatamente lo entregó a Mason. Este lo enseñó al juez y dijo:

—Ruego al tribunal que me disculpe un instante...

El abogado leyó rápidamente la nota y después miró de nuevo al

juez, sonriente.

—Además, Señoría —manifestó—, acaban de informarme de que el auto que fue objeto de una multa impuesta por Peter Lyons por aparcamiento en doble fila pertenece a Edith Bristol. Todo esto figura en los registros oficiales, y por tanto puede ser comprobado. En tales condiciones supongo que será posible que el Ministerio público consienta en aceptarlos sin otras formalidades.

—Consentiríamos en ello si estos hechos nos pareciesen guardar relación con el asunto que se debate —declaró Hamilton Burger—, pero no es este el caso.

—¿Presentan, pues, una objeción? —preguntó el juez Bayton.

—Sí, Señoría.

—El tribunal toma nota de esta objeción —declaró el juez Bayton—. Por tanto, Mr. Mason, a usted corresponde demostrarnos que estos hechos guardan relación con el asunto que se debate —terminó, con mal disimulada satisfacción.

Comprendiendo que acababa de caer en la trampa que se le había tendido, Hamilton Burger pareció querer protestar, pero prefirió sentarse sin añadir nada más.

—Mr. Mason, le escuchamos —dijo entonces el juez Bayton, cruzando las manos sobre el estómago.

—Señoría, si se razona con lógica, es evidente que, al encontrarse con que la encausada le había quitado su auto, Loring Lamont debió de regresar a la casa. Rabiosamente tira a la basura los huevos con jamón, que se han enfriado, y después se toma varios vasos de alcohol, mientras se pregunta lo que va a hacer, porque ignora dónde está su auto y si la encausada no ha ido a presentar una denuncia contra él.

»Entretanto la encausada ha regresado a los Angeles y, después de haber dejado el auto de Lamont aparcado ante una boca de incendios, regresa a su casa y telefona a su amiga, Madge Elwood, para contarle lo ocurrido. Madge Elwood es una joven de ideas amplias y que conoce bien a Loring Lamont. De modo que, nada sorprendida, ella telefona en seguida a la casa de campo y dice a Lamont: «Arlene Ferris acaba de telefonearme. Te has mostrado demasiado imprudente y para vengarse, ella ha dejado tu auto ante una boca de incendios. ¿Qué quieres que haga?». Y Lamont le responde: «Tráeme el coche hasta aquí para que pueda regresar a la

ciudad. Pero antes llama a alguien que tenga una llave de mi apartamento para poder traer un traje y zapatos de recambio». Tras de lo cual, Madge Elwood telefona a dos personas, A la una, para que le acompañe a la casa de campo, porque no le interesa encontrarse a solas con Loring Lamont en un momento así. A la otra, para que le procure la ropa y el calzado que Lamont ha pedido. Según toda evidencia, para tener una llave de su apartamento, era preciso que dicha persona estuviese muy relacionada con Lamont. Para ambos casos podemos escoger entre Mr. George Albert y miss Edith Bristol. Pero la persona que ha ido a buscar la ropa y los zapatos, que tiene prisa y sólo ha de entretenerse unos minutos, detiene su auto ante el edificio, formando doble hilera. El azar quiso que Peter Lyons pasase durante esos breves minutos. Por tanto impuso una multa a ese auto, lo mismo que al de Lamont, puesto que ambos estaban mal aparcados. De esta manera sabemos que el auto pertenecía a Edith Bristol. Podemos, pues, llegar a la conclusión de que Edith Bristol fue al apartamento de Loring Lamont y que George Albert acompañó a Madge Elwood a la casa de campo.

Fue entonces cuando Edith Bristol, abandonando su sitio, se adelantó hacia el tribunal y preguntó:

—¿Puedo ser escuchada, Señoría?

—¡Protesto, Señoría! —exclamó inmediatamente Hamilton Burger.

—Sírvase sentarse, señor Fiscal del Distrito —dijo el juez Bayton —. ¿Quién es usted, señorita, y por qué desea ser escuchada?

—Soy Edith Bristol, la secretaria particular de Mr. Harvis Lamont, y fui yo quien mató a su hijo.

—Sírvase ocupar el sillón de los testigos, miss Bristol. La vamos a escuchar. Pero deseo advertirle que todo lo que diga podrá ser utilizado contra usted. No tiene obligación de declarar en este momento y puede gozar del consejo de un abogado. ¿Desea que el tribunal designe uno de oficio o prefiere escoger usted misma?

Edith Bristol meneó la cabeza:

—Sólo deseo una cosa, Señoría: terminar lo antes posible, liberando mi conciencia.

—En tal caso la escuchamos. Díganos lo que ocurrió.

—Loring Lamont era un hombre muy emprendedor y atractivo.

Además era el hijo del amo. Le fue, pues, muy fácil seducirme cuando empecé a trabajar en Lamont y Compañía. Yo pensaba que se casaría conmigo y él me había asegurado que lo haría tan pronto como encontrase una ocasión favorable para explicárselo todo a su padre. Entretanto se las arregló para convertirme en secretaria particular de su padre, donde estaría en situación de «conquistar al viejo», para repetir sus palabras. Pero no tardé en darme cuenta de que Loring tenía relaciones o se disponía a tenerlas con otra empleada de la firma: Madge Elwood. Como Madge Elwood era una joven muy moderna y de miras muy amplias, fui a verla sin rodeos y puse las cartas boca arriba. Ella me aseguró que Loring y ella no eran más que buenos amigos, y que su propósito era hacer que las cosas siguiesen así, pues estaba enamorada de George Albert, su jefe inmediato. Añadió que, para simplificar el problema por lo que a mí respectaba, se disponía a marcharse de Lamont y Compañía, cosa que hizo.

»Supe que Loring había seguido cortejándola y proponiéndole citas, pero que ella se había mantenido firme. Sin embargo, él tuvo aventuras con otras mujeres, ante las que me vi obligada a cerrar los ojos.

»En la noche del cinco del corriente Madge Elwood me telefoneó. Muy divertida, me contó que Loring se había llevado a Arlene Ferris a la casa de campo perteneciente a la firma, pero que ella había rechazado sus insinuaciones y cogido el auto de Lamont para marcharse. Lamont tenía mucho miedo de que su padre se enterara de aquello, pues éste le había hecho ya serias advertencias en relación con su mala conducta y le había prohibido formalmente que utilizara aquella casa para sus citas galantes.

»Madge añadió que Loring me pedía que fuese a buscarle un traje y zapatos de recambio. En efecto: yo tenía una llave del apartamento de Loring y creo que he sido la única mujer a quien él le dio una.

»Fui pues a buscar lo que él me pedía, pero cuando bajé de su casa encontré la papeleta de una multa en mi auto, que había detenido ante la casa, formando doble fila. Después me dirigí a la casa de campo, y al llegar encontré a Loring completamente ebrio. Se cambió mientras yo le preparaba café con la esperanza de serenarle un poco. Cociné también huevos con jamón, para

inducirle a comer, y recalenté un plato de bizcochos que había en la mesa. Mientras comíamos Loring se mostró cada vez más odioso, llegando incluso a tratarme de mujer fácil. Añadió que ya no le gustaba y que estaba cansado de tener que ocultarse de mí cada vez que se le antojaba una nueva amante. Tras de lo cual me declaró que iba a ir inmediatamente a casa de Arlene Ferris y que si ella no quería mostrarse amable con él, la haría detener por el robo del automóvil. Decía que la deseaba tanto más cuanto que ella se le había resistido. Acabé por abofetearle y él me cogió por la garganta, estrangulándome a medias. Conseguí librarme y quise huir por la puerta de la cocina, pero estaba cerrada con llave. Cuando di media vuelta vi que Loring me cerraba el paso con expresión furiosa. Cogí un cuchillo para mantenerle a distancia, pero él saltó hacia mí, tropezó contra la mesa y cayó al mismo tiempo que yo me defendía con el cuchillo. No creía haberle matado, ni siquiera herido seriamente, porque no imaginaba que un cuchillo pudiese hundirse con tanta facilidad en un cuerpo humano. Dejándole caído en el suelo, huí de la casa y me marché en mi auto.

Cuando la joven calló, reinó en la sala de audiencias un silencio absoluto. Después Mason preguntó suavemente:

—Miss Bristol, ¿le habló Loring Lamont de un cheque de quinientos dólares?

Ella asintió:

—Sí. Fue lo que le incitó a precipitar las cosas con Arlene Ferris, cuando al principio quería conquistarla por las buenas, como él decía. Pero Otto Keswick, quien junto con Sadie Richmond, le hacía chantaje en relación con ciertos asuntos que Loring prefería que su padre ignorara, le había telefoneado diciéndole que necesitaba quinientos dólares y que pasaría a buscarlos a la media hora.

Mason se volvió entonces hacia el fondo de la Sala:

—Creo que ahora podríamos escuchar a míster George Albert.

El interpelado se puso en pie y declaró con dignidad:

—Madge Elwood y yo estuvimos ayer en Las Vegas, y por la tarde nos casamos. Inmediatamente cogí el avión con el fin de poderme presentar ante este tribunal, pero siendo ahora esposo de Madge Elwood no puedo testificar contra ella, de la misma manera que ella no puede hacerlo contra mí.

Tras estas palabras, George Albert se sentó de nuevo.

El juez Bayton miró a los representantes del Ministerio público; después, a Mason:

—¿Tiene algo que añadir la defensa?

—No, Señoría.

—La acusación presentada contra la encausada no ha lugar — declaró entonces el juez—. Este tribunal ordena que Edith Bristol sea detenida, pero lo hace a su pesar, porque esta joven ha hablado con mucha sinceridad y franqueza. Este tribunal está muy impresionado por su relato, y tiene buenos motivos para creer que un jurado reconocerá que Loring Lamont fue muerto en acto de legítima defensa. La vista ha terminado.

Capítulo 15

Perry Mason, Della Street, Paul Drake y Arlene Ferris estaban reunidos en el despacho del abogado.

—¿Entendéis? —decía Mason—. Madge Elwood había aceptado devolver su auto a Loring y conseguir que tuviese con que cambiarse, pero no quería correr el riesgo de encontrarse en la misma situación que Arlene. Telefoneó, pues, a su novio, George Albert, para que la acompañase a la casa de campo, y después llamó a Edith Bristol para que ella fuera a llevar un traje y unos zapatos a Lamont.

—¿Por qué Edith no dejó su auto en la ciudad y cogió el de Lamont para ir a la casa de campo? —preguntó Drake.

—Porque Lamont quería recuperar su libertad de movimientos al mismo tiempo que su auto. No quería verse obligado a tener que acompañar a Edith hasta su casa o, aún peor, no podérsela quitar de encima por el resto de la noche. Convinieron, pues, que Madge Elwood se ocuparía de llevarle el auto y que seguidamente regresaría a Los Angeles en el de Edith. Madge calculó el tiempo de manera que Edith llegase antes que ella a la casa, pero cuando Madge se presentó en compañía de George Albert, Lamont estaba muerto.

—¿Fueron ellos los que se llevaron el traje y los zapatos manchados de barro? —inquirió Della Street.

—Sí. Al encontrarse con el cadáver de Lamont decidieron no advertir a la policía y actuaron como si no supiesen nada del asunto. Se llevaron, pues, el traje y los zapatos para ocultarlos, para que la policía no pudiese sospechar lo que había sucedido realmente después de la marcha de Arlene. Por este mismo motivo fueron a aparcar de nuevo el auto de Lamont al mismo lugar en que lo había dejado antes miss Ferris.

—Pero es un crimen no dar cuenta de un asesinato cuando se lo descubre —observó Drake—. Esto puede costarles caro.

—Sí —dijo Mason, sonriendo—, a condición de que el fiscal pueda demostrarlo de una manera concreta.

—¿Y no puede?

—Pues no: ¡están casados! Burger puede demostrar que Madge Elwood telefoneó a Edith para que fuese a la casa, pero no que Madge estuviese también allí. La policía ha tenido tanto éxito en confundir a Jerome Henley que éste ya no es capaz de asegurar nada en cuanto a la mujer que vio apearse del auto. Y su testimonio era el único que podía permitirles acusar a Madge Elwood. ¡Esto les enseñará a influir en los testigos!

—¿Y el famoso cheque O. K.? —preguntó Della Street—. Si Otto y Sadie tenían tanta prisa en conseguirlo, ¿cómo es que no lo cobraron?

—Para mí que querían ese dinero para jugárselo, y no me sorprendería si acabásemos por descubrir que inmediatamente entregaron el cheque a un corredor de apuestas o a un tipo por el estilo. Este, al día siguiente, en el momento en que habría podido presentar el cheque en el banco, se enteró de la muerte de Loring Lamont y comprendió que le convenía más romper aquel cheque si no quería procurarse quebraderos de cabeza que valían más de quinientos dólares.

—¿Y el cheque de Harvis Lamont entregado a Madge Elwood? —preguntó Paul Drake.

—Estaba destinado a financiar el matrimonio, para que ni ella ni George Albert pudieran testificar en este proceso. Harvis Lamont quería proteger así la memoria de su hijo, y para conseguirlo no vacilaba en sacrificar a Arlene —explicó Mason.

—Pero —objetó Della Street— ¿cómo podía saber Harvis Lamont lo que había sucedido?

Mason esbozó una sonrisa.

—Mi querida Della —repuso—, Madge Elwood es una muchacha tan astuta como hermosa..., y podríamos decir que supo maniobrar de la manera más conveniente para sus intereses.

Notas

[1] Lo que en los Estados Unidos está rigurosamente prohibido. (N. del T.) < <

[2] Ley en virtud de la cual toda persona detenida por la policía debe comparecer ante un juez, que decide acerca de la legalidad de su detención. < <

[3] Lo que en Estados Unidos es bastante frecuente. (N. del T.) < <